

León Trotsky

MI VIDA

1^{ER.} TOMO

Ediciones **MASAS**

La Paz - Bolivia
Agosto 2022

La existencia de León Trotsky es una de las más intensamente humanas que se han producido en nuestro siglo. En primer lugar, la personalidad del revolucionario ruso pertenece a esa categoría extraordinaria de los temperamentos complicados, que son hombres de acción a la par que filósofos. Después, sus innumerables aventuras y los lances de su persecución y triunfo, constituyen una de las más pintorescas y aventureras biografías que puedan conocerse.

Esta obra que hoy se inicia en su primer tomo, es seguramente del mayor interés, por los elementos antes citados y por ser autobiográfica. El concepto de la objetividad que Trotsky sigue en esta descripción de su vida (confesado paladinamente en el prólogo) no es quizás el que exigiría un historiador imparcial; pero es, precisamente, por su carácter polémico en ocasiones, por lo que este libro tiene una faceta distinta a los otros que se le parecen: el organizador del primer ejército rojo, hoy en desgracia de la revolución triunfante, es un tipo humano que no puede dejar de interesar a nadie.

La opinión favorable o adversa al criterio sustentado por Trotsky en esta obra, no quita ni lo más leve de su alto interés psicológico, social y hasta novelesco.

INDICE

Prólogo	4
Ianovka	10
Nuestros vecinos. Mis primeras letras	29
La familia y la escuela	40
Lectura y primeros conflictos	53
La ciudad y la aldea	67
El año crítico	79
Primera organización revolucionaria	87
Mis primeras prisiones	95

PRÓLOGO

Puede que nunca hayan abundado tanto como hoy los libros de Memorias ¡En que hay mucho que contar! El interés que despierta la historia del día se hace más apasionado cuanto más dramática y más accidentada es la época en que se vive. En los desiertos del Sahara no pudo nacer la pintura paisajista. Nos hallamos en un momento de transición entre dos épocas, y es natural que sintamos la necesidad de mirar a un ayer, que, con serlo, queda ya tan lejano, con los ojos de quienes lo vivieron activa y afanosamente. Tal es, a nuestra parecer, la causa del gran auge que ha tomado, desde la guerra para acá, la literatura autobiográfica. Y en ello puede residir también, acaso, la justificación del presente libro.

Ya el mero hecho de que pueda publicarse obedece a una pausa en la vida política activa de su autor. En el proceso de mi vida, Constantinopla representa una etapa imprevista, aunque nada casual. Acampado en el vivac -y no es este el primer alto en mi camino- espero sin prisa lo que ha de venir. La vida de un revolucionario sería inconcebible sin una cierta dosis de "fatalismo". De cualquier modo, ningún momento mejor que este entreacto de Constantinopla para volver la vista sobre lo andado, entretanto, que las circunstancias nos permiten reanudar la marcha interrumpida.

Mi primera idea fué limitarme a trazar, rápidamente, unos cuantos esbozos autobiográficos, que vieron la luz en los periódicos. Advertiré que, desde mi retiro, no me ha sido posible vigilar la forma en que esos ensayos llegasen, a manos del lector. Mas, como todo trabajo tiene su lógica, cuando los artículos periodísticos iban tocando a su fin, era cabalmente cuando yo empezaba a ahondar en el tema. En vista de ello, decidí escribir un libro, acometiendo de nuevo el trabajo sobre una escala mucho mayor. Los primitivos artículos publicados en los periódicos y el presente libro de Memorias, no guardan más afinidad que la del tema. Fuera de esto, trátase de obras perfectamente distintas.

Me he detenido especialmente en el segundo período de la revolución de los Soviets, que se inicia con la enfermedad de Lenin y el comienzo de la campaña contra el "trotskismo". La lucha entablada por los epígonos en torno al poder, no tiene, como pretendo demostrar aquí, un carácter puramente personal, sino que revela una fase política: la reacción contra el movimiento de octubre y los primeros síntomas del giro termidoriano. Y así surge, casi espontáneamente, la pregunta que tantas veces he escuchado: -Pero, ¿cómo se las arregló usted para perder el Poder?

La autobiografía de un político revolucionario tiene por fuerza que tocar una serie de problemas teóricos, relacionados unos con la evolución social de su país, y otros con la marcha de la humanidad, y muy especialmente con esos períodos críticos a que damos el nombre de revoluciones. Como se comprende, estas páginas no eran el lugar más adecuado para ahondar en problemas teóricos tan complejos. La llamada teoría de la revolución permanente, que tanta influencia ha tenido en mi vida, y que está cobrando un interés tan grande en la actualidad para los países orientales, resuena a lo largo de las páginas de este libro como un remoto leitmotiv. El lector a quien esto no baste con-

fórmese con saber que el análisis detenido del problema de la revolución será objeto de otra obra, en la cual trataré de deducir y exponer las experiencias teóricas más importantes de estos últimos decenios.

Por estas páginas desfilarán buen golpe de personajes enfocados con una iluminación un poco distinta de aquella en que a los propios interesados hubiera placido ver a su persona o a su partido. Y así, es natural que más de uno tache mis Memorias de poco objetivas. Ha bastado que los periódicos publicasen algunos fragmentos de esta obra, para que empezasen a sonar las protestas y refutaciones. Era inevitable. Un libro autobiográfico como éste, aunque el autor hubiera conseguido hacer de él -y no se lo propicio, ni mucho menos- un frío daguerrotipo de su vida, no podía menos de despertar, al publicarse ahora, un eco de aquellas polémicas que acompañaron en vivo a las colisiones en él relatadas. Pero estas Memorias no son una fotografía, inanimada de mi vida, sino un trozo de ella. En las páginas, el autor sigue librando el combate que llena su existencia. La exposición es análisis y es crítica; el relato es a la par defensa y ataque, y más éste que aquélla. Creo sinceramente que es la única manera de imprimir a una biografía una elevada objetividad; es decir, de darle una fisonomía en la que vivan los rasgos de una persona y de una época.

La objetividad no consiste en esa fingida imparcialidad e indiferencia con que una hipocresía averiada trata al amigo y al adversario, procurando sugerir solapadamente al lector lo que sería incorrecto decirle a la cara. De esta mentira y de esta celada convencional -que no otra cosa son- yo no pienso servirme. Ya que me he sometido a la necesidad de hablar de mí mismo -hasta hoy no sé que nadie haya conseguido escribir una autobiografía sin hablar de su persona-, no tengo por qué ocultar mis simpatías y mis antipatías, mis amores y mis odios.

He escrito un libro polémico. En él se refleja la dinámica de una sociedad cimentada toda ella sobre antagonismos y contradicciones. El estudiante que se insolenta con su profesor; los aguijones de la envidia escondidos entre las zalemas de los salones; en el comercio, una rabiosa competencia, y como en el comercio en la técnica, en la ciencia, en el arte, en el deporte; choques parlamentarios bajo los que palpitan hondos conflictos de intereses; la furiosa guerra diaria de la Prensa; huelgas obreras; manifestantes ametrallados en las calles, maletas cargadas de gases asfixiantes con que se obsequian mutuamente por los aires las naciones civilizadas; las lenguas de fuego de las guerras civiles, que no dejan de azotar un instante la superficie de nuestro planeta: he ahí otras tantas formas y modalidades de "polémica" social, que van desde lo cotidiano, normal, consuetudinario, y a fuerza de serlo, pese a su intensidad, casi imperceptible, hasta ese grado monstruoso, explosivo, volcánico de polémica que culmina en las guerras y las revoluciones. Es la imagen de nuestra época. De la época con la que nos criamos, en la que respiramos y vivimos. Imposible ser apolémicos sin hacerle traición.

Pero hay otro criterio, un criterio más escueto y elemental, y es el que consiste en exponer concienzudamente los hechos. Así como el revolucionario más intransigente no puede volver la espalda a las circunstancias de lugar y tiempo, el polemista más fogoso

tiene que guardar las proporciones de las personas y las cosas. A esta norma confío en que habré sabido mantenerme fiel en el conjunto de la obra y en sus detalles.

A veces, pocas, reproduzco en forma dialogada antiguas conversaciones. A nadie se le ocurrirá exigir una reprobación literal, a la vuelta de tantos años. No está tampoco en mi propósito asignarles ese valor. Algunos de los diálogos tienen carácter puramente simbólico. Pero hay ciertas conversaciones -todo el mundo lo sabe- que se graban con especial relieve en la memoria. Las comunica uno a los amigos y allegados. Y a fuerza de repetirlas, las palabras se quedan indelebles en el recuerdo. Me refiero, en primer término, naturalmente, a las conversaciones de carácter político.

Yo soy hombre acostumbrado a fiar en la memoria. Cuantas veces he contrastado objetivamente sus recuerdos, los he encontrado justos. En efecto; aunque mi memoria topográfica -y no hablemos de la musical- es harto endeble, y la plástica y la lingüística bastante mediocres, mi capacidad retentiva para las ideas descuella considerablemente sobre el nivel medio. Y las ideas, el desarrollo de las ideas y las luchas de los hombres en torno a ellas, llenan la parte principal de esta obra.

Cierto que la memoria no es una máquina registradora que funcione automáticamente. Ni tiene nada de desinteresado. Tiende con frecuencia a descartar o dejar recatados en un rincón sombrío aquellos episodios que no le parecen favorables al instinto vital que la vigila, y claro está que no lo hace generalmente por altruismo, Pero dejemos estas cuestiones al "psicoanálisis", ingenioso y divertido a ratos aunque más arbitrario y caprichoso que ameno casi siempre.

Huelga decir que he procurado revisar celosamente los datos de la memoria sobre las piezas documentales de que disponía. A pesar de todas las trabas y dificultades que se me ofrecieron para poder consultar las bibliotecas y los archivos, los datos más importantes en que se basa este trabajo han sido objeto de comprobación.

Desde 1897 he batallado casi siempre con la pluma en la mano. Gracias a esto, los episodios de mi vida han irlo dejando, durante más de treinta y dos años, un rastro casi ininterrumpido en el papel impreso. Con el año 1903 empiezan las luchas intestinas dentro del partido, ricas en duelos personales. Ni mis adversarios ni yo rehuimos nunca los golpes, y en la letra de imprenta han quedado las cicatrices. Desde el alzamiento de octubre, la historia del movimiento revolucionario comienza a ocupar lugar preeminente en las investigaciones de los historiadores e institutos históricos rusos. De los Archivos de la revolución y del Departamento de policía de los zares van saliendo a luz y entregándose a la imprenta, con notas y comentarios aclaratorios, todos los materiales que encierran algún interés. En los primeros años, cuando aun no había por qué ocultar ni disfrazar nada, este trabajo llevábase concienzudamente. Las "Ediciones del Estado" han publicado las obras completas de Lenin y parte de las mías, provistas de notas que llenan docenas de páginas de cada volumen y contienen los datos indispensables para situar la actividad de sus autores y los sucesos de la época que abarcan. Esto me ha ayudado mucho, naturalmente, guiándome con segura orientación en la trama cronológica de los hechos y librándome de incurrir, a lo menos, en errores de bulto.

No niego que mi vida no ha discurrido por los cauces más normales. Pero las causas de ello no hay que buscar las en mí mismo, sino en las condiciones de la época en que mi vida se ha desarrollado. Por supuesto, que para a cabo la labor, buena o mala, que me cupo en suerte, hacían falta ciertas dotes personales. Pero, en otro ambiente histórico, estas dotes hubieran dormitado tranquilamente, como tantas y tantas capacidades y pasiones humanas que no tienen salida en el mercado de la vida social. En cambio, es posible que hubiesen surgido en mí otras condiciones, hoy anuladas o cohibidas. Por encima de la actividad se alza lo objetivo, que es siempre, en última instancia, lo que decide.

El curso consciente de mi vida, que empieza hacia diez y siete o los diez y siete o los diez y ocho años, ha sido una constante lucha por ideas determinadas. En mi vida personal no hay nada que merezca de por sí la publicidad. Todo lo que en mi pasado pueda haber una de los más hechos extraordinario, hállese asociado íntimamente a las luchas revolucionarias y recibe de éstas su relieve y valor. Es la única razón que oueda justificar el qu salga esta autobiografía.

Pero, la razón es a la par la dificultad. Los sucesos de mi vida personal están de tal manera prendidos en la trama de los hechos históricos, que es punto menos que imposible arrancarlos a ella. Sin embargo, este libro no pretende hacer historia. No destaca los hechos por lo que en si objetivamente signifiquen, sino en lo que tienen de contacto con las vicisitudes de la vida del autor. Nada tendrá, pues, de extraño, que en la pintura de momentos o etapas enteras falten las proporciones que serían de rigor en una obra histórica. Para trazar la línea divisoria entre la autobiografía y el proceso de la revolución, no hemos tenido más remedio que proceder de un modo empírico. Sin convertir por ello el relato de una vida en un estudio de historia, había que ofrecer al lector un punto de apoyo en los hechos que informaron el giro de aquélla. Dando por su puesto, naturalmente, qque quien leere estas páginas conoce las líneas generales de nuestra revolución y hasta con avivar rápidamente en su recuerdo los hechos históricos y sus consecuencias.

Cuando este libro salga a luz, habré cumplido cincuenta años. Mi cumpleaños cae en el día de la Revolución de Octubre. Un pitagórico o un místico argüirían de aquí grandes conclusiones. La verdad es que yo no he venido a parar mientes en esta curiosa coincidencia hasta que ya habían pasado tres años de las jornadas de octubre. Hasta la edad de nueve años, viví sin interrupción en una aldea apartada del mundo. Pasé ocho estudiando en el Instituto. Al año de salir de sus aulas, fui detenido por vez primera. Mis universidades fueron, como las de tantos otros en aquella época, la cárcel, el destierro y la emigración. Dos veces estuve preso en las cárceles zaristas, por espacio de cuatro años en total; las deportaciones del antiguo régimen me alcanzaron otras tantas veces, la primera dos años poco más o menos, la segunda unas semanas. Las dos veces pude huir de Siberia. He vivido emigrado, en junto, unos doce años en varios países de Europa y América: dos años antes de estallar la revolución de 1905 y hacia diez después de su represión. Durante la guerra, fui condenado a prisión en rebeldía en la Alemania de los Hohenzollerns (1915); al siguiente año, expulsado de Francia

a España, tras breve detención en la cárcel de Madrid y un mes de estancia en Cádiz bajo la vigilancia de la policía, me expulsaron de nuevo rumbo a Norteamérica. Allí me sorprendieron las primeras noticias de la revolución rusa de febrero. De vuelta a Rusia, en marzo de 1917, Fuí detenido por los ingleses e internado durante un mes en un campo de concentración del Canadá. Tomé parte activa en las revoluciones de 1905 y 1917, y ambos años fuí Presidente del Soviet de Petrogrado. Intervine muy de cerca en el alzamiento de octubre y pertenezco al Gobierno de los Soviets. En funciones de Comisario del pueblo para las relaciones exteriores, dirigí en St-Litovsk las negociaciones de paz entabladas con Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria. Ocupé el Comisariado de Guerra y Marina,] y desde él dediqué cinco años a la organización del Ejército rojo y la reconstrucción de la flota. En el año 1920, me encargué, además, de dirigir los trabajos de reorganización de los ferrocarriles, que estaban en el mayor abandono.

Dejando a un lado los años de la guerra civil, la parte principal de mi vida la llena mi actividad de escritor y militante dentro del partido. Las "Ediciones del Estado", emprendieron en 1923 la publicación de mis obras completas. De entonces acá, han visto la luz, sin contar los cinco tomos en que se coleccionan mis trabajos sobre temas militares, trece volúmenes. La publicación fué suspendida en el año 1927, cuando empezó a agudizarse la campaña de persecución contra el "trotskismo".

En enero de 1928 me envió al destierro el actual Gobierno ruso, y hube de pasar un año junto a la frontera china. En febrero de 1929 fuí expulsado a Turquía, y escribo estas líneas en Constantinopla.

No puede decirse que mi vida, aun presentada en tan rápida síntesis tenga nada de monótona. Más bien cabría afirmar, por el número de virajes bruscos, súbitos cambios y agudos conflictos, por los vaivenes que en ella tanto abundan, que es una vida pictórica de "aventuras". Y, sin embargo, permítaseme afirmar que nada hay que tanto repugne a mis naturales inclinaciones como una vida aventurera. Mi amor al orden y mis hábitos conservadores puede decirse que rayan en lo pedantesco. Amo y sé apreciar el método y la disciplina. No con ánimo de paradoja, sino porque es verdad, diré que me indignan la destrucción y el desorden. Fui siempre un discípulo aplicado y puntual, dos condiciones que he conservado a lo largo de toda la vida. Durante los años de la guerra civil, cuando en mi distancias varias veces iguales al Ecuador, me recreaba ver, de trecho en trecho, una empalizada nueva de tablas de pino. Lenin, que me conocía esta pequeña debil, solía burlarse cariñosamente de mí a causa de ella. Para mí, los mejores y más caros productos de la civilización han sido siempre -y lo siguen siendo- un libro bien escrito, en cuyas páginas haya algún pensamiento nuevo, y una pluma bien tajada con la que poder comunicar a los demás los míos propios. Jamás me ha abandonado el deseo de aprender, ¡y cuántas veces, en medio de los ajetreos de mi vida, no me ha atosigado la sensación de que la labor revolucionaria me impedía estudiar metódicamente! Sin embargo, casi un tercio de siglo de esta vida se ha consagrado por entero a la revolución. Y si empezara a vivir de nuevo, seguiría sin vacilar el mismo camino.

Véome obligado a escribir estas líneas en la emigración, la tercera de la serie, mientras mis mejores amigos, que lucharon con denuedo decisivo por ver implantada la República

de los Soviets, pueblan sus cárceles y sus estepas, presos unos y otros deportados. Algunos hay que vacilan, que retroceden y se rinden al adversario. Unos, porque están moralmente agotados; otros, porque, confiados a sus solas fuerzas, son incapaces para encontrar una salida a este laberinto en que los colocaron las circunstancias; otros en fin, por miedo a las sanciones materiales. Es la tercera vez que presencié una deserción en masa de las banderas revolucionarias. La primera fué tras el reprimido movimiento de 1905; la segunda, al estallar la guerra. Conozco hartó bien, por experiencia, lo que son estas mareas y reflujos. Y sé que están regidos por leyes. No vale impacientarse, pues no han de cambiar de rumbo a fuerza de impaciencia. Y yo no soy de esos que acostumbran a enfocar las perspectivas históricas con el ángulo visual de sus personales intereses y vicisitudes. El deber primordial de un revolucionario es conocer las leyes que rigen los sucesos de la vida y saber encontrar, en el curso que estas leyes trazan, su lugar adecuado. Es a la vez, la más alta satisfacción personal que puede apetecer quien no une la misión de su vida al día que pasa.

L. Trotsky

Prinkipo, 14 de septiembre de 1929.

IANOVKA

Tiénesse a la infancia por la época más feliz de la vida. ¿Lo es, realmente? No lo es más que para algunos, muy pocos. Este mito romántico de la niñez tiene su origen en la literatura tradicional de los privilegiados. Los que gozaron de una niñez holgada y radiante en el seno de una familia rica y culta, sin carecer de nada, entre caricias y juegos, suelen guardar de aquellos tiempos el recuerdo de una pradera llena de sol que se abriese al comienzo del camino de la vida. Es la idea perfectamente aristocrática, de la infancia, que encontramos canonizada en los grandes señores de la literatura o en los plebeyos a ellos enfeudados. Para la inmensa mayoría de los hombres, si por acaso vuelven los ojos hacia aquellos años, la niñez es la evocación de una época sombría, llena de hambre y de sujeción. La vida descarga sus golpes sobre el débil, y nadie más débil que el niño.

La mía no fué una infancia helada ni hambrienta. Cuando yo nací, mi familia había conquistado ya el bienestar. Pero era ese duro bienestar de quienes han salido de la miseria a fuerza de privaciones y no quieren quedarse a mitad de camino. En aquella casa, todos los músculos estaban tensos, todos los pensamientos enderezados hacia una preocupación: trabajar y acumular. Ya se comprende que, en tales condiciones, no quedaba mucho tiempo libre, para dedicarlo a los niños. Y si es verdad que no supimos lo que era la miseria, tampoco conocimos la abundancia ni las caricias de la vida. Para mí, los años de la niñez no fueron ni la pradera soleada de los privilegiados, ni el infierno adusto, hecho de hambre, violencia y humillación, que es la infancia para los más. Fué la niñez monótona, incolora, de las familias modestas de la burguesía, soterrada en una aldea, en un rincón sombrío del campo, donde la naturaleza es tan rica como mezquinas y limitadas las costumbres, las ideas y los intereses.

La atmósfera espiritual que envolvió mis primeros años y aquella en que había de discurrir mi vida desde que tuve uso de razón, son dos mundos distintos entre los que se alzan, aparte de las distancias y los años, una cordillera de grandes acontecimientos y toda una serie de conmociones interiores, que no por quedar recatadas son menos decisivas para la vida de quien las experimenta. Cuando por vez primera me puse a abocetar estos recuerdos, cercábame, obstinada, la sensación de que no era mi propia niñez la que evocaba, sino un viaje ya casi olvidado por lejanas tierras. Y hasta llegué a pensar en poner el relato en tercera persona. Pero me abstuve de hacerlo, para que esta forma convencional no fuese a dar cierto aire "literario" a mis recuerdos, pues nada hay que tanto me preocupe como el huir de hacer en ellos literatura.

Mas, aunque se trate de dos mundos antagónicos, hay no sé qué sendas subterráneas por las que la unidad de persona se trasplanta del uno al otro. Es lo que explica, en general, el interés por las Memorias y autobiografías de hombres que, por una razón o por otra, llegaron a ocupar puestos destacados en la sociedad. Intentaré, pues, referir con algún detalle lo que fueron mi niñez y mis primeras letras, procurando no incurrir en anticipación ni prejuicio; es decir, no dar a los hechos un enfoque predeterminado, sino exponerlos sencillamente, tal como fueron, o tal como, al menos, se han conservado

en mi memoria.

Más de una vez me ha acontecido creer recordar hasta los tiempos en que andaba colgado del pecho de mi madre. Hay que suponer, sin embargo, que transpondría inconscientemente a mi pasado la sugestión de lo que más tarde hube de observar en mis hermanos pequeños. Guardo un recuerdo confuso de no sé qué escena que debió de desarrollarse debajo de un manzano, en una huerta, teniendo yo unos diez y ocho meses. Mas tampoco este recuerdo es seguro. En cambio, se me fijó bastante bien en la memoria el sucedido siguiente: Había ido con mi madre de visita a casa de la familia Z., de Bobrinez, que tenía una nem de dos o tres años. Me dijeron que yo era su novio. Nos pusimos a jugar en una sala, sobre el piso encerado.

A poco, desaparece la nena y el rapaz se queda sólo, arrimado a una cómoda: vive un momento de pasmo, como en un sueño. Entra mi madre con la señora de la casa. Mi madre se queda mirando para el chiquillo, luego para un charquito que hay junto a él, torna a mirar al chico, menea la cabeza con gesto de reproche, y dice:

- ¿No te da vergüenza? ...

El chico mira para la madre, se mira a sí y mira al charco, como a algo que nada tuviese que ver con él.

-¡Por Dios, déjalo; no tiene ninguna importancia! -dice la señora de la casa-. Los pobres, estaban distraídos jugando. . .

El niño no se siente avergonzado ni arrepentido. ¿Qué edad podía tener? Unos dos años, acaso tres.

Fué por entonces cuando, paseando con la chacha por la huerta, vi la primera culebra.

-¡Mira, mira, Liova -dijo la chica, apuntando para algo que brillaba entre la yerba;- mira donde está enterrada una tabaquera! Y cogiendo un palito, se puso a escarbar.

La niñera era también una niña, pues no tendría más de diez y seis años. La tabaquera, al hurgarla, se desenrolló y resultó ser una culebra, que se deslizó silbando por entre la maleza del huerto. La niñera, toda asustada, rompió a chillar, me cogió del brazo y salimos corriendo. A mí, me costaba trabajo todavía mover las piernas a prisa. Todo jadeante, les conté a los de casa cómo habíamos creído encontrar entre la yerba una tabaquera y había resultado ser una culebra.

Me acuerdo también perfectamente de otra escena ocurrida por aquellos años en la cocina "blanca". Mis padres han salido y en la cocina están la criada, la cocinera y una visita. Está también Alejandro, mi hermano mayor, que ha venido a casa a pasar las vacaciones. Mi hermano se encarama con los dos pies en lo alto de una pala de madera, tomándola a guisa de zancos, y se pone a andar a saltitos por el piso de barro de la cocina. Le pido que me deje la pala, intento hacerlo yo también, caigo de bruces contra el suelo y me echo a llorar a gritos. Alejandro me levanta, me besa y en brazos, me saca de la cocina.

Acaso tuviese cuatro años cuando me montaron en una yegua grande, de pelaje gris, mansa como un cordero; estaba a pelo, sin freno ni silla, con un ramal al pescuezo solamente. Abrí las piernas cuanto pude y me aferré a la crin con las dos manos. La yegua me llevó, con un andar muy suave, y acertó a pasar por debajo de un peral, una

de cuyas ramas me azotó en el vientre. Sin darme cuenta de lo que pasaba, resbalé por el lomo del animal y fui a dar con el cuerpo entre la yerba. No me dolió, pero no sabía cómo explicarme aquello.

Juguetes de tienda, apenas tuve nunca ninguno. Únicamente un caballito de cartón y una pelota que mi madre me trajo un día de Kharkof. Mi hermana la pequeña y yo jugábamos con muñecas caseras de trapo, que nos hacían tía Fenia y tía Raisa, hermanas de mi padre, y a las que la tía Fenia pintaba con lápiz ojos, boca y nariz. Aquellas muñecas me parecían a mí algo extraordinario, y todavía me parece estarlas viendo. Una tarde de invierno, Iván Vasilievich, el mecánico de la finca, me hizo un coche de cartón con ventanas y las ruedas pegadas con engrudo. Mi hermano mayor, que estaba en casa pasando las Navidades, dijo que un coche como aquel lo hacía él de dos guantadas. Como primera providencia lo desmontó, armóse de regla, lápiz y tijeras y se estuvo dibujando largo y tendido, pero luego, al recortar los dibujos, resultó que no casaban.

Los parientes y conocidos que salían de viaje me solían preguntar:

-¿Qué quieres que te traigamos de lelisavetgrado o de Nikolaief?

Los ojos se me saltaban. ¿Qué les pediría? Alguien venía en mi auxilio, y me aconsejaba: un caballito o libros, o lápices de colores, o unos patines.

-¡Unos patines! concluía yo-. Pero que sean de tal marca- y decía una que le había oído a mi hermano.

Mas los viajeros, apenas trasponían el umbral, se olvidaban de la promesa. Y yo vivía días y semanas enteras alimentando mi esperanza, para luego atormentarme con el desengaño.

En la huerta que había delante de casa posóse una abeja sobre una flor de girasol. Yo sabía que las abejas picaban y que había que andarse con precauciones. Arranqué, pues, una hoja de salvia y cogí con ella el animalillo,

De pronto sentí una punzada horrible, y salí corriendo y chillando por el corral adelante hasta el taller en que trabajaba Iván. Este me sacó el agujijón y me untó el dedo con un líquido que me quitó los dolores.

Iván Vasilievich tenía un vaso con tarantelas puestas en aceite de girasol. Era el remedio que se consideraba más eficaz contra las picaduras. Las tarantelas las habíamos cazado Vitia Gertopanof y yo, con un hilo que tenía atado a uno de los extremos un pedazo de cera y que se metía en el agujero. La tarantela quedábase pegada con las patitas en la cera. Luego, la guardábamos en una caja de cerillas, Pero no aseguro que esto de andar a caza de tarantela no ocurriese ya en una época más tardía.

Me acuerdo de haber oído hablar en una de aquellas charlas con que se distraían las largas veladas invernales, de cómo y cuándo habían comprado mis padres la finca de Ianovka, de la edad que teníamos entonces los niños y de cuándo había entrado al servicio de la casa Iván.

-A Liova -dijo mi madre, mirándome con ojos de malicia- le trajimos ya listo de la alquería.

Yo echo mis cuentas para mí y digo luego, en voz alta;

-¿Entonces, yo nací en la alquería?

-No -me contestan-; naciste aquí, en Ianovka.

-¿Pues, no dice mamá que me trajeron listo de la alquería?

-Lo ha dicho por decirlo, por gastar una broma...

Sin embargo, la explicación no me satisface del todo, y pienso que es una broma un poco extraña; pero nada digo. Me basta con leer en la cara de las personas mayores que me rodean esa sonrisa característica e insoportable de los iniciados. Del recuerdo de aquella velada junto al té invernal, en que nadie tiene prisa, brota una cronología. Pues habiendo yo nacido el 26 de octubre, ello quiere decir que mis padres se debieron de trasladar de la alquería a la finca de Ianovka en la primavera o en el verano de 1879.

Fué el año en que estallaron las primeras bombas de dinamita contra el zarismo. El 26 de agosto de 1879. dos meses antes de nacer yo, el partido terrorista "Narodnaia Wolia", que acababa de crearse, decretó la muerte de Alejandro II. El 19 de noviembre estalló la bomba al paso del tren real. Y comenzó la cruzada de terror que el día 1º de marzo de 1881 había de costarle la vida al Zar, a la vez que exterminaba al propio partido ejecutor.

Un año antes había terminado la guerra ruso-turca. En agosto de 1879, Bismarck ponía la primera piedra de la alianza germano-austríaca. Fué el mismo año en que Zola publicó aquella novela "Nana" donde aparecía el futuro organizador de la "Entente", a la sazón príncipe de Gales, luciendo su talento de conquistador de artistas de opereta. El vendaval de la reacción, que había arreciado desde la guerra franco-prusiana y la represión de la Comuna de París, seguía adueñado de la política europea. En Alemania regían ya las leyes de excepción dictadas por Bismarck contra el socialismo. En el mismo año -1879- Víctor Hugo y Luis Blanc presentaban a la Cámara francesa la petición de amnistía a favor de los communards.

Pero a la aldehuela donde yo vine al mundo y pasé los nueve primeros años de mi vida no llegaban ni el eco de los debates parlamentarios, ni el de las transacciones diplomáticas, ni aun siquiera el que levantaban las explosiones de la dinamita. En las estepas inmensas de la provincia de Kherson y en toda Novorosia reinaban con reino indisputado y regido por sus propias leyes el trigo y las ovejas. Su dilatada extensión y la falta de comunicaciones teníanlas inmunizadas contra toda posible infección política. Innúmeros montículos esteparios eran claro indicio de la gran emigración de los pueblos derramada en tiempos sobre aquellas comarcas.

Mi padre era un terrateniente que empezó trabajando en condiciones muy modestas y fué agrandando su hacienda poco a poco, a fuerza de sacrificios. Habíase emancipado de chico con su familia del suelo judío donde naciera, en la provincia de Petava, para probar suerte en las estepas libres del Sur. En las provincias Kherson y Lekarteroslava había por entonces unas cuarenta colonias agrícolas judías pobladas por veinticinco mil almas aproximadamente. Hasta el año 1881, el agricultor judío hallábase equiparado al mujik, no sólo en derechos, sino en pobreza. A fuerza de trabajar infatigable, dura e inexorablemente sobre la primera tierra adquirida, con sus brazos y los ajenos, mi

padre fué saliendo adelante poco a poco.

En la colonia de Gromokley no llevaban el Registro civil con gran rigor. Muchas partidas sentábanse a medida que iban conviniendo. Mis padres decidieron que ingresase en una escuela graduada, y como resultó que no tenía edad legal, en la certificación, hubo de anticiparse el nacimiento un año, del 79 al 78. De modo que había que llevar la cuenta de mis años por partida doble: una para la edad oficial y otra para la auténtica.

Durante los nueve primeros años de mi vida, puede decirse que apenas traspuse la raya de la aldea paterna. Esta tenía su nombre, Ianovka, del anterior propietario Lanovsky, a quien mi padre comprara la tierra. De soldado raso había llegado a Coronel, y como gozaba del favor de sus superiores, le dieron a elegir, reinando Alejandro II, 500 desiatinas de tierras en las estepas, todavía yermas, de la provincia de Kherson. El Coronel levantó en la estepa una casucha de barro techada de paja y una granja igualmente primitiva. Pero no consiguió sacar adelante la explotación. Su familia, al morir él, volvióse a Poltava. Mi padre les compró unas cien desiatinas, tomando además en arriendo hacia 200. Todavía me acuerdo perfectamente de la Coronela, una vieja seca, que solía presentarse en nuestra casa una o dos veces al año a cobrar la renta y a ver cómo andaban las cosas. Había que mandar el "coche" a buscarla a la estación y ponerle una silla para que pudiera descender de él más cómodamente. Era un carro al que le habían puesto muelles habilitándole para "coche", pues hasta mucho más tarde no tuvimos faetón y un buen tiro de caballos. A la Coronela poníanle caldo de gallina y huevas blandas. La vieja salía a pascar a la huerta con mi hermana, y aún me parece verla arañar con sus uñas secas la resina cuajada en los troncos de los árboles y comérsela, pues aseguraba que era una deliciosa golosina.

Gradualmente iba dilatándose en nuestra posesión la superficie de tierra labrantía y el número de yuntas y cabezas de ganado. Mi padre intentó aclimatar en la finca las merinas, pero el ensayo no cuajó. En cambio, teníamos una piara grande de cerdos, que se movían a sus anchas por el corral, hozándolo todo y acabando con la huerta. La explotación llevábase celosamente, pero a la antigua. Allí, nadie se preocupaba de averiguar más que a ojo y por tanteo qué ramas rendían beneficios y cuáles pérdidas. Por lo mismo, hacíase también imposible de todo punto tasar la hacienda. Toda nuestra fortuna estaba en la tierra, en las espigas, en el trigo; y éste, amontonado en las paneras o camino del puerto. Muchas veces, mi padre acordábase de pronto a la hora del té o de la cena, y decía:

-Apunta que hoy se han recibido 1.300 rublos del comisionista, 660 se mandaron a la Coronela y 400 se los di a Dembovsky. Y apunta, además, que di cien rublos a Feodosia Antonóvna la primavera pasada, cuando estuve en Lelisavetgrado.

Ese era, poco más o menos, el método de contabilidad que se llevaba allí. Y, a pesar de todo, mi padre iba saliendo adelante, lenta y porfiadamente.

Vivíamos en la misma casucha de barró que había levantado nuestro antecesor. Estaba cubierta de paja, y debajo del alero albergaba innumerables nidos de gorriones. Por fuera, las paredes estaban todas agrietadas y eran nido de culebras. No nos cansábamos de echar en los resquicios agua hirviendo del samovar. Cuando llovía fuerte, el agua

se colaba por el techo, que era muy bajo, sobre todo en el portal. Para recogerla, ponían en el sucio barreños y palanganas. Los cuartos eran pequeños, los cristales de las ventanas turbios, los pisos de los dos dormitorios y del cuarto de los niños, de barro, donde anidaban a sus anchas las pulgas. El comedor estaba entarimado y todas las semanas fregaban el piso con arena. El del cuarto principal de la casa, que medía ocho pasos de largo y al que daban el pomposo nombre de "salón", estaba encerado. En esta sala eran, donde se alojaba, cuando venía, la Coronela. En el jardincillo que había delante de casa se alineaban unas cuantas acacias amarillas y rosales blancos y colorados, y en el verano grandes matas de "habas de España". El patio o corral no estaba cerrado con empalizada. En un pabellón grande de barro, techado con teja y construido ya por mi padre, se albergaban el taller, la cocina para el personal y el cuarto de la servidumbre. A continuación estaba el granero "pequeño", de madera, y luego venía el granero "grande" y en seguida el "nuevo", todos con techumbre de caña. Para que no pudiera penetrar el agua y el trigo no se pudriese, los graneros estaban levantados sobre piedras. En la canícula y en la época de los hielos se recogían aquí, entre el suelo y las tablas, los perros, los cerdos y las aves. La gallinas buscaban, para poner, los rincones más recatados. Muchas veces, tenía que ir yo, arrastrándome por entre las piedras, a sacar los huevos del nido, pues el cuerpo de un adulto no hubiera podido colarse por allí. Sobre la techumbre del granero grande venían a anidar todos los años las cigüeñas, y levantando al cielo su pico colorado, se tragaban ranas y culebras. Era muy desagradable de ver. Se veía colgar el cuerpo de la culebra y parecía como si estuviese devorando por dentro al pájaro. En el granero, dividido en varios compartimientos, se amontonaban el oloroso trigo candeal, la cebada, de ásperas aristas; las simientes del lino, suaves, esculizas, casi fluidas; las negras perlas de la colza, con sus reflejos azulinos; la avena, delgada y ligera.

Cuando en casa hay una visita de respeto, a los chicos nos es permitido ir a jugar al escondite a los graneros. Y heme aquí trepando por el tabique de uno de los compartimientos, tirándome a lo alto de un montón de trigo y dejándome resbalar por la otra vertiente. Los brazos se entierran hasta el codo y las piernas hasta la rodilla en la avalancha de trigo, y los zapatos, no pocas veces agujereados, y la camisa se llenan de granos. La puerta del granero está cerrada; alguien ha colgado por fuera el candado, para disimular, pero sin echar la llave, pues así lo requieren las reglas del juego. Me veo tumbado en el frescor del granero enterrado entre el trigo, respirando el polvillo vegetal, y oigo a Senia W. o a Senia S., a mi hermana Lisa o a cualquiera de los oíros rondar por la corraliza y descubrir a los que se han escondido: pero conmigo, enterrado entre el trigo fresco, no consiguen dar.

Las cuadras y los establos de los caballos, las vacas y los cerdos y las jaulas de las aves están del otro lado de la casa. Todo construido primitivamente, con argamasa de barro, ramaje y paja. Como a unos cien pasos de la casa está el pozo, y detrás una presa que riega los huertos de los campesinos. Todas las primaveras la crecida rompía la presa, y había que volver a reforzarla con paja, tierra y boñigas secas. En un pequeño altozano, junto a la presa, levantábase el molino, una barrera de madera que daba

albergue a una pequeña máquina de vapor de diez caballos de fuerza, y a dos muelas. Aquí se pasaba mi madre la mayor parte de su afanosa vida, durante los primeros años de mi niñez. El molino no trabajaba sólo para la finca, sino para cuantos quisieran venir a moler a él, en diez o quince verstas a la redonda. Los campesinos acudían con sus sacos de trigo y pagaban un diezmo por la molienda. En tiempo de calor, antes de la trilla, el molino trabajaba las veinticuatro horas de día, y cuando yo supe ya escribir y contar, me mandaban muchas veces a pesar el trigo de los campesinos y calcular lo que había que separar por la maquila. Una vez recogida la cosecha, el molino se cerraba, empleándose la máquina para trillar. Más adelante, instalaron un motor fijo, y las paredes del nuevo molino eran de piedra y la techumbre de teja. La antigua casucha del Coronel cedió también el puesto a una casa grande de ladrillo con techumbre de chapa ondulada. Pero todo esto ocurría cuando yo tenía ya cerca de diez y siete años. Recuerdo que en las últimas vacaciones había intentado calcular la distancia entre las ventanas y la medida de las puertas, pero no lo conseguí. Cuando volví a la aldea, ya estaban echados los cimientos, de piedra. No volvió a presentarse ocasión de habitar la nueva morada, donde hoy tiene su hogar una escuela de los Soviets...

Muchas veces, los labriegos tenían que estarse semanas enteras esperando la molienda. Los que vivían cerca, ponían los sacos en turno y se iban a sus casas. Pero los que tenían la casa lejos, se acomodaban en sus carros, y cuando llovía dormían encima de los sacos, en el molino.

A uno de estos aldeanos le desapareció un día una brida del aparejo. Alguien le dijo que había visto a un muchacho, hijo de otro labriego, andar con su caballo. Revolviendo en el carro de su padre, apareció la brida escondida entre el heno. El padre del ladronzuelo, un aldeano barbudo de rostro sombrío, santiguóse vuelto hacia Oriente y juró que la culpa era toda del maldito muchacho, que era un pillo, que él no tenía arte ni parte en el robo, y que iba a arrancarle las entrañas. Pero el otro no le creía. Entonces, el padre, cogiendo al chico por el pescuezo, le derribó en tierra y se puso a azotarlo despiadadamente con el cuerpo del delito. Yo observaba esta escena por entre las espaldas de los mayores, que hacían corro. El muchacho clamaba y juraba que no volvería a hacerlo. Y aquellas almas de Dios escuchaban impasibles los chillidos de la víctima, fumando tranquilamente los cigarrillos liados por su mano y mascullando para sus barbas que el otro daba de azotes al rapazuelo para descargar sobre él la culpa, pero que a quien había que azotar era al padre.

Detrás de los graneros y los establos alzábanse los cobertizos, techumbres gigantes cas de más de setenta pies de largo -unas de paja y otras de caña-, sostenidas sobre estacas, y sin muros. Bajo estos cobertizos se amontonaban grandes parvas de trigo, que luego, en los tiempos de lluvia o de tormenta, se aventaban o trillaban. Detrás de los cobertizos estaba la era, donde se hacía la trilla. Y más allá, separado por una zanja, el aprisco, hecho todo de estiércol seco.

Mi niñez se halla toda asociada a la casucha del Coronel y al viejo sofá del comedor. En este sofá, chapado de madera roja imitando caoba, era donde yo me sentaba para tomar el té, para comer, para cenar, donde jugaba con mi hermana a las muñecas y

donde, más tarde, me entregaba a la lectura. La tela estaba rota por dos sitios. Tenía un agujerito pequeño del lado donde se sentaba Iván Vasilievich y otro, bastante mayor, donde yo tomaba asiento junto a mi padre.

-Ya va siendo hora de ponerle otra tela al sofá- dice Iván.

-Sí, ya va siendo hora -asiente mi madre-. No hemos vuelto a follarlo desde el año que mataron al Zar.

-No llevo otra cosa en el pensamiento alega mi padre cuando bajo a la villa. Pero, ya sabéis lo que ocurre, se harta uno de correr de acá para allá, el cochero le clava a uno, no se nina más que salir de allí cuanto antes, y todo se deja olvidado.

Sosteniendo el techo achaparrado, corría a lo largo del comedor una viga pintada de blanco, en la que solían colocarse los objetos más diversos: platos con comida, para que no los alcanzase el galo, clavos, cuerdas, libros, un tintero taponado con papel, un palillero con una pluma vieja, toda oxidada. En aquella casa no abundaban las plumas. Había semanas en que tenía que cortar con un cuchillo de mesa una pluma de madera, para copiar los caballitos que venían en las ilustraciones de unas cuantos números viejos de la "Niva". Arriba, en lo alto del techo, en un saliente hecho para recoger el humo, moraba el gato. Allí traía al mundo a sus crías, y, cuando apretaba el calor, bajaba con ellas entre los dientes, dando un salto magnífico. Las visitas un poco altas tropezaban irresiblemente con la cabeza contra la viga, al levantarse de la mesa, y era costumbre advertirlas del peligro, diciéndoles: ¡Cuidado!, a la par que se apuntaba con la mano hacia arriba.

El mueble más notable que había en la salita, ocupando un espacio considerable, era el piano. Este piano había entrado en casa en una época de que yo me acuerdo ya perfectamente. Una propietaria arruinada que vivía a unas 15 o 20 verstas de nuestra finca, se fue a vivir a la villa y puso en venta los muebles. Nosotros le compramos un sofá, tres sillas vienesas y un piano viejo y averiado que llevaba ya la mar de tiempo arrinconado en el granero con las cuerdas rotas. Nos costó 16 rublos y lo trajeron a lanovka en un carro. Al desarmarlo, aparecieron debajo de la caja de resonancia dos ratones muertos. Durante varias semanas de invierno, el taller no tuvo más ocupación que arreglar el piano. Iván Vasilievich limpiaba, encolaba, bruñía, sacaba las cuerdas, las ponía tensas, las afinaba. Las teclas volvieron a ocupar su sitio y a los pocos días el piano sonaba en la sala, con un timbre bastante quebrado, peto irresistible. Los maravillosos dedos de Iván pasaron de los registros del acordeón a las teclas del piano, arrancando a sus cuerdas los acordes de la "Kamarinskaia", una polka y el cuplé de "Mi amado Agustín". Mi hermana mayor se puso a estudiar música, y a veces cencerreaba también en el piano mi hermano Alejandro, que había estudiado violín en Lelisavetgrado un par de meses. Al cabo de algún tiempo, yo me puse también a querer deletrear con un dedo las notas por las que había estudiado mi hermano. Pero no tenía oído, y el sentido de la música se me quedó dormido e impotente toda la vida.

En la primavera, el corral convertíase en un mar de lodo. Iván andaba en zuecos de madera, que eran verdaderos coturnos, de su propia confección, y yo, por la ventana, veíale entusiasmado, pues los suecos anuían más de media arquina a su estatura. A

poco, presentóse en la luna un talabartero viejo, cuyo nombre no conocía seguramente nadie. Tendría sus buenos ochenta años. Había servido veinticinco años en el ejército, reinando el Zar Nicolás I. De talla gigantesca, ancho de hombros, barba y pelo blancos, levantando con trabajo las piernas del suelo, iba camino del granero, donde había montado su taller ambulante...

-¡Estas piernas ya no rigen!

Hace diez, años que el viejo se lamenta con las mismas palabras. Pero, en cambio, sus manos, que huelen siempre a cuero, son recias como tenazas. Las uñas, como puntas de marfil, duras y puntiagudas.

-¿Quieres -ver Moscú?

-¡Pues claro que quería verlo!

Y el viejo me coge con sus dedazos por debajo de las orejas y me levanta en vilo. Siento que las terribles añas se me clavan en la carne y me echo a llorar. Me han engañado. Pataleo, y le mando que me baje.

-¿Ah, no quieres?- torna a preguntar el viejo. -¡Pues bien, allá tú!

Pero, a pesar del engaño de que me ha hecho víctima, no me voy de junto a él.

-Sube por la escalera al granero, y mira a ver qué es aquello que se divisa allí, tirado en el suelo.

Yo sospecho que es una nueva añagaza y titubeo. Y resulta que "aquello" es Constantino, el molinero, un mozo joven y Katuska, la cocinera. Los dos bellos y con ganas de retozar, los dos buenos peones.

-¿Cuándo vas a casarte con Katuska?- le pregunta mi madre al molinero.

-¿Para qué? ¡Nos va bien así!- responde Constantino-. El casarse cuesta diez rublos y por ese dinero pretiero comprarle unos zapatos a Katra.

Tras el ardoroso y fatigante verano de la estepa, que culmina en las faenas de la recolección en los lejanos campos, se acerca el temprano otoño con su carga, en que se resume todo un año de trabajos forzados. La trilla está en su apogeo. Ahora, el centro de toda la actividad es la era, situada como a un cuarto de versta de la casa. Una nube de polvillo de paja se extiende sobre ella. El tambor de la máquina trilladora atruena el espacio, Felipe, el molinero, armado de gatas, lo alimenta. Tiene la barba negra cubierta de polvillo gris. Desde lo alto del carro le alargan las gavillas, que él toma sin levantar la vista, las desata, las desparrama un poco y las deja deslizarse tambor adentro. La máquina se ha tragado la gavilla y aúlla como perro que ha hecho presa en un hueso. Por los canales, va saliendo la paja trillada, mientras la manga vomita el tamo. La paja es arrastrada a la parva. Yo, de pie al borde de una tabla, me agarro a la cuerda.

-¡Ten cuidado, no vayas a caer!- me grita mi padre.

Pero es ya la décima vez que caigo, ora contra la paja, otra entre el trigo. Una nube espesa de polvo gris se apelocona sobre la era, el tambor ruge, el tamo se le cuela a a uno por la camisa y la nariz, provoca el estornudo.

-¡Eh, tú, Felipe, más despacio!- ordena mi padre, desde abajo cuando el tambor rompe a retumbar con demasiado furia

Me agarro a la correa, y ésta se suelta de repente con toda su fuerza y me da en los

dedos. Y es un dolor tan fuerte, que se me nubla la vista y no distingo nada. A rastras, me aparto a un lado para que no me vean llorar, y escapo corriendo a casa. Mi madre me lava la mano con agua fría y me venda el dedo. Pero el dolor no cede. Anduve con el dedo hinchado varios días que fueron días de tortura.

Los sacos de trigo llenan los graneros y las eras, y se apilan debajo de un toldo, en el patio. Y no es raro ver al dueño de la finca plantado delante de la criba, entre las estacas, enseñando a su gente cómo hay que dar el volante para que el aire se lleve el tamo y luego, con un golpe seco, caiga sobre la lona el trigo limpio, sin que se pierda un solo grano. En las eras y en los graneros, al abrigo del aire, trabajan las máquinas de aechar y clasificar. El trigo sale limpio, en disposición de lanzarse al mercado.

Preséntanse los tratantes, con sus medidas y balanzas de metal en estuches de madera barnizada. Examinan el trigo, proponen un precio, hacen lo indecible por entregar una cantidad en señal. Los dueños de la finca los reciben cortésmente, los obsequian con té y rebanadas de pan untado de manteca, pero el trigo se queda sin vender. Estos traficantes ya no están a la altura de nuestra explotación. Mi padre ha rebasado los métodos tradicionales y tiene su agente propio en Nikolaief.

-No me corre prisa vender- dice mi padre-. El trigo no va a pudrirse.

A los ocho días llega una carta de Nikolaief, o tal vez un telegrama anunciando que el precio del trigo ha subido en cinco copeques el pud.

-Así como así- comenta mi padre-, nos hemos ganado mil rublos, que no se los encuentra uno tirados en la calle...

Claro que, a veces, acontecía también lo contrario, que los precios bajaban. Los misteriosos efluvios del mercado universal llegaban hasta Lanovka. De vuelta de la villa, mi padre vino diciendo un día, con gesto ensombrecido:

-Dicen que ¿cómo se llama?. ah sí, la Argentina, ha lanzado este año al mercado mucho trigo.

En el invierno todo es quietud en la aldea. Sólo el molino y el taller trabajan incansablemente. En las estufas se quema paja, que los criados traen en grandes brazadas regándola por el camino, para recogerla luego. Da gusto meter la paja en el hogar y ver cómo arde. Un día el tío Grigory vino a sacarnos del comedor, que estaba todo lleno de humo azulado, a Olia, mi hermana pequeña, y a mí. Yo no podía ya tenerme en pie. Andaba aturdido, sin distinguir los objetos, y caí desmayado al oír la voz del tío. que me llamaba.

Los días de invierno solíamos quedarnos solos en casa sobre todo cuando mi padre estaba de viaje. y todo el gobierno de la finca corría de cuenta de mi madre. Yo me estaba muchas veces en la penumbra, apretado contra mi hermanilla pequeña, recostados los dos en el sofá con los ojos muy abiertos, sin atrevernos a respirar. De vez en cuando, irrumpía en el sombrío comedor, dejando entrar una bocanada de hielo un coloso calzado con gigantescas botas de fieltro y forrado en una pelliza gigantesca, con un cuello imponente, gorro de piel y guantes voluminosos, con la barba cuajada de carámbanos y gritando en la sombra con voz de gigante:

-¡Buenas tardes muchachos!

Acurrucados en una esquina del sofá, llenos de miedo, no encontrábamos fuerzas para contestarle. El gigante encendía una cerilla y nos descubría escondidos en un rincón. Y, entonces, resultaba que el gigante era nuestro vecino. Cuando la soledad del comedor se nos hacía ya intolerable, yo salía corriendo al portal, a pesar del frío que hacía, abría la puerta, saltaba encima de la piedra -una piedra grande y lisa que había delante del umbral- y me ponía a gritar con todas mis fuerzas en las tinieblas de la noche:

-¡Maska, Maska, ven al comedor, ven al comedor!

Gritaba muchas, muchísimas veces, sin conseguir que Maska acudiese en nuestro socorro, pues a aquella hora la muchacha estaba ocupada en la cocina, en el cuarto de la servidumbre o en otro sitio con sus quehaceres. Por fin, llegaba mi madre del molino, encendía la lámpara, y el samovar empezaba a echar humo

Por la noche, nos estábamos generalmente en el comedor hasta que nos rendía el sueño. Era un constante ir y venir, traer y llevar fuentes y platos, dar órdenes y hacer preparativos para el día siguiente. Durante estas horas, mis hermanas y yo, y a veces también la niñera, vivíamos en un mundo sujeto al de los mayores, oprimido por ellos. De vez en cuando éstos pronunciaban una palabra que evocaba en nosotros no sé qué especiales sugerencias. Entonces, yo guiñaba el ojo a la hermanilla y ésta echábase a reír disimuladamente, bajo las miradas distraídas de los mayores. Le hago otra guiñada, ella se esfuerza por esconder la risa debajo del tapete de hule, y se da con la frente contra la mesa. Esto me contagia, y, a veces, contagia también a mi hermana mayor, que procura comportarse con la dignidad de una mujercita de trece años y oscila entre los pequeños y las personas mayores. Acaso la risa se hace ya demasiado escandalosa y, entonces, tengo que esconderme debajo de la mesa, deslizarme por entre las piernas de los grandes e ir a recatarme, después de haber pisado el rabo al gato, al cuarto de al lado, que llamaban "el cuarto de los niños". A los pocos minutos volvía a reproducirse la tempestad de risa. Los dedos crispados, nos temblaban, y no había manera de sostener un vaso. La cabeza, los labios, los brazos, las piernas, todo se desmadejaba y fundía en aquel mar de risas.

-¿Qué os pasa?- nos preguntaba mi madre, con un gesto de fatiga.

Por un momento cruzábanse los dos mundos, el de arriba y el de abajo. Los mayores se quedaban mirando inquisitivamente para los niños, con mirada cariñosa una vez y otras, las más, con ceño duro. En este instante, la risa, súbitamente sorprendida y contenida, volvía a estallar. Ella tornaba a esconder la cabeza debajo de la mesa, yo me dejaba caer sobre el sofá, Lisa se mordía el labio y la niñera desaparecía.

-¡Los niños a la cama!- decía la voz de los mayores.

Pero no nos marchábamos, sino que nos escondíamos por los rincones, temerosos de mirarnos a la cara. A la hermanilla pequeña la cogían y se la llevaban; yo me quedaba, generalmente, dormido en el sofá, hasta que venía alguien y me cogía en brazos. A veces, medio en sueños, rompía a llorar a gritos. Veíame cercado de perros o de serpientes que silbaban, o era una cuadrilla de ladrones que me asaltaban en despoblado. La pesadilla del niño invadía por un instante el mundo de los mayores. Por

el camino, tranquilizábanme, me acariciaban y me besaban. Tal era la cadena: de la risa al sueño, de éste a la pesadilla, de la pesadilla al despertar y vuelta al sueño, esta vez entre los edredones de la tibia alcoba.

El invierno era la estación en que se nacía más vida de familia. Había días en que mi padre ni mi madre salían de casa. Los hermanos mayores venían a pasar con nosotros las vacaciones de Navidad. Los domingos solía presentarse Iván armado de peine y tijeras, bien lavado y peinado, y nos cortaba el pelo, primero a mi padre luego a Sacha, el que estudiaba en el Instituto, y, por fin a mi.

-¿Sabe usted el corte de pelo a la Capule? -pregunta el estudiante bisoño.

Todos se quedan mirándole, y Sacha cuenta lo maravillosamente que le había cortado el pelo un peluquero en Lelivetrogrado y cómo ello le valió, al día siguiente una severa reprensión del inspector del colegio.

Después de cortarnos el pelo nos sentábamos a comer. Mi padre e Iván ocupaban los dos sillones de las cabeceras de la mesa y los niños nos acomodábamos en el sofá, con la mamá enfrente. Iván se sentó siempre a la mesa con nosotros hasta que se casó. Las comidas, en invierno, discurrían lentamente y con largas sobremesas. Iván poníase a fumar y lanzaba al aire graciosos anillos de humo. A veces, mandaban a Sacha o a Lisa que leyesen en voz alta, mi padre dormitaba en el banco de la estufa, y le molestaba que le sorprendiésemos cabeceando. Por la noche, después de cenar alguno que otro día, se jugaba a las cartas, a un juego familiar muy gracioso, entre chanzas y risas, aunque poníamos en él mucha pasión, y no faltaban, de vez en cuando, las disputas. Lo que más nos tentaba era hacerle trampas a mi padre, que jugaba sin poner atención y se echaba a reír si perdía; en cambio, mi madre jugaba mejor, se apasionaba por las jugadas y ponía todos sus cinco sentidos en no dejarse engañar por el hermano mayor.

De Lanovka a la oficina de Correos más próxima había 23 kilómetros, hasta la más cercana estación de ferrocarril, 35. Vivíamos lejos de las autoridades, del comercio, de los centros urbanos, y mucho más lejos todavía de los grandes acontecimientos históricos. Allí, la vida estaba regida exclusivamente por el ritmo de los labores del campo. Todo lo demás era indiferente. Todo, menos los precios del mercado de granos. Por entonces aún no llegaban a las aldeas periódicos ni revistas. Esto aconteció mucho después, cuando yo estudiaba ya en el Instituto. Y sólo de tarde en tarde, cuando se presentaba la ocasión de mandarlas por mano de alguien, se recibían cartas. A lo mejor, un pariente o un vecino a quien entregaban en Bobrinez una carta para nosotros la traía en el bolsillo un par de semanas. En aquellos tiempos, recibir una carta era un acontecimiento, y recibir un telegrama no digamos una catástrofe.

Me habían asegurado que los telegramas iban por un alambre, pero yo veía por mis propios ojos que el despacho lo traía de Bobrinez un mandadero a caballo, a quien le daban por el servicio dos rublos y 50 copeques. Los telegramas eran papelitos con unas cuantas palabras escritas a lápiz. ¿Cómo iba a pasar aquello por el alambre empujado por el viento? Es por electricidad, me explicaron. Pero la explicación lo ponía todavía más obscuro. Mi tío Abrahán se esforzó un día por aclararme el misterio.

-Mira, por el alambre pasa una corriente y marca signos en una cinta de papel. ¡A

ver, repítelo!

-La corriente -torné a decir yo- pasa por el alambre y marca signos en una cinta de papel.

-¿Entendido?

-Entendido... Pero entonces, ¿de dónde sale la carta? -le pregunté, con el pensamiento puesto en el papelito azul del telegrama.

-La carta viene aparte- me contestó el tío.

Yo no me explicaba para qué la corriente, si la "carta" linbía de traerla un propio a caballo. Mi tío empezó a enfadarse y a chillar.

-Deja la carta estar, chiquillo. ¡Estoy explicándole el telegrama, y él vuelta con la dichosa carta!

Y el misterio se quedó sin aclarar.

Recuerdo que teníamos en casa de visita a una señora joven de Bobrinez, Polina Petrovna, con unos grandes pendientes y un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Mi madre la acompañó en su viaje de regreso a la villa y me llevó con ella. Al doblar el alto, como a unas once verstas de la aldea, vimos los postes del telégrafo y los hilos empezaron a zumbar.

-¿Cómo se pone un telegrama?- le dije a mi madre.

-Pregúntale a Polina Petrovna; ella te lo dirá me contestó mi madre, un tanto perpleja.

He aquí la explicación de Polina:

-Los signos que aparecen en la cinta representan letras, el telegrafista las escribe en un papel y el repartidor a caballo, lo lleva al punto de destino.

Esto ya se entendía.

-¿Y por dónde va la corriente, que no se ve?- volví a preguntar apuntando para los hilos.

-La corriente va por dentro- me contestó la señora-. Los alambres son una especie de tubitos que llevan por dentro la corriente.

También esto se entendía. Por algún tiempo, me quedé tranquilo. Aquello de los flúidos electromagnéticos de que, años más tarde, había de hablarnos el profesor de Física, me pareció bastante menos fácil de comprender.

Mis padres, de carácter tan distinto, se llevaban bastante bien, aunque en una vida de trajín como la suya no podía faltar, naturalmente, alguna que otra desavenencia. Mi madre descendía de una de esas modestas familias burguesas de las ciudades que miran con desdén a los aldeanos de manos encallecidas. En sus años mozos, mi padre había sido un hombre hermoso, esbelto, de rostro enérgico y varonil. A fuerza de ahorros, consiguió reunir algún dinero, con el que más tarde adquirió la finca de Lanovka. Su mujer, trasplantada de pronto de la capital provinciana a la estepa, tardó en adaptarse a las duras condiciones de la vida del campo, hasta que se entregó a ellas por entero, para no dejar ya, en cerca de cuarenta y cinco años afanosos, el yugo del trabajo. De los ocho hijos que tuvo sólo vivieron cuatro. Yo era el quinto. Cuátro murieron de niños unos de la difteria, otros de la escarlátina, las malas cosas que nos quedábamos. La

tierra, el ganado, el molino, la recolección absorbían todas las energías y preocupaciones de aquella casa. Las estaciones se sucedían, y la rotación de las faenas no dejaba tiempo ni humor para "emplearlos en la vida de la familia. Allí no había o menos no las hubo en los primeros años caricias ni ternuras. Pero entre mis padres reinaba esa profunda unión que hace comunidad y en el trabajo.

-Dale a tu madre una silla -solía decirme mi padre, tan pronto como aquélla aparecía en el umbral de vuelta al molino toda cubierta de harina.

-¿Prepara aprisa él samovar, Waifcei!-ordenó! el, apenas entraba en casa- que tu padre va a llegar de un momento a otro.

Los dos sabían bien lo que era vitarse trabajando de la mañana a la noche y volver a casa agotados por la fatiga.

Mi padre era, indudablemente, superior a mi madre lo mismo en inteligencia que en carácter. Era más profundo, más ponderado, más sociable. Tenía un pensamiento sorprendentemente certero, igual para las cosas que para las personas. En los primeros años sobre todo en mi casa se compraban muy pocas cosas, pues allí, se conocía el valor del dinero, pero mi padre sabía siempre fe que compraba. Lo mismo había que se tratase de telas de sombreros o de zapatos, que de un caballo o una máquina; acertaba siempre a elegir lo bueno.

-No creas que amo el dinero- solía decirme años más tarde, disculpándose ¿He su espíritu ahorrativo, lo que me gusta es verme en falta.

Hablaba una mezcla rara de ruso y ucraniano, en la que predominaba el dialecto regional. A las personas las juzgaba por sus maneras, por la cara, por su modo de comportarse, y rara vez se equivocaba.

Los muchos partos y trabajos acabaron por enfermar; mi madre que hubo de irse a consultar con un médico de Kharkof. Un viaje de estos constituía un acontecimiento magno, para él que había que prepararse con gran antelación. Y mi madre se estuvo varios días pertrechando de dinero, tarro de manteca, de bizcos, pollos asados y que sé QUE cuantas cosas más. Se preparaban grandes desembolsos. El médico cobraba tres rublos por la consulta. Era una cantidad inaudita no contábamos suficiente. Las visitas eran con gesto muy solemne, un gesto que expresaba el respeto, que sentíamos con la ciencia.

De pequeño mi padre nos trataba, con más dulzura y de un modo más igualitario que mi madre, se sentía, mucha dulzura en ocasiones sin saber por qué se portaba sobre nosotros a pesar de su cansancio. Primero era más amor.

Haciéndose más severo? Contribuían sin dificultades de los negocios con preocupaciones que aumentaban conforme se iba extendiendo. La Hacienda en que se acostumbraron especialmente al sobrevenir de la crisis agraria del último cuarto siglo, y los disgustos y desengaños que le daban los hijos.

En las largas horas de invierno con nieve de la estepa envolvía por todas partes la hacienda hasta el alféizar de las ventanas.

Mi padre aprendió a diferenciar del viejo, para poder cuando menos, descifrar los títulos de mis libros. En 1910 estando en Berlín, me emocionaba ver a aquel hombre que

hacía esfuerzos porfiados por entender el título de mi obra sobre la Sociáldemocracia alemana. Al estallar la revolución de Octubre, mi padre gozaba ya de una posición bastante holgada. Mi madre murió en 1910, pero él alcanzó aún a conocer el régimen soviético. En el apogeo de la guerra civil, tan furiosa y tan larga en las regiones del Sur, y acompañada de un eterno cambio de gobiernos, hubo de recorrer a pie, a los setenta y cinco años, cientos de kilómetros, hasta encontrar refugio, por poco tiempo, en Odesa. Tenía que huir de los rojos, que le perseguían por ser terrateniente, y de los blancos, que no podían olvidar que era mi padre. Cuando las tropas soviéticas se adueñaron del Sur y lo limpiaron de blancos, pudo trasladarse a Moscú. La revolución le despojó, naturalmente, de todo lo que tenía. Estuvo dirigiendo más de un año una pequeña fábrica de harinas del Estado, situada en las inmediaciones de la capital. Zuriupa, que regía entonces el Comisariado de Subsistencias, gustaba de departir con él sobre asuntos económicos. Mi padre murió del tifus en la primavera de 1922, en el preciso momento en que yo desarrollaba un informe ante el Cuarto Congreso de la Internacional comunista.

El lugar más importante de lanovka era, sin duda alguna, el taller en que trabajaba Iván Vasilievich Grebeni. Había entrado a servir con mis padres a los veinte años, precisamente en el año en que nací yo. Nos tuteaba a todos los hermanos, aun a los mayores, y nosotros le tratábamos de usted y le llamábamos Iván Vasilievich. Cuando le llegó la edad de entrar en las filas, se fue mi padre con él a la ciudad, sobornó a no sé quién y consiguió que Iván siguiese en la finca. Era hombre de gran valor y hermosa estampa; gastaba bigote de color castaño y perilla. Sus conocimientos mecánicos eran universales: lo mismo reparaba máquinas de vapor y limpiaba calderas que torneaba bolas de metal y de madera, o fundía bronce y construía coches de muelles; arreglaba relojes, afinaba pianos y tapizaba los muebles y había llegado a construir pieza por pieza, una bicicleta, a la que sólo faltaban los neumáticos. En esta bicicleta aprendí yo a montar durante las vacaciones que tuve entre la enseñanza primaria y el ingreso en el Instituto. Los colonos alemanes de las inmediaciones traían al taller sus máquinas segadoras y agavilladoras para que Iván se las arreglase., y tomaban su consejo antes de decidirse a comprar una máquina trilladora o de vapor. Mi padre servíales de consejero en cuestiones económicas; Iván era su asesor técnico. En el taller trabajaban oficiales y aprendices. Y en no pocas cosas, yo era aprendiz de los aprendices.

Era entretenidísimo aquello de forjar tornillos y clavos, pues en seguida veía uno entre las manos, tangible, el fruto de su trabajo. A veces, poníame a batir colores sobre una piedra bien pulida, pero me cansaba pronto y no cesaba de preguntarle si ya era bastante. Iván tocaba la mezcla grasa con la punta de los dedos y meneaba negativamente la cabeza. Y yo, que no podía más, entregaba la tarea a uno de los aprendices.

Algunos ratos Iván Vasilievich se sentaba en un rincón encima de la caja de las herramientas, detrás del banco, y poníase a fumar con la mirada distraída, acaso pensativo o entregado a sus recuerdos acaso simplemente descansando sin pensar en nada. Yo solía acercarme a él de lado y me ponía a retorcerle suavemente una

de las guías de su magnífico bigote, o me quedaba mirando con atención para sus manos, aquellas manos extrañas de maestro y de obrero. Tenían toda la piel salpicada de puntitos negros; esquilas casi invisibles que se quedaban allí enterradas a los dedos, duros como raíces, pero sin ser ásperos, anchos en la yema y rapidísimos de movimiento, el pulsar, bastante separado de los demás y un poco arqueado, a la uno de aquellos dedos parecía poseer una conciencia propia, vivía y se movía a su manera, y todos juntos formaban un falansterio extraordinario. A pesar de ser tan pequeño, yo veía y comprendía que aquellas manos empuñaban el martillo y las tenazas de modo distinto a las de los otros. Una cicatriz le cruzaba al sesgo el pulgar de la mano izquierda. El mismo día en que yo nací, Iván se había dado con el hacha en el dedo, que le quedó colgando, adherido nada más por un trocitz de piel. El maquinista que era entonces muy joven, colocó la mano sobre una tabla, y ya se disponía a cortar el dedo del todo, cuando mi padre, que lo vió desde lejos, le gritó:

-¡Eh, quieto, que el dedo se volverá a unir!

-¿Cree usted que se volverá a unir?- preguntó el maquinista, dejando a un lado el hacha

Y en efecto, el dedo volvió a adherirse y trabajaba concienzudamente, aunque no alcanzaba a doblarse tanto como el de la mano derecha.

Iván había remontado para perdigón para la vieja carabina de chispa y probaba la precisión del tiro. Todos fueron destilando por turno, la prueba consistía en apagar una vela encendida, disparando a unos cuantos pasos. Pero no todos la conseguían. Por casualidad presentóse mi padre y quiso probar también su puntería. Las manos temblaban y sostenía torpemente la escopeta. No obstante, apagó la vela. Tenía para todo un ojo certero, e Iván lo sabía, y eso que mi padre era de un carácter bastante ordenancista y dado a la crítica y a la censura.

Yo no carecía nunca de ocupación en el taller. Unas veces tiraba del fuelle -era un sistema de ventilación inventado por Iván en que el ventilador no estaba a la vista sino que quedaba oculto en el suelo, cosa que causaba la admiración, de todos los visitantes- y otras veces daba basta que no podía más al torno del banco, sobre todo cuando se trataba de tornear bolas de madera sera de acacia para lugar al croquet. En el taller escachábanse conversaciones interesantísimas, en las cuales no siempre se respetaban los límites de lo honesto. Al contrario, muchas veces se faltaba a ellos abiertamente. Mis horizontes iban dilatándose por días y por horas. Coma nos contaba las fincas en que había servido e inacabales aventuras de sus señores y de sus señoras. Y no parece que sintiese gran simpatía por ellos. Felpe, el molinero, enhebraba en este tema ios recuerdos de sus tiempos de soldado. Iván Vasilrevich hacia preguntas, mediaba completaba.

Yaska, el fogonero, que a veces desempeñaba también funciones de herrero hombre rubio v seco como de unos treintas, años, no sabía estarse quieto mucho tiempo en el mismo sitio. Cuando le acometía el arrebató, fuese en el otoño o en la primavera, desaparecía, para reaparecer a la vuelta de medio año. Bebía pocas veces pero cuando bebía era en grandes dosis de alcohol muy fuerte. Sentía una pasión ciega por la

caza, pero había convertido la carabina en aguardiente. Foma contaba que un día se había presentado en una tienda de Bobrinez descalzo con los pies cubiertos de tierra negra, pidiendo pistones para cartuchos de caza. Dejó caer la caja que estaba sobre el mostrador se agachó a recoger los pistones caídos, y como el que no quiere la cosa, puso el pie encima de uno y se lo llevó pegado a la tierra.

-Es verdad eso? -pregunto Ivan.verdad eso?-preguntó Iván.

Pues claro que lo es –contestó Yaska-. ¿Qué qué quería usted que hiciese, si no tenía un cuarto?

A mí, este procedimiento para conseguir un objeto apetecido o necesario parecía plausible y digno de ser imitado.

-Ha venido nuestro Ignacio -dijo Macha, la criada- y Dunika se ha marchado a su casa a pasar las fiestas.

Llamaba a Ignacio, el fogonero, el "maestro" para distinguirlo de Ignacio el giboso, antecesor de Taras en la alcaldía de la aldea.

"Nuestro" Ignacio, que había entrado en quintas, volvía de la ciudad. Iván midióle el pecho antes de marchar y aseguró que le darían por inútil. La comisión de reclutamiento le tuvo un mes recluido en el hospital, en observación. Aquí trabó conocimiento con unos cuantos obreros y decidió probar suerte en una fabrica. Ignacio volvía ahora a la aldea, calzado con "botas urbanas, envuelto en una pellira. Ya con vueltas de color y haciéndose lenguas de la ciudad, del trabajo, del orden, de los tomos, de los jornales.

-Claro, una fábrica!...-le interrumpió Fama, grumiendo.

- Has de saberte que esa fábrica no es un taller- intervino Felipe. Y las miradas de todos, vagaron distraídamente por el taller adelante.

- ¿Muchos somos? preguntó codicioso Víctor.

- Parecía un cosme.

Y yo, que escuchaba sin pestañear aquellas conversaciones, imaginábame la fábrica como un tupido bosque de máquinas arriba y abajo, a derecha e izquierda y detrás y moviéndose por entre ellas. Ignacio había tenido un cinturón de cuero. Además, Ignacio había en su excursión un reloj, que pasaba de mano en mano con admiración de todos.

Al atardecer, mi padre paseábase por las inmediaciones de la casa con el recién llegado, seguidos ambos por insectos de la finca. Yo seguíales afanoso tan pronto al lado de mi padre como junto al fogonero.

-Bien, ¿y la comida? ¿No tienes que comprarte el pan y la leche y pagar el cuarto?

-Sí, es verdad -asentía Ignacio- hay que pagarlo todo..., pero el jornal da para ello.

-Ya sé, ya sé que los jornales son mayores que en la aldea, pero todo lo que se gana se gasta en mantenerse.

-Pues, mire usted -debatíase Ignacio con tesón- , a pesar de todo, en el medio año que llevo ya me he hecho un poco de ropa y he comprado un reloj. Aquí !o tiene usted- y volvía a sacar el mecanismo. Este argumento era irrefutable. El patrón guardaba silencio un momento, para volver en seguida al ataque:

-Y dime, Ignacio, ¿no te has aficionado a beber? No faltarán buenos maestros que

te enseñen. . .

-No, no me da por el aguardiente.

-¿Y qué, piensas llevar contigo a Dunika? -pregúntale mi madre.

Ignacio sonrío, como si rehuyese la pregunta sabiéndose culpable, y no contesta.

-¡Ah, ya veo -torna a decir mi madre- que te has echado otra por allá! ¡Confíésalo, bribón!

E Ignacio se fué definitivamente a trabajar a la ciudad.

A los niños nos estaba prohibido entrar en el cuarto de la servidumbre. Pero cuando no nos veía nadie, nos introducíamos allí. Siempre había alguna novedad interesante. Durante mucho tiempo, tuvimos de cocinera a una mujer de pómulos salientes y nariz medio en ruinas. Su marido, un viejo de cara casi paralítica, era pastor. Los llamaban "kazapos", porque eran oriundos de una provincia del interior. Tenían una niña de unos ochos años, muy bonita, rubia, de ojos azules, que estaba acostumbrada a que sus padres anduviesen siempre a la greña.

Los domingos, las muchachas se ocupaban en mirar la cabeza a los chicos y ellas entre sí. Encima de un manojo de paja, en el cuarto de la servidumbre, descansaban una al lado de otra, las dos Tatianas. La grande y la pequeña. Afanasy, el mozo de cuadra, hijo de Pud el inspector y hermano de Parasika la cocinera, se sentaba atravesado entre las dos, con las piernas puestas encima de la pequeña y la cabeza apoyada en la mayor.

-¡Qué te parece, qué vago! -decía envidiosamente el inspector joven.-¿No es hora de ir a dar de beber a los caballos?

Este Afanasy, el rubio y Mutusok, el moreno, eran los espíritus malos que me atormentaban. Siempre que me presentaba allí a la hora de repartir la sopa o la "kacha", sonaba inevitablemente la misma voz burlona:

-¿Por qué no te sientas a comer con nosotros, Liova? -O bien: Vamos, Liovitka, vete a decirle a tu mamá que nos mande unos pollos...

Yo me retiraba perplejo. En Pascua, les ponían pasteles; pascuales y huevos pintos. Mi tía Rais era maestra en esta de pintar huevos. Un día trajo varios de la colonia, y medió dos. Detrás de la bodega, en un poco de pendiente, estaban jugando a los huevos echándolos a rodar para que chocasen y ver cuál era el más fuerte. Yo llegué ya al final; todos se habían ido, menos Afanasy.

-¡Mira qué bonito! -le dije, enseñándole uno de los huevos que me había regalado la tía.

-No está mal -replicó el otro, en tono displicente.- ¿Quieres que los echemos a reñir, a ver cuál es más fuerte?

No me atreví a rechazar el reto. Afanasy echó los dos huevos a rodar, y el mío se descasca ó por la punta.

-Ha vencido el mío dios mi contrincante.- Veamos ahora el otro.

Sin atreverme a replicar, le entregue el segundo, y Afanasy repitió la prueba.

-También éste es mío

Y guardándose los dos huevos se alejó muy tranquilamente. Sin mirar para atrás. Yo le seguí con la vista, todo asombrado y a punto de romper a llorar; pero la cosa no

tenía remedio.

Los obreros que trabajaban en la finca todo el año, eran pocos. La mayoría de los que hacían la faenas de la recolección, que llegaban a cientos, eran obreros de temporada, de las provincias de Kief, Tcherngof y Poitava, a los que se ajustaba hasta de 1.º de octubre. Cuando la cosecha venía buena, la provincia de Kherson ocupaba hasta 200 a 300 mil jornaleros de estos. Los segadores cobraban de 40 50 rublos por los cuatro meses del verano, y mantenidos, las mujeres, de 20 a 30 rublos. Dormían a campo raso, y en tiempo de lluvia, en los pajares. Les daban de comer, a mediodía, una especie de pote el "borchtch", y la "kacha" y para cenar una papilla de mija. Carne, no la veían nunca, y la grasa era toda vegetal, y tampoco muy abundante. La comida daba lugar a veces, a pequeños plantes. Los jornaleros abandonaban los campos, congregábanse en el patio, se tumbaban boca abajo a la sombra de los graneros, con las piernas desnudas, todas picadas y arañadas por la paja, y esperaban tranquilamente. Dábanles leche cuajada o melones, o medio saco de pescado, seco,, y se volvían al trabajo, a veces cantando. Así ocurría en todas las fincas. Había segadores viejos, nervudos, tostados por el sol, que llevaban diez años viniendo a Lanovka, pues sabían que para ellos nunca faltaba trabajo. Estos, cobraban irnos mantos rublos más. que los otros, y se les daba de vez cuando un vasito de vodka, porque eran los que llevaban el ritmo del" trabajo. Muchos traían detrás a sus numerosas familias. Venían a pie desde sus provincias, andando un mes entero muchas veces, alimentándose de pan y durmiendo al cielo raso. Un verano, todos los jornaleros se enfermaron de ceguera nocturna. Al trasponerse el sol perdían la vista y se movían lentamente, con los brazos extendidos. Un sobrino de mi madre, que estaba con nosotros pasando unos días, mandó un artículo a un periódico, sobre el caso, y no pasó inadvertido, pues a los pocos días el "zemstro envió a un inspector. Mi padre y mi madre querían mucho al articulista, pero acuello no les gustó. Tampoco él estaba contento. Sin embargo, la cosa no trajo consecuencias desagradables. De la inspección resultó que la enfermedad era debida a la falta de grasa en la alimentación, y que estaba extendida por casi toda la provincia, pues en todas partes se daba la misma comida a los jornaleros, y en algunos sitios todavía peor.

En el taller, en el cuarto de la servidumbre, en los rincones del patio la vida me ofrecía una faz distinta y más gozosa que en el seno de la familia. La película de la vida no tiene fin, y yo estaba empezando. Mi presencia, mientras fui pequeño, no estorbaba a nadie. Las lenguas se desataban, sobre todo cuando no estaban delante Iván ni el administrador pues estos los pertenecían ya en parte, al círculo de los señores. Iluminados por el resplandor de la fragua o le la cocina, mis padres, familiares y vecinos, cambiaban de aspecto. Muchas de las conversaciones escuchadas entonces, se me han quedado grabadas para siempre en la memoria. Y no pocas de las cosas que allí oí, echaron los cimientos sobre los que había de levantarse más tarde la actitud adaptada ante la sociedad.

NUESTROS VECINOS. MIS PRIMERAS LETRAS

Situada a una versta, o acaso menos, de Lanovka, estaba la finca de las Dembovsky. Mi padre llevaba unas tierras suyas en renta y mantenía con ellos relaciones de negocios, desde hacía mucho tiempo. La finca pertenecía a Feodosia Antonovna, una vieja terrateniente polaca, que había sido en tiempos ama de llaves. Al morir su primer marido, un hombre rico, se casó con su administrador, Casimiro Antonovich, al que llevaba veinte años. Pero ya hacía mucho tiempo que no vivía con él, aunque el Casimiro seguía administrando la finca como antes de casarse. Era un polaco alto, alegre y bullicioso, con grandes bigotes. Varias veces le habíamos visto sentado a nuestra mesa tomando el té y contando ruidosamente historias insustanciales, siempre las mismas, repitiendo varias veces algunas palabras y chasqueando los dedos.

Casimiro Antonovich tenía grandes colmenas, bastante alejadas de las cuadras del ganado, pues las abejas no toleran el olor a caballo. Aquellas abejas libaban de los árboles frutales, de las acacias blancas, de la colza, del trigo, hasta emborracharse. De vez en cuando, el propio Casimiro venía a traernos, en una servilleta, entre dos platos, un hermoso panal de miel, nadando en oro fluído.

Un día, fuimos a su finca Iván y yo a recoger unas palomas para la cría. Casimiro nos obsequió con té en un cuartito de aquella casa espaciosa y vacía. En la mesa había varios platos húmedos con manteca cuajada y miel. Yo bebí el té por el plato, y me puse a escuchar la lenta conversación.

-No se nos hará tarde? le pregunté en voz baja a Iván.

-No, ten paciencia- contestó Casimiro Antonovich-, hay que darles tiempo a que se apacigüen en el palomar. ¡No tiene cuenta las que allí hay.!

Yo ansiaba marcharme cuanto antes. Por ifin, nos arrastrábamos, linterna en mano, por el suelo del palomar.

-Ahora, ten cuidado—me dijo el de la finca.

Era un desván largo, oscuro, cruzado por vigas en todas circunstancias. Oía a ratón, a polvo, a telas de araña y a palomina. Apagaron la linterna.

-Aquí están, ¡écheles usted mano!- dijo Casimiro, er, voz baja.

Apenas había pronunciado estas palabras, ocurrió algo indescriptible. En medio de aquella profunda tiniebla, comenzó una zambra infernal; el desván zumbaba y se agitaba como en un torbellino. Por un momento, me pareció que el mundo se estrellaba, que todo estaba perdido. Poco a poco, fui volviendo en mí y oí voces contenidas:

-Todavía hay más, por aquí, por aquí... métalas usted en el saco... ¡Ea, ya tenemos bastantes!

Iván Vasilievich se echó el saco al hombro, y durante todo el camino de vuelta, la agitación del desván proseguía sobre sus espaldas.

Instalamos el palomar debajo del tejado del taller. Yo subía, trepando, a visitar a las palomas, mis buenas diez veces al día, les llevaba agua, mijo, trigo, migajas de pan. Como a la semana, aparecieron dos huevecillos en un nido. Pero no habíamos tenido tiempo a regocijarnos de este hecho, cuando ya las palomas habían vuelto

volando, una pareja tras otra, a su viejo palomar. Sólo se quedaron tres parejas que tenían las alas cortadas y que al cabo de otros ocho días, cuando habían vuelto a crecerles, abandonaron también el hermoso palomar nuevo, construido por el sistema de corredores. Así acabó el ensayo de criar palomas en nuestra finca.

Mi padre tomó en arriendo unas tierras cerca de Ielisa- vetgrado, de propiedad de una señora viuda, la T-skaia, de cuarenta años, fuerte de carácter. Vivía con ella un pope, también viudo, aficionado a la música, al naipe y a muchas otras cosas. Un día, la propietaria se presenta con el "padrecito" en Lanovka, a examinar las condiciones del arriendo. Les instalan en la sala y en el cuarto de al lado. Para comer, les ponen un pollo asado y licor y pasteles de cereza. Yo permanezco en la sala después de levantarse los manteles, y veo que el pope se acerca a la señora y le dice al oído una gracia. Luego, remangándose la sotana, saca del bolsillo del pantalón un estuche de plata con iniciales; enciende un cigarrillo, y dándole elegantes chupadas, se aprovecha de una breve ausencia de la señora a quien acompaña, para contar de ella que en las novelas no lee más que los diálogos. Los presentes sonrían todos por cortesía, pero le guardan de comentar, pues saben que el "padrecito" se o contaría en seguida a la señora, aderezando el cuento a su manera.

Mi padre tomó unas tierras en renta a la T-skaia, junto con Casimiro Antonovich. Por entonces, ya Casimiro había enviudado, y su aspecto cambió de repente, como por ensalmo. Desapareció el color gris de su barba. Empezó a ponerse cuellos duros y elegantes corbatas adornadas con alfileres. En el bolsillo llevaba el retrato de una dama. Y aunque se reía un poco, como todos, del tío Grigory, era el único a quien hacía confidencias de lo que pasaba en su corazón; un día le enseñó el retrato, sacándolo de un sobre:

-Eh, ¿Qué le parece a usted la dama?- dijo el galán al tío Grigory, que se derretía de entusiasmo. Y le contó que un día le había dicho: Señora, vuestros labios se han hecho para besar y ser besados. Por fin, Casimiro Antonovich se casó con ella, pero al año o año y medio de estar casado, un buey le mató de una cornada, en la finca de la T-skaia, que llevaba en arriendo...

Como a unas ocho verstas de distancia de la nuestra, estaba la finca de los hermanos F-ser, que abarcaba miles de desiatinas de tierra. La casa en que vivían los dueños tenía forma de castillo, y estaba instalada lujosamente, con numerosos cuartos para los huéspedes, una sala de billares y todo lo apetecible. Eran dos hermanos -Leu e Iván-, que habían heredado la posesión de su padre, Timofei, y que, poco a poco, iban acabando con ella. La finca estaba por entero en manos de un administrador, y, a pesar de llevar la contabilidad por partida doble, no arrojaba más que pérdidas.

-David Leontievich, aunque viva en una casucha de barro, es más rico que yo- solía decir el hermano mayor, refiriéndose a mi padre, que dió muestras de agradarle mucho el dicho cuando se lo contaron.

Un día se presentó en nuestra finca Iván, el hermano menor, acompañado por dos cazadores con las carabinas a la bandolera y una trailla de perros blancos de caza. En Lanovka no se había visto nunca nada semejante.

-Pronto, pronto acabarán con cuanto tienen- decía mi padre, con gesto de reproche.

Estas (familias señoriales de la provincia de Siersou, tenían los días contados. Todas caminaban rápidamente hacia la ruina, lo mismo las de la nobleza hereditaria y las de antiguos funcionarios recompensados por sus servicios, que hacían alemanes y Judíos a quienes había sitiado a adquirir muchas en rigor, verdaderos bandidos. Yo no alcancé a conocer personalmente; de ninguno, pues habían desaparecido todos del horizonte. de ellas habían empezado a vivir. La tercera generación no era ya más que una muchedumbre de estafadores arruinados, de vagos indolentes y de viejos prematuros y caducos.

Las familias Gastorpanof era el prototipo de linaje notable arruinado, en la finca, Gastorpanof, había dado nombre a una gran parroquia y la ama comarca extensa, pertenencia toda ella, en otro tiempo, de la familia. ¿Ahora, la antigua propiedad quedaba reducida a 400 desiatinas, y aun éstas cargadas de hipotecas y gravámenes. Mi padre, que lleva la tierra arrendado, tenía que entregar las rentas a un Banco. Dueño de la finca, vivían de escribir cartas, instancias y memoriales para los labriegos. Cuando alguna vez venía de visita a nuestra casa, se llevaba escondido en las mangas tabaco, y azúcar. Yo mismo su mejor. Este, salpicando saliva, nos contaba sus recuerdos de juventud, de aquellos tiempos en que vivía rodeada de esclavas, pianos, sedas y perfumes. De sus hijos, dos se criaban casi como analfabetos: el más pequeño, Víctor, estaba de aprendiz en nuestro taller.

A cinco pasos de nuestra casa, vivía un terrateniente judío, llamado Mesky. Aquella era una familia fantástica y medio loca. El viejo, Moisés Kosaritonovich, hombre de unos sesenta años, había sido educado a la manera noble; hablaba francés; de corrido, sabía tocar el piano; y conocía algo de literatura. Apenas podía manejar, la mano izquierda. Raro la bastaba, con la derecha... según él hasta rara; dar; conciertos. Sus uñas abandonadas sonaban, como castañualas sobre, las teclas del viejo piano. Empezaba por una polonesa de Oginsky, y, de ella. se pasaba imperceptiblemente a una rapsodia de Liszt, para acabar con la Oración de una doncella. Y lo mismo era en la conversación: saltaba constantemente de unos temas, a otros. De pronto, dejaba de tocar, se iba al espejo y, si nadie le veía, con un cigarrillo encendido, se quemaba, la barbas por todas partes, para darle forma. Fumaba, incesantemente, jadeando y haciendo gestos de asco. Hacía lo menos quince años, que no cambiaba palabra con su mujer, una vieja obesa. Tenía un hijo de treinta y cinco años, llamado David, que andaba siempre con una venda blanca, en la cara, y, un ojo convulso, todo inyectado, encima, del vendaje; era un suicida flaca. En el servicio, le dijo: no sé qué insolencia, delante de la tropa, el oficial, y éste le pegó. David, contestóle con una bofetada, se fue corriendo, al cuartel y se pegó un tiro con un fusil. La bala le salió, por la mejilla; por eso andaba siempre con el vendaje blanco. Al soldado le amenazaba un severo castigo. Pero por entonces vivía aún el fundador de la dinastía, el viejo Khariton, un déspota rico, influyente y medio analfabeto, que revolvió toda la provincia hasta conseguir que declarasen a su nieto incapaz. Declaración, por lo demás, que acaso no anduviese muy lejos de lo cierto. Desde entonces, David andaba por el mundo con la mejilla atravesada por una bala y

un salvoconducto de idiota.

La decadencia de esta familia, seguía su curso en una época de que yo me acuerdo ya perfectamente. Siendo yo un, niño, pequeño, Moisés Kharitonovich andaba todavía en un faetón tirada por caballos de lujo muy lucidos. Tendría yo unos cuatro o cinco años, cuando estuve, de visita con mi hermana, mayor en la finca de nuestros vecinos, recuerdo un jardín grande y bien cuidado, en que había hasta pavos reales. Era la primera vez que veía aquellos pájaros maravillosos, que tenían coronas sobre su cabeza voluble, preciosos espejitos en la cola, que parecían cosas de cuento, y espuelas en las patas. Poco a poco fueron desapareciendo los pavos reales y muchas; cosas, más. La tapia, que cercaba el jardín, se cayó a pedazos. El ganado desenterró, los árboles frutales y se comió las flores. Moisés Kharitonovich ya no venía a visitarnos en el lujoso faetón, sino en un cochecillo tirado por dos caballos aldeanos. Los hijos intentaron levantar la finca explotándola al modo campesino.

-Vamos a comprar caballos para labrar, y mañana mismo saldremos al campo, como hacen nuestros vecinos- decían, refiriéndose a nosotros.

-Ya veréis cómo no sale nada de ellos- comentaba mi padre.

Mandaron a David a la feria de Lelivetsgrado, a mercar caballos para la labor. El mozo dió unas cuantas vueltas por el ferial, examinó con ojo de caballista los caballos que había a la venta, y eligió tres. Era ya anochecido cuando se presentó en la aldea. La casa estaba llena de visitas, ataviadas con ligeros trajes de verano. Abrahán salió, lámpara en mano, a revistar los animales, y con él unas cuantas damas, estudiantes, jóvenes. David, que se veía en su elemento, empezó a cantar las excelencias de los caballos, uno por uno, y en especial las de aquel que tenía, según dijo, cierto parecido con una señorita. Abrahán se rascaba la barba y decía, una y otra vez:

-Los caballitos me gustan...

La fiesta acabó comiendo y bebiendo. David, quitándole el zapato a una de las damas, muy bonita, lo llenó de cerveza y se lo llevó a los labios.

-¿Pero de veras va usted a beberlo?- le preguntó la dama, entre asustada y entusiasmada.

-¡Yo, que no tuve miedo cuando había que pegarse un tiro!...-replicó el héroe, bebiéndose de un tirón la cerveza del zapato.

-Más valiera que no te jactases de tus hazañas- intervino, inesperadamente, la madre, una señora alta, desmadejada, sobre la que pesaba todo el trabajo de la casa y que no solía despegar los labios en las reuniones.

-Esto es trigo invernal, ¿verdad?- le preguntó un día Abrahán a mi padre, para demostrarle su interés por las cosas de la agricultura.

-¡Hombre, claro, no va a ser trigo veraniego!

-¿Es "nikopolka" ?

-Ya hemos dicho que es trigo de invierno.

-Ya lo sé que es trigo de invierno, pero, ¿de qué clase: "nikopolka" o "ghirka"?

-Es la primera vez que oigo que la "nikopolka" sea un trigo de invierno. Puede que lo sea en otros sitios, aquí en mi finca, no. En mi finca, lo es la "sandomirka".

Como se ve, los esfuerzos de nuestros vecinos no prosperaban. Al año, la finca estaba arrendada en manos de mi padre.

Los colonos alemanes formaban grupo aparte. Entre ellos, había algunos riquísimos, y éstos se sostenían firmes. Sus costumbres familiares eran duras; rara vez mandaban a los hijos a la ciudad, y las hijas salían a trabajar también al campo. Sus casas eran de ladrillo, con tejado de latón pintado de verde o de rojo, sus caballos de sangre, tenían los arreos siempre en orden, y los coches de muelles solían llamarse, en nuestra región, "coches alemanes". El colono alemán más cercano a nosotros era Iván Ivanovich Dorn, un hombre gordo y ágil, de pelo gris, que andaba en zapatos bajos y sin calcetines, con las mejillas curtidas y agrietadas. Hacía siempre sus excursiones en un coche impecable, pintado de flores claras y tirado por dos caballos negros como cuervos, que hacían resonar la tierra con sus herraduras. Había muchos Dorn en aquella comarca: era un linaje numeroso. Pero por encima de todos sobresalía la figura de Falsfein, una especie de rey de las ovejas, el "Kanitverstán" de la estepa.

Veíanse cruzar rebaños infinitos.

-¿De quién son esas ovejas?

-De Falsfein.

Pasan criados y criados con carros cargados de paja, de heno, de granzas.

-¿De quién? De Falsfein, naturalmente.

Cruza veloz un tiro de tres caballos arrastrando un amplio trineo sobre el que se levanta una pirámide de pieles. Es el administrador de Falsfein. O discurre una caravana de camellos, sembrando el miedo con su aspecto y sus mugidos. Sólo podía ser de Falsfein. De Falsfein, que tenía potros traídos de América y toros de Suiza.

El fundador de este linaje, un Fals sin Fein todavía,; había sido rabadán con un duque de Oldemburgo, a disposición del cual puso el Gobierno grandes cantidades para la cría de ganado lanar. El duque contrajo cerca de un millón de rublos de deudas, pero el ensayo fracasó. Fals le compró el negocio, y se puso a administrar los rebaños, mas no a la misma del duque, sino con los métodos de un rabadán. Y los rebaños crecieron, y con los rebaños los pastos y las fincas casó a su hija con un criador de ovejas llamado Feiti, y así se unieron en una las dos dinastías de ganaderos. El nombre de Fals-Fein evocaba, las pisadas de miles y millones de pisadas de ovejas y el balido de corderos innumerables. Los silbidos; y los gritos de los pastores de la estispa, con sus; langas cayadas, v los ladridos de un unos pernos de rebaños Era un si la propia, estepa, pronunciase este nombre, bajo; los agobiantes calaras y los hielos inhumanas..

He dejado atrás los primeros cinco años de mi vida. Mi experiencia se va dilatando la vida, es increíblemente rica en acurrenclaa y en ocurrencias, que lo mismo, se tenían afanosamente con el más aprendido que en las grandes encrucijadas del mundo. Los acontecimientos se precipitan sobre mí, unos tras otro.

Un día, traen del campo a una jornalera. mordída por una víbora. La muchacha llraba inconsolable. Le ataron la pierna hinchadta ya, por encima, de la rodilla, y le metieron el pie en una barreña lleno de suero de leche. La llevaron al hospital de Bobninez, y al poco tiempo volvió y se puso a trabajar de nuevo. Traía la pierna de la mordedura

metida en una media sucia y los jornaleros ahora, la trataban siempre de señorita.

Un jabalí mordió en la frente, los hombros y el brazo, a una muchacha que se acercó a cebarle; Era un jabalí, gigantesco que habían traído para regenerar la piaña. El rapaz pasó un miedo horroroso, y sollozaba como una criatura. También se lo llevaron al hospital.

Dos jornaleros jóvenes se lanzaban de un carro de hierro para manejar el carro. Yo veía con los ojos, aquel espectáculo. Un día los tridentes; se le respetó en el aspecto en uno de los mozos que cayó del amo dando gritos.

Todas estas ocurrió en el transcurso de un verano y no había ninguna que transcurriese sin acontecimiento.

En una noche de otoño las barracas de maderas en que se encontraba el molino, se derrumbó sobre el estanque. Ya hacían mucho tiempo que estaban podrida los pivotes, y la tarde amaneció las tinieblas como las velas de un barco. El trigo, la cebada, y la máquina clasificadora, aparecían desnudos, en medio de las ruinas. Y de entre éstas el molino, de un tamaño imponente.

A la noche siguiente, un jabalí se presenta en la finca, la bestia. En la finca hay gran alarma, y se reúne una expedición de gente montada, con mi hermano mayor a la cabeza, para salir a dar caza al ladrón. Ensilla a "Muz" y vomita amenazas contra el bribón, diciendo que va a hacer y acontecer.

-Primero, tendrás que cogerlo- le dice mi padre, con cara sombría.

Pasan dos días sin que regresen los perseguidores. Mi hermano vuelve quejándose de la niebla, que le ha impedido descubrir al criminal. ¿De modo que aquel mozo jovial y alegre era un ladrón de caballos? ¿Con los dientes tan blancos?

Me atosiga la fiebre y me revuelco en la cama. Me estorban los brazos, las piernas y la cabeza; parece como si se me hinchasen y tropezasen contra el techo, contra la pared, y no hay manera de librarse de estos obstáculos, pues vienen de dentro. Me duele la garganta, me arde el cuerpo. Mi madre me mira las anginas, luego viene mi padre y hace lo mismo; parecen muy preocupados, y acuerdan darme en la garganta un toque con nitrato de plata.

-Temo -dice mi madre- que el niño tenga la difteria. -Si tuviese la difteria, a estas horas ya estaría listo. Vagamente me doy cuenta de que aquello de "estar listo" es estar muerto, como mi hermana Rososka. Pero no se me ocurre que pueda referirse a mí, y oigo la conversación tranquilamente. Después de mucho meditarlo, deciden llevarme a Bobrinez. Mi madre, aunque no tiene nada de devota, no se decide a ponerse en viaje un sábado, camino de la ciudad. Me acompaña, pues, Iván Vasilievich. y vamos a parar a casa de Tatiana, la pequeña que había estado sirviendo con nosotros y que ahora vive casada, en la villa. Como no tiene niños, no hay peligro de contagio. El doctor Chatunovsky me mira la garganta, me toma la temperatura y, como de costumbre, se reserva el diagnóstico. Tatiana me da, para distraerme, una botella vacía, en cuyo interior está formada, con tablitas y cachitos de madera, una iglesia. Las piernas y los brazos dejaron de agobiarme. Volvía a estar sano y bueno. ¿Cuándo ocurría esto? Poco

antes de descubrir el cómputo del tiempo.

La cosa sucedió del modo siguiente: Mi tío Abrahán, un viejo egoísta que no solía dignarse perder una sola palabra con los niños, me llamó en un momento de buen humor y me lanzó a boca de jarro esta preguntas:

-Vamos a ver, dime, sin pensarlo: ¿en qué año estamos? ¿Ah, no lo sabes? En el año 1885. Repítelo, y no lo olvides, que he de volver a preguntarte.

Yo no sabía qué significaba aquello.

-Si estamos en el año 1885 -me dijo mi prima Olga, la silenciosa-, y luego vendrá el año 1 886.

Yo no podía creerlo, pues, aun suponiendo que el tiempo tuviese un nombre, me parecía que el año 1885 debía durar eternamente, es decir, mucho, mucho tiempo, como aquella piedra grande que estaba delante de la puerta de casa, haciendo de escalón, como el molino, como yo mismo. Betia, la hermana pequeña de Olga, no sabía a quién creer. Los tres teníamos la sensación de pisar en un terreno desconocido, y era como si de pronto alguien, cruzando a la carrera, hubiese abierto de par en par la puerta de un cuarto vacío, lleno de penumbra, en que todo el mundo habla en voz baja. Al cabo, no tuve más remedio que ceder. Todos se ponían del lado de Olga. Y así, el año 1885' fué el primer año numerado que entró en mi conciencia, poniendo fin al tiempo informe y caótico, a la prehistoria de mi vida. Con este incidente, comienza mi era. Tenía yo entonces seis años. Fué, para Rusia, un año de mala cosecha y de crisis, en que estallaron los primeros disturbios obreros de alguna consideración. Yo me esforzaba infatigablemente por descubrir la relación misteriosa entre la cifra y el tiempo. Pronto, los años empezaron a succderse, primero con lentitud y luego a una marcha cada vez más veh Sin embargo, aquel año de 1885 se destaca entre todos como el mas antiguo, como el año inicial. Con él comienza mi era.

He aquí lo que un día me ocurrió: Me senté en el pescante del coche que estaba delante de la puerta de casa, y entretanto llegaba mi padre, cogí las riendas. Los caballos, que eran nuevos, se pusieron al trote, dejaron atrás la casa, el granero, la huerta, y se metieron campo adelante, sin guía, en la dirección de la finca de Dembovsky. Oí gritos detrás de mí. Delante, se abría una zanja. Ahora, los caballos galopaban desbocados. Ya al borde de la zanja, dieron un viraje brusco hacia un lado, y se pararon en seco, volcando casi el coche. Acudió corriendo el cochero, detrás algunos jornaleros, en seguida mi padre, y allá lejos oíase gritar a mi madre, y se veían mis hermanas haciendo gestos de espanto. Mi madre seguía chillando cuando me lancé corriendo hacia ella. Haré constar que mi padre, pálido como la muerte, me dió dos bofetadas. No se lo tomé a mal, pues todo aquello parecía algo extraordinario.

Sería probablemente el mismo año en que hice un viaje con mi padre a Lelivetrogrado. Salimos al amanecer y fuimos a poca marcha hasta Bobrinez, donde echamos un pienso a los caballos, para llegar al anochecer a una aldea que tenía por nombre Vchivria¹ aunque por cortesía la llamaban Chvivaia, donde pasamos la noche, pues por las inmediaciones del poblado palulaban los bandidos.. Ninguna gran capital ni París

1- Que significa, en ruso, algo así como "piojoso"

ni Nueva York- había de producirme, corriendo el tiempo, la impresión que me causó la villa de Lelisavelgrado, con sus aceras, sus tejados verdes. sus balcones, sus tiendas, sus guardias y aquellos balones rojos sujetos por hilos. Durante varias horas, pude mirar a la cara de la civilización con los ojazos abiertos.

Al año de descubrir el cómputo del tiempo, empezaran mis estudios. Una mañana, entré en el comedor, después de sacudir el sueño y lavarme aprisa en Lanorvka todo el mundo se lavaba de prisa y corriendo, paladeando ya por anticipado el nuevo día, especialmente el té con leche y el pan blanco con manteca, y vi a mi madre sentada con un caballero desconocido, un hombre flaco que sonreía tristemente y se desvivía a todas luces por aparecer servicial. Por el modo cómo me miraron los dos, comprendí que estaban hablando de mí.

-Da los buenos días, Liova -me dijo mi madre-, pues este señor va a ser tu maestro.

Al oír aquello, miré al caballero con cierto miedo, no exento de curiosidad, y él me saludó con esa dulzura con que todos los maestros saludan a sus futuros discípulos en presencia de los padres. Mi madre, delante de mí, se puso a arreglar el lado financiero del asunto: por tantos y tantos rublos y tantos y tantos puds de harina, el maestro se obligaba a enseñarme en su escuela de la colonia, lengua rusa. Aritmética y la Biblia en hebreo. Sin embargo, las materias sobre que había de versar la enseñanza sólo se tocaron vagamente, pues mi madre no andaba muy fuerte en esas cosas. Aquella mañana, el té con leche me dejó en el paladar un gustillo raro, que era el del cambio que iban a experimentar de un momento a otro mis destinos.

Al domingo siguiente, mi padre llevó en coche a la colonia a casa de mi tía Raquel, equipado con varias sacas de harina, mijo y otros productos.

Gromokley distaba de Lanovka cuatro verstas. La colonia extendíase a los dos lados de una zanja: de un lado estaban las familias judías y del otro las alemanas. Era difícil confundir los dos bandos. En el barrio alemán las casas res? Ttebam por su terraza; estaban, casas de tejas, y otras de caña, veinte caballos bien, cebados y vacas muy lúcidas. Era el barrio judío, las casas estaban todas medio robustas. Los tejados lleños de agujeros, el ganado era mísero.

A primera vista, parece raro que sólo guarde recuerdos muy vagos de miss primeros años de escuela. Una pizarra en la que aprendí a escribir los primeros caracteres rusos. El índice del maestro encorvado sobre la pluma, las lecturas de la Biblia, a coro; un muchacho castigado por ladrón; recuerdos muy confusos, manchas nebulosas, en Las que la destaca ninguna imagen clara. Con una excepción acaso: la mujer del maestro, una señora alta y gorda, que de vez en cuando, y siempre inesperadamente, invadía la vida escolar. Recuerdo que un día entró en la clase a quejarse a su marido de que la harina que acaban de comprar era mal, y cuando el maestro acercó la nariz aguileña a la mano, le espolvoreó toda la cara. Era una broma que quería gastarle. Todos, chicos y chicas, nos echamos a reír, el único que no se reía era el maestro. A mí me daba pena verle en medio de la clase con el rostro enharinado.

Vivía con mi buena tía Raquel, sin advertir casi su presencia. En el edificio principal,

que daba al mismo patio, vivía entronizado el tío Abrahán, completamente indiferente hacia sus sobrinos. A mí me distinguía alguna que otra vez y me invitaba, convidándome con un hueso, y diciendo:

-Ese hueso no lo daría yo por diez rublos.

La casa de mí tío estaba casi a la entrada de la colonia. Al otro extremo, vivía un judío alto,, flaco y negro, del que decían que se dedicaba a robar caballos y a otros negocios sucios. Tenía una hija, de la que corría también mala fama. No lejos de su casa, veíase, sentado a la máquina, al gorrero, un judío joven, con una barbilla roja como de fuego.

Un día la mujer del gorrero presentóse al delegado gubernativo de la colonia, que en sus viajes de inspección se alojaba en casa de mi tío, a quejarse de que la hija de su vecino le quería robar el marido. No sé, pero me figuro que el delegado no sabría qué aconsejarle. Otro día, volviendo de la escuela, vi a un tropel de gente que gritaba, vociferaba y escupía, arrastrando por la calle a una mujer joven, que era la hija del que decían cuatrero. Esta escena bíblica se me quedó grabada para siempre en la memoria. Pocos años después, mi tío Abrahán se casaba con aquella mujer. A su padre lo habían desterrado a Siberia, a instancia de los colonos, amputándolo de la sociedad como a miembro malsano.

Maska, la que había sido mi niñera, estaba de criada en casa de mi tío. Siempre que podía, corría a la cocina a refugiarme junto a ella, pues aquella mujer mantenía vivo en mí el recuerdo de lanovka. De vez en cuando, entraban hombres, y cuando la visita era muy impaciente, como a veces ocurría, me echaba fuera de la cocina, empujándome suavemente por los hombros. Un buen día por la mañana, los chicos de la casa nos enteramos de que Maska había tenido un niño, y la mar de excitados y contentos cuchicheábamos comentando la noticia por los rincones. A los pocos días, se presentó mi madre y se fué a la cocina a ver a nuestra antigua criada y al niño. Yo me colé detrás de ella. Maska se tocaba con un pañuelo que casi le tapaba los ojos; el niño estaba acostado encima de un banco. Mi madre echó una mirada a Maska, luego volvió la vista al niño, y sin decir nada, meneó la cabeza con un gesto de reproche. La antigua niñera se estaba silenciosa, mirando al suelo, hasta que posó la vista en la criatura, y dijo:

-¡Mire qué hermoso es y cómo reclina la mejilla en la manecita, como si fuese una persona!. . .

-¿Te da pena por el niño? -preguntóle mi madre.

-¡Por Dios! -contestó Maska.- Todo me da igual.

-No es verdad...- le replicó mi madre, ya con tono conciliador. No niegues que te da pena...

A la semana, el recién nacido moría, con el mismo misterio con que había venido al mundo.

Yo iba con frecuencia a la aldea, pasando semanas entelas con mis padres. No hice amistad con ninguno de los chicos de la escuela, pues no hablaba el judío. A los pocos meses, me sacaron, y esto explica quizá los pocos recuerdos que guardo de aquel colegio. No olvido, sin embargo, que Schufer -pues así se llamaba el pedagogo de

Gromokley- me enseñó a leer y escribir, dos cosas que habían de prestarme magníficos servicios en la vida. Esto sólo basta para que guarde un recuerdo agradecido de mi primer maestro.

Empecé a debatirme con la letra impresa. Copiaba poesías. Hacía versos. Poco tiempo después me entregaba con mi primo Senia Ch. a la redacción de una revista. Pero era una senda llena de abrojos. Apenas supe escribir, se apoderó de mí la tentación de la escritura. Y cuando me dejaban solo en el comedor, poníame a trazar sobre el papel, en letras de a puño, aquellas palabras misteriosas que había oído en el taller y en la cocina, y que en el seno de la familia nadie pronunciaba. La intuición me decía que aquello no estaba bien, pero precisamente lo que tenían de prohibido era lo que hacía tentadoras aquellas palabras. Un día, decidí meter el papelito fatal en una caja de cerillas y enterrar la caja en un pozo muy hondo, debajo del granero. Pero aún no había acabado de redactar mi documento, cuando entró en el comedor la mayor de mis hermanas y quiso ver lo que había escrito. A toda prisa, arróble el papel de la mesa. Detrás de mi hermana, entró mi madre. A toda fuerza querían que les enseñase el papel. Encendido de vergüenza, lo arrojé detrás del sofá. Mi hermana se agachó a cogerlo, pero le grité, con gritos de histérico, que lo cogería yo. Me metí a gatas debajo del sofá e hice cachos el papelito. Mi desesperación y mi llanto no tenían fin.

Por Navidades -sería probablemente el año 1886, pues ya sabía yo escribir-, estábamos tomando el té, cuando irrumpió en el comedor una pandilla de enmascarados. La cosa fué tan súbita, que caí tan largo como era en el sofá en que estaba sentado, sin poder dominar el terror. Me tranquilizaron, y a los pocos momentos estaba escuchando ansiosamente un parlamento del emperador Maximiliano Por vez primera, se abrió ante mis ojos el mundo de lo fantástico, con el ropaje de la realidad escénica, y cuál no fué mi asombro, cuando me dijeron que el principal personaje lo representaba Prokhor, un jornalero que había sido soldado! Al día siguiente, inmediatamente después de comer, me introduje furtivamente en el cuarto de la servidumbre, armado de papel y lápiz, y pedí al "emperador Maximiliano" que me dictase un monólogo. -Prolthor no quería, pero yo le regué, le supliqué, le exigí, no cedía a sus exigencias. Hasta que nos sentamos junto. Saqué un papel del pupitre, me puse a escribir los versos que iba dictarme de improviso un comediante. Apenas habían pasado cinco minutos cuando apareció en la puerta mi padre, y viendo la escena que iba desarrollando junto a la ventana, dijo con voz clamante.

—:iLiova, veto de aquí inmediatamente.

Me pasé toda la tarde en el sofá pensando.

Mis versos de -por entonces acaso testimonios el temprano amor que despertó en mí la palabra entonces seguro que no auguraban grandes dotes poéticas para el porvenir. Por mi hermana mayor supo de mis versos mi madre y por ella llegó la noticia a oídos de mi padre. Cuando teníamos visita, se empeñaban en que se las leyese. Aquello me torturaba. Para vencer mi negativa, insitían con palabras que a lo primero eran cariñosas y luego se convertiría en duras para acabar en amenazas. Muchas veces salía corriendo. Pero las personas mayores no cedían hasta no ver su deseo conseguido. Y

con el corazón todo agitado y lágrimas en Los ojos, no tenía mas remedio que ponerme a leer mis versos avergonzadarme y de la mala rima.

Pero había mordido ya del árbol de la ciencia y esta era lo importante. La vida iba abriándome los horizontes por días y por horas. De aquel sofá agujereado del comedor partían una serie de hilos invisibles hacia otros mundos. la lectura habre una nueva época en mi vida.

LA FAMILIA Y LA ESCUELA

El año 1888 trajo a mi vida grandes acontecimientos. Fue el año en que me mandaron a estudiar a Odesa. La cosa ocurrió del modo siguiente. Había venido a pasar el verano a la aldea un sobrino de mi madre, Moisés Filipovich Spenzer, hombre de veintiocho años, bueno e inteligente, que en su tiempo había "sufrido" algo en política como entonces se decía, y que por actuar en ella no lograban entrar en la universidad. En la actualidad se dedicaba un poco al periodismo y otro poco a la estadística. Había venido a la aldea para fortificarse contra la tuberculosis, que le acechaba. Tanto por su inteligencia como por su carácter, Monia, que así te llamaban cariñosamente, era el orgullo de su madre y de sus numerosas hermanas. También en nuestra casa disfrutaba de gran consideración. Todos se alegraron cuando supieron que venía. Y yo sentía también, para mis adentros, gran alegría. Al entrar nuestro comedor, yo estaba junto a la puerta del que llamaban cuarto de los niños, una habitación pequeña que daba al comedor, sin osar moverme, para que no me viese los zapatos rotos. No era indicio de pobreza, pues por entonces ya mi familia goza de una posición bastante holgada, sino de despreocupación rústica, de agobio de trabajo y del modesto nivel en que se movían nuestras necesidades domésticas.

-¡Buenos días, muchacho me dijo Moisés Filipovich-, ven acá.!

- Buenos días- contestó el muchacho, sin moverse de sitio.

Con una risa un poco avergonzada, le explicaron la razón de mi retraimiento, y entonces vino a sacarme alegremente de mi difícil situación, cogiéndome y abrazándome.

A la hora de comer, toda la atención estaba reconcentrada en el huésped. Mi madre le ponía en el plato los mejores bocados, y preguntábale si le gustaba o deseaba otra cosa. Al anochecer, cuando ya el ganado estaba recogido, Monia vino, a mí y me dijo:

-¡Ven, date prisa, vamos a tomar un vaso de leche recién ordeñada! Anda, coge los vasos...,pero no los cojas por dentro, precioso, sino por fuera.

El me enseñó muchas cosas de que yo no tenía idea: cómo se cogían los vasos, cómo había que lavarse, cómo se pronunciaban ciertas palabras y por qué la leche recién ordeñada era buena para el pecho. Spenzer salía a pasear, escribía, jugaba a los bolos y me enseñaba aritmética y ruso, preparándome para ingresar en el Instituto. Yo adoraba en él, aunque no dejaba de inspirarme un cierto temor, pues tras su persona presentía el principio de una imperiosa disciplina. Eran las primeras manifestaciones de la cultura urbana.

Monia era amable con todos los parientes de la aldea, bromeaba mucho y cantaba con una suave voz de tenor. Pero de vez en cuando, su talante se ensombrecía, y se sentaba a comer silencioso y retraído. Preocupados de verle así, le preguntábamos qué tenía, si estaba enfermo, pero él rehuía las preguntas con monosílabos. Cuando ya se acercaba el día de su marcha, parecióme descubrir vagamente la causa de aquellos retraimientos, y era que alguna grosería o injusticia aldeana había herido su sensibilidad. No es que mis padres fuesen especialmente severos, no. Su modo de tratar a los jornaleros y a los labriegos no era peor que el empleado en otras casas.

Pero tampoco mejor. Era, por consiguiente, un trato áspero, brusco. Un día en que el administrador azotó al pastorcillo con una fusta, por haber dejado los caballos en el abrevadero hasta anochecido, Muñía palideció y dijo, mordiéndose los labios y entre dientes: ¡Qué brutalidad! Sí, también yo comprendía que era una brutalidad. No sé si, a no estar él allí, lo hubiera comprendido. Acaso sí. De todas maneras, él me ayudó a comprenderlo, y basta esto para que toda la vida le guarde un sentimiento de gratitud.

Spenser iba a casarse de un día a otro con la directora de la escuela oficial de niñas judías de Odesa. En Lanovka no la conocía nadie, pero sin conocerla, todos estaban seguros de que sería una persona de mérito, tanto por su cargo como por ser la mujer elegida por Monia. Y se acordó llevarme a Odesa en la primavera, a casa del nuevo matrimonio, y ponerme a estudiar la segunda enseñanza.

Partí de la aldea equipado por el sastre de la colonia y con una cajón lleno de tarros de manteca, vasos de confitura y otros regalos para los parientes de la ciudad. La despedida fué larga y penosa; yo lloraba amargamente, lloraba mi madre, lloraban mis hermanas, y por vez primera comprendí el cariño que tenía a Lanovka y a todos los que quedaban en aquella casa. Fuimos en coche hasta la estación de ferrocarril, por la estepa, y hasta que no llegamos al camino principal no se me limpiaron los ojos de lágrimas. El tren nos llevó desde Novi Bug hasta Nikolaief, donde seguimos viaje embarcados. Los pitidos del vapor me daban escalofríos y resonaban en mí como el anuncio de una vida nueva. De momento navegábamos por el río Bug, con el mar delante. Y con el mar, muchas, muchísimas otras cosas. He aquí el puerto, el coche de alquiler, la callejuela de Pokrovsky, con el viejo edificio que daba albergue a la escuela de niñas y a su directora. Me miran, me examinan por todos lados, me besan, en la frente, en las mejillas, primero una mujer joven, luego una vieja, madre de la otra. Moisés Fijovich bromea como siempre, me pregunta por Lanovka, por sus moradores y hasta por algunas vacas de que aún se acuerda. Pero a mí las vacas me parecen ahora seres tan insignificantes, que me avergüenzo de tener que hablar de ellas entre gente tan culta y elevada. La vivienda no es grande. Me preparan el alojamiento en un rincón del comedor, detrás de una cortina. Allí pasé los cuatro primeros años de mi vida de colegial.

Desde el primer día, caí por entero bajo el dominio de aquella disciplina, atrayente pero imperiosa, que ya en la aldea irradiaba Moisés Filipovich. El régimen de vida en aquella familia, no era severo, pero estaba reglamentado: por eso al principio me pareció severo. A las nueve, me mandaban a acostarme, y hasta que no adelanté en los estudios, no me cambiaron la hora. Paulatinamente, fueron enseñándome a saludar por la mañana al levantarme, a traer las manos y las uñas limpias, a dar las gracias a la muchacha cuando me servía algo, a no comer con el cuchillo, a ser puntual y a no hablar mal de la gente en su ausencia. Y supe que docenas y docenas de palabras que en la aldea parecían evidentes, no eran palabras rusas, sino ucranianas desfiguradas. No pasaba día sin que a mi vista se abriese, a retazos, un ambiente más culi ivado que aquel en que discurrieran los nueve primeros años de mi vida. Hasta el taller empezó a palidecer y a perder sus encantos ante la magnificencia de la literatura clásica y la

maravilla legendaria del teatro. Poco a poco, iba convirtiéndome en un pequeño hombre de la ciudad. Pero de vez en cuando, en mi conciencia reaparecía la aldea, con colores vivos y brillantes y me tentaba como un paraíso perdido. En aquellos momentos de nostalgia, no encontraba sosiego, me consolaba escribiendo en los cristales de las ventanas con el dedo el nombre de mi madre, y por la noche lloraba sobre la almohada.

La familia con quien vivía llevaba una vida modesta, pues no andaba sobrada de recursos. Monia no tenía ocupación fija: traducía tragedias griegas y les ponía notas, escribía cuentos para niños, estudiaba las obras de Schlosser y otros historiadores, con la intención de formar unas tablas cronológicas, y ayudaba a su mujer a dirigir la escuela. Más tarde, fundir una pequeña editorial que en los primeros en que vivió difícilmente; basta que un día empezó. IB suitov. En el transcurso de diez a doce años se convirtió en el editor más prestigiosa del Sur dfe Rusia y Llegón a tener una gran imprenta y una casa propia. Seis años pasé con esta fiamilia, que coincidieron con la primera pocas de la editorial. Me fuí familiarizando con las con las impreciones.

Como en todas las familias burguesas y muy especialmente en las de pequeña burguesía, ls criadas ocupaban en mi vida un lugar importante, aunque no fuera visible. Ducha, la primera criada, tenía conmigo una gran amistad confidencial y me confiaba sus secretos. Después de la comida de mediodía, cuando todo el mundo estaba entregado al descanso; me deslizaba furtivamente en la cama y Ducha, sin dejar su trabajo, iba contándome toda su vida y su primer amor. Después de Ducha, tuvimos una criada judía de Jiltomir, divorciada de su marido. Yo mismo leí su carta, encantadó de hacerlo, si bien al final en que se hablaba de del envío de dólares, me era desaagradable. Cuando tuvimos terminado, me dijo, suplicante.

-Aberra, vas a escribirme otra cartita.

-¿Para quien? le pregunté, preparando ya la inspiración .

-Para, un primo -contestóme el ama, un tanto irisegura-.

Es carta hablaba tambien de sus penas y dificultades, pero mirando a las estrellas, y terminaba declarando que estaba dispuesta a ir con él tan pronto como, se lo mandase. Apenas se había marchado de una con la criada.

-iNo es para su primo que la no lo comprendí -me insinuo al oído, indignada.

-¿Pues -para quien- es?

-iPara otro...

Aquello me dio para pensar en en las relaciones humanas.

A la mesa, oí que Fany Solomon me conocía.

-¿No quieres que te ponga otro escritor?

-Cómo, escritor?pregunté, inquieto.

Los conservadores defendían el criterio de que el clasicismo desarrollaba el espíritu de disciplina; o para decirlo sinceramente, daban por descontado que el ciudadano que en temprana edad pasaba por el suplicio del griego, sabría soportar pacientemente, cuando fuese hombre, el régimen zarista. Los liberales, sin repudiar el clasicismo, que no en vano es hermano de leche del liberalismo, pues los dos se amamantaron en el Renacimiento, fomentaban al mismo tiempo la enseñanza técnica. En la época de mi

ingreso, ya se habían acallado estas polémicas por una circular en la que se prohibía discutir acerca de las ventajas de uno y otro sistema de enseñanza.

En otoño, me examiné para el ingreso en el primer curso del Instituto de San Pablo. Hice un examen mediocre: en ruso me dieron un tres y en aritmética un cuatro ².

No bastaba, pues la "tasa" hacía que la selección fuese muy rigurosa, y los sobornos contribuían a que el rigor se acentuase. En vista de esto, acordaron mandarme a una escuela preparatoria incorporada al Instituto con el carácter de colegio privado, de la que se pasaba luego a aquél, siempre con aplicación de la consabida tasa para los alumnos judíos, pero con preferencia respecto a los externos.

El Instituto de San Pablo era, por sus orígenes, un colegio alemán. Procedía de la escuela de la parroquia luterana, y a él acudían los muchos alemanes establecidos en Odesa y su distrito. Y aunque era un establecimiento oficial, como sólo tenía seis años, al llegar al séptimo había que matricularse en otro Instituto para poder luego ingresar en la Universidad. Es probable que de ese modo se confiase en contrarrestar durante el último curso el exceso de espíritu alemán recogido en los anteriores. Sin embargo, en el instituto de San Pablo, el ambiente germano iba desapareciendo progresivamente de año en año. La proporción de alumnos alemanes era de menos de la mitad, y de las cátedras se procuraba alejar cuidadosamente a los profesores de esa estirpe.

El primer día de clase fué un día de tortura, pero luego vinieron días mejores. Salí de casa camino de la escuela con mi uniforme flamante, una gorra nueva con cinta amarilla y una preciosa escarapela de metal que ostentaba, entre dos hojas de trébol, las iniciales del Instituto, y a la espalda un morral también nuevo, con los nuevos textos magníficamente forrados y una hermosa cajita con el lápiz acabado de tajar, goma de borrar y palillero recién comprado. Iba yo, calle de Uspenskaia abajo, con mi bagaje maravilloso, muy contento de que la travesía no fuese corta, y parecíame que todos se paraban a verme pasar con admiración y algunos hasta con envidia. Miraba lleno de confianza y curiosidad las caras de los que se cruzaban conmigo. Pero he aquí que de pronto, sin saber cómo, un mozalbeta alto y flaco, como de unos trece años (que seguramente trabajaría en un taller, pues llevaba en la mano un objeto de hierro), se plantó a dos pasos delante de aquel colegial tan lindamente equipado, echó la cabeza atrás, tosió haciendo mucho ruido y lanzando un escupitazo con todas sus fuerzas con las hombreras de mi blusa nueva, me miró despreciativamente y siguió su camino sin decir una palabra. Entonces, aquello me pareció inexplicable, pero hoy ya no me lo parece tanto. Aquel muchacho, desdeñado por la suerte, de camisa desgarrada y pantalones rotos, descalzo, sucio, obligado a trotar calles para servir a sus señores, mientras el señorito, muy orgulloso, se paseaba luciendo su uniforme nuevo y brillante, selló en mí su protesta social. Mas la verdad es que la impresión que aquella mañana me dejó el hecho, distaba mucho de estas teorías. Me estuve un rato frotándome los hombros con hojas de castaño, di rienda suelta a mi impotente indignación y anduve lo que me faltaba de camino triste y malhumorado.

En el patio de la escuela me esperaba el segundo revés.

2- El "5" era la nota mejor, y el "1" la peor

- ¡Piotr Paulovich, ahí viene otro -gritaban de todos lados-, y viene también de uniforme, el pobrecillo!

¿Cómo, qué pasaba? Pues, pasaba que, como la escuela preparatoria tenía carácter de colegio privado, a los colegiales les estaba terminantemente prohibido usar uniforme. Piotr Paulovich, que era un inspector de barba negra, me lo explicó, advirtiéndome que por ahora tenía que prescindir de la escarapela, la cinta amarilla y la hebilla de metal, cambiando los botones de uniforme por otros sencillos, de hueso. Aquel día, todo fueron desgracias.

Por ser la apertura de curso, no hubo clases. Los alumnos alemanes y muchos otros que no lo eran, se reunieron en la iglesia luterana que daba nombre al Instituto. Inmediatamente, caí bajo la jurisdicción de un muchachote fornido que no había logrado ingresar todavía en el Instituto, y que conocía bien las ordenanzas. Me sentó a su lado en un banco de la iglesia. Era la primera vez que oía el órgano, cuyos sones me llenaron de espanto. Luego, apareció un hombre alto y todo afeitado, tocado de blanco, y su voz resonaba en las bóvedas de la iglesia, azotando las ondas de aire, que parecían cabalgar al galope unas sobre otra. La lengua misteriosa decuplicaba la gravedad y la fuerza del sermón.

-¿De qué habla? -pregúntele a mi vecino, muy emocionado.

-Es el pastor Binnemann -me explicó Karlson-, un hombre muy listo, el más listo de toda Odesa.

-¿Y qué dice?

-Hombre, pues lo que viene al caso- me dijo, ya con menos entusiasmo, mi vecino-, que hay que ser buen estudiante, aplicarse mucho y vivir en una armonía con los compañeros...

Luego resultó que este rechoncho admirador del pastor protestante era un holgazán de siete suelas y un gran camorrista, que en los descansos no hacía más que repartir puñetazos a diestro y siniestro.

El segundo día fué mejor. Me destaqué en las cuentas y copié a satisfacción las letras del encerado. El profesor me elogió delante de toda la clase y me puso dos cincos. Esto me reconciliaba ya con los botones de hueso. La enseñanza del alemán en las primeras clases corría a cargo del propio director, Cristian Cristianovich Schwannebach. Era un burócrata acicalado y meticuloso, que había podido llegar a aquel puesto por ser yerno del pastor Binnemann. Lo primero que hizo, fué mirarnos las manos a todos; las mías las encontró a satisfacción. Luego, cuando vió que había copiado bien todo lo que estaba en la pizarra, me elogió y me puso un cinco. De modo que el segundo día volví a casa del colegio condecorado con tres notas máximas. Las Levaba guardadas en el morral como un precioso tesoro y no corría, sino que volaba por la callejuela de Pokrovsky adelante, espoleado por la codicia del homenaje familiar.

Tales fueron los comienzos de mi vida de colegial. Me levantaba temprano, bebía a toda prisa el té, me echaba al bolsillo el abrigo abrigo el desayuno envuelto en un papel y salía corriendo para la escuela, para no perder el primer rezo.

Nunca llegaba tarde. Me estaba muy quieto en el banco, guía atentamente las

lecciones y copiaba con gran cuidado lo que ponían en la pizarra. De vuelta. De vuelta en casa preparaba aplicadamente las lecciones y escribía los temas. Y me iba a la cama a la hora reglamentaria, para volver a tomar el té a escape a la mañana siguiente y correr de nuevo a la escuela temeroso de perder el primer rezo. Poco a poco y puntualmente, iba ganando puestos. A los profesore con quienes me cruzaba en la calle, los saludaba respetuosamente.

El contingente de hombres raros y maniáticos es harto grande en el mundo, pero en ninguna profesión abunda tanto como entre el profesorado. En el Instituto de San Pablo, el nivel profesoral acaso despuntase sobre el corriente. El Instituto tenía buena fama, y no era inmerecida, pues el régimen que allí se seguía era severo y hacía a los chicos trabajar, y cada año se sostenían más tensas las riendas, sobre todo desde el día en que la dirección pasó de manos de Schwannebach a las de Nikolai Antonovich Kaminsky. El nuevo director, especializado en física, aborrecía por temperamento al género humano. No miraba nunca a la cara a la persona con quien hablase, se deslizaba sin hacer ruido, pisando sobre sus suelas de goma, por los pasillos y las clases y tenía una vocecilla delgada y cálida de falsete que, cuando se elevaba, infundía espanto. Y aunque por fuera aparentaba serenidad, interiormente estaba siempre irritado y de mal humor. Su actitud, aun con los mejores alumnos, era una especie de estado de neutralidad armada. Y esa era también la que adoptaba conmigo.

Kaminsky había inventado un aparato para probar la ley de Boyle-Mariotte sobre la elasticidad de los gases. Y ya se sabía: siempre que llegaba el momento de demostrar el funcionamiento de la máquina, había dos o tres chicos que, en voz bajita muy bien calculada y como si comentasen la cosa entre sí, decían:

- Vaya un aparato bonito, ¿eh?

A poco, uno de ellos se levantaba un tanto vacilante y formulaba esta pregunta:

-¿Quién es el inventor de este aparato?

Y el profesor, con tono displicente y en cálido falsete, contestaba:

-Lo he cononstruido yo.

Toda la clase se miraba, llena de asombro, y cuanto peor estudiante era un chico, más sonoro el suspiro de admiración que lanzaba.

Sustituido Schwannebach por Kaminsky, por convenir así a la rusificación del Instituto, nombraron para la inspección al profesor de literatura, Antón Vasilievch Krisjanovsky. Era un tipo de barba rubia y expresión astuta, antiguo seminarista y hombre accesible a los regalos, con un tinte casi imperceptible de liberalismo y que se daba gran maña para recatar sus intenciones tras una aparente inocencia muy bien simulada. Tan pronto como obtuvo el cargo de inspector, tomó un cariz más conservador y severo. Krisianovsky emseñaba Lengua y Literatura rusas desde el primer curso. A mí me distinguía, por los conocimientos que demostraba y por mi amor al lenguaje. Solía leer mis trabajos de composición delante de la clase y ponerme un cinco, haciendo de mí grandes elogios.

Lurtchenko era un hombre flemático y fornido, a quien habían puesto de apodo "el Carretero". Tuteaba a todos los alumnos, lo mismo a los pequeños que a los de los últimos años, y no era precisamente escogido en sus expresiones. Su grosería contenida

infundía cierto respeto; pero con el tiempo, éste fué decayendo, pues nos enteramos de que era persona sobornable. Más o menos y cada cual a su modo, todos los profesores lo eran. Y cuando algún alumno forastero no avanzaba, no había más que ponerlo de pupilo con el profesor de quien ello dependiese. Si se trataba, de un chico de Odesa, se ponía a dar lección, pagándola bien, con el más peligroso.

Zlotchansky, el segundo profesor de Matemáticas, era todo lo contrario del otro: flaco con un bigote enhiesto sobre una cara verduco-amarillenta, con la mirada siempre triste y gesto de fatiga, como si acabase de despertarse, siempre tosiendo y escupiendo. Habíamos averiguado que tenía tras sí una historia desdichada y que vivía entregado a la vagancia y a la bebida. No era mal matemático, pero apenas se interesaba por los chicos, por la enseñanza ni por las Matemáticas mismas. A los pocos años de esto, se daba un tajo en el cuello con una navaja de afeitar.

Min relaciones con los dos profesores de Matemáticas eran exelentes, y los dos sentían predilección por mí. Pues esta asignatura era mi fuerte. Hasta el punto de que cuando estudiaba los últimos cursos tenía decidido dedicarme a las Matemáticas puras.

De la Historia estaba encargado Liubimof, un hombre alto y de continente digno, sobre cuya naricilla colgaban las gafas de oro y que tenía la cara redonda orlada por una barbilla escasa y varonil, Pero cuando sonreía, hasta nosotros mismos comprendíamos que aquel continente de dignidad no era más que aparente y que, en el fondo, se trataba de un hombre sin voluntad, tímido, desgarrado interiormente por alguna preocupación y que vivía en constante angustia de que pudiera saberse o averiguarse algo malo de él. Yo me entregaba al estudio de la Historia con interés creciente, aunque difuso. Paulatinamente, procuraba ir dilatando el horizonte de mis estudios, para lo cual dejaba a un lado los míseros textos oficiales y echaba mano de los libros universitarios o de los gordos volúmenes de Schlosser. En mi entusiasmo por la Historia se deslizaba, evidentemente, algo de deporte: sólo por poner al profesor en un aprieto cuando la ocasión se presentase, me aprendía una cantidad de nombres raros y detalles inútiles, que no hacían más que recargarme la memoria. Liubimof carecía de dotes para dirigir la enseñanza. Se interrumpía muchas veces, alzaba la cabeza y miraba en torno, lleno de cólera, como si buscase en el cuchicheo de los alumnos alguna palabra injuriosa para él. La clase, entonces, enmudecía y poníase en acecho. Liubimof era también profesor de un Gimnasio femenino, donde no tardaron en descubrir, como nosotros, sus manías. La cosa terminó con que un día, en un ataque de locura, se ahorcó del marco de una ventana.

A Jukovsky, el profesor de Geografía, le teníamos todos un pánico tremendo. Suspendía automáticamente, como una máquina, y durante la clase había que guardar un silencio sepulcral. Con frecuencia, interrumpía la contestación del chico, estirando las orejas, como fiera que barrunta un peligro. Todos sabíamos lo que aquello significaba y nos quedábamos quietos como mármoles, conteniendo la respiración. No me acuerdo de que Jukovsky aflojase las riendas un poco más que una vez, un día de su cumpleaños, si no me equivoco. Un alumno le dijo no sé qué cosa de carácter semiprivado, es decir, que no tenía relación directa con la enseñanza. El profesor lo dejó pasar. Eslo era ya

un acontecimiento. En seguida, se levantó Wacker, que era un adulón, y dijo, con una sonrisa untuosa:

-Todo el mundo dice que Liubimof no vale ni para atarle los zapatos a usted.

La cara de Jukovsky era toda expectación.

-¿Cómo? ¡Siéntese usted!

Y se produjo aquel silencio especial que sólo podía reinar en la clase de Geografía. Wacker se sentó como si le hubiesen dado un trallazo. De todas partes se volvían a él caras con gesto de reproche o de repugnancia.

-Sí, señor, es verdad-insistía en decir, a media voz el adulón, que aun no renunciaba del todo a la esperanza de ablandar el corazón del geógrafo, el cual le tenía muy mal considerado.

El verdadero profesor de Alemán era Struve, un germano gigantesco, con una cabeza voluminosa y una barba que llegaba hasta la cintura. Sobre sus pies diminutos, casi infantiles, oscilaba aquel cuerpo grávido que parecía un vaso colmado de bondad. Struve era una buenísima persona; le dolía que los alumnos no progresasen en su asignatura, se excitaba a cada paso y procuraba reparar en seguida con buenas palabras los estragos de su indignación. Cada "dos" que ponía -pues jamás se decidió a poner a nadie un "uno" ; no tenía fuerzas para tanto- le costaba un disgusto, y se desvivía por no castigar a nadie. Había conseguido meter en el Instituto al sobrino de su cocinera, que era aquel Wacker de que hemos hecho mención, y que resultó ser un muchacho poco inteligente y menos agradable. Struve tenía algo de cómico, pero era, en general, una figura simpática.

La enseñanza del Francés estaba a cargo de Gustavo Samoilovich Burnand, un suizo flaco y de perfil aplastado, como si lo hubiesen pasado por el laminador, ya un poco calvo, de labios delgados, azulados y pérfidos, nariz puntiaguda y una cicatriz grande y misteriosa en forma de X en la frente. Era un profesor que a todos nos caía antipático, y con razón. Padecía del estómago, se pasaba toda la clase chupando pastillas y veía en todo alumno un enemigo personal. Aquella cicatriz de la frente era fuente inagotable de hipótesis y conjeturas. Corría el rumor de que el profesor se había batido en duelo de joven, quedando señalado para siempre por la espada de su adversario. A la vuelta de algunos meses empezó a correr otra versión, y era que la cicatriz no procedía de un duelo, sino de una operación quirúrgica, en que le habían quitado un pedazo de carne de la frente para corregir la nariz. Los alumnos contemplaban muy atentos la nariz del francés, y en efecto, los más osados afirmaban que se veían claramente los puntos. Los espíritus menos románticos se inclinaban a buscar la solución del enigma en un accidente de la niñez, y sostenían que se había caído por la escalera produciéndose aquella herida. Pero esta explicación no podía admitirse, pues era demasiado prosaica. Además, no había manera de representarse a aquel hombre de niño.

Había en la escuela otro personaje a quien cabía un papel considerable en nuestros destinos, y era el conserje, Antón, un alemán inflexible, con unas patillas grises imponentes. Las funciones del conserje, cuando alguno llegaba tarde o se quedaba castigado o sufría pena de cárcel eran, aparentemente, subalternas;

pero de hecho, gozaba de un poder muy grande, de modo que no había más remedio que cultivar su amistad. Sin embargo, yo me mantenía en un plano de indiferencia respecto a este funcionario -como él respecto a mí-, pues no me contaba entre sus clientes: yo llegaba siempre puntual a la clase, tenía siempre en orden la mochila, y el "carnet" de estudiante limpio y dispuesto en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. No podían decir lo mismo muchos otros, que tenían que vivir constantemente de la tolerancia del conserje y ganarse por diferentes procedimientos su buena voluntad. Antón era una de las más firmes columnas del Instituto de San Pablo. Imagínese el lector cuál no sería nuestro asombro cuando, al volver un año de vacaciones, nos enteramos de que el viejo conserje, celoso de la hija de un bedel una muchacha de dieciocho años le había disparado un tiro y estaba recluido en la cárcel.

Eran todas pequeñas catástrofes personales que irrumpían en la vida monótona del colegio, como en la vida política de la época, retraída bajo la opresión, y que dejaban en el espíritu una impresión exagerada, como cuando se grita en una nave desierta.

A la Iglesia de San Pablo estaba asignado un asilo de huérfanos, al que se destinaba una esquina del patio del Instituto. Los asilados salían a jugar al patio con sus blusas de percal azul, deshechas a fuerza de lavados, y con sus caras tristes; rondaban penosamente, como enredilados, por la esquina de su asignación y volvían a subir tristemente las escaleras que conducían al asilo. Y aunque el patio era común y la zona destinada a los huérfanos no estaba acotada por ninguna valla, los colegiales y los "hospicianos", como les llamábamos, formaban dos mundos perfectamente distintos. Cuantas veces quise trabar conversación con los muchachos del mandilón azul, me contestaban con ceno duro y de mala gana, apresurándose a apartarse de mí: les estaba rigurosamente prohibido mezclarse para nada con nosotros. Y durante los siete años que anduve rondando por aquel patio, no pude conocer el nombre de uno solo de los huérfanos. Estoy seguro de que el pastor Binnemann usaba la más corta de las fórmulas para darles la bendición en la fiesta del Año Nuevo.

En la parte del patio que lindaba con la esquina reservada al asilo, veíanse una serie de artefactos raros para hacer gimnasia: anillas, perchas, escaleras verticales y perpendiculares, trapecios, barras, etc. A poco de estar en la escuela, quise repetir un ejercicio que había visto hacer a uno de los asilados. Subí por la escalera vertical, y, poniéndome cabeza abajo, enganché las puntas de los pies al travesano más alto y me agarré con las dos manos al barrote más bajo que pude; el ejercicio consistía en quedar de pie sobre el suelo con un salto elástico, después de describir en el aire un arco de 180 grados. Pero no acerté a soltar las manos a tiempo y con todo el cuerpo contra la escalera. Era como si me atenazasen el pecho de dolores y sin poder apenas respirar, me revolvía en tierra como un gusano; cogí por las piernas a los muchachos que me rodeaban y perdí el conocimiento. Desde entonces, procuré tener más cuidado a la hora de hacer gimnasia.

Vivía apartado casi en absoluto de la vida de la calle y de la plaza, y apenas disfrutaba de ningún juego ni diversión al aire libre. Procuraba compensar la falta de ejercicio durante las vacaciones, en la aldea. La ciudad parecía hecha para el estudio y la

lectura Y cuando veía a los chicos pegarse en las c-Ues me indignaba, aunque nunca frtasen ocasiones para ello.

A los estudiantes del Gimnasio les habían puesto por apodo "los arenques", por sus botones y escarapelas de plata brillante, y a los del Instituto, que los gastaban de color cobrizo, los llamaban "las sardinas ahumadas". Un día, de regreso de la escuela, iba yo por la lamskaia camino de mi casa, seguido de cerca por un chico alto, estudiante, del Gimnasio, que no cesaba de atormentarme con esta pregunta :

-¿A cuánto vende usted las sardinas ahumadas?

Y como no obtuviese contestación, acabó dándome con el hombro.

-¿Qué desea usted? -le pregunté, jadeando y muy cortés.

El otro se quedó perplejo y pensativo por un instante, y me dijo:

-¿Tiene usted tiragomas?

-¿Tiragomas? -repelí yo-. No sé lo que es eso.

Entonces, el chico del Gimnasio, sin decir nada, sacó del bolsillo un pequeño mecanismo: una horquilla de madera con unas gomas y un pedazo de plomo.

-Con esto tiro desde las ventanas a las palomas del tejado, y luego me las como asadas.

Miré a mi interlocutor con un gesto de asombro. Aquella ocupación no me preocupaba que un tanto inoportuna un tanto y hasta incorrecta para una ciudad.

Había muchos chicos que se iban al mar en barca a pescar a línea. Yo no tomaba nunca parte en tales diversiones. Y cosa rara, el mar no había tenido todavía papel alguno en mi vida, a pesar de que llevaba siete años viviendo a la orilla de él. Durante todo este tiempo, no puse el pie en una barca ni eché al agua un anzuelo, ni tuve con el mar más relaciones que mis travesías de la ciudad a la aldea y de ésta a la ciudad. Los lunes aparecía Karlson con la nariz tostada por el sol y la piel toda agrietada, jactándose de lo bien que lo había pasado pescando; de mí, estos placeres parecíanme remotos y ajenos por completo a mi vida. Aun no había apuntado en mí la gran nasión por la caza y por la pesca.

En la escuela preparatoria trabé gran amistad con Kostia, hijo de un médico. Tenía un año menos que yo, y era bajo de estatura, muy retraído, astuto y bribonzuelo con ojillos penetrantes. Conocía al dedillo la ciudad, en lo cual me sacaba gran ventaja. No se distinguía gran cosa por la aplicación; yo, en cambio, sacaba siempre, desde el primer día.

Las mejoras notas. Este Kostia estaba hablando siempre en su casa de mí, y un día, su madre, una señora pequeña y flaca, acudió a la mujer de mi primo a rogarle que permitiese a las dos muchachos hacer juntos los temas y ejercicios. Sometido el asunto a debate, en el que fué consultado mi parecer, decidióse asentir a lo solicitado. Compartimos por espacio de dos o tres años el mismo banco, hasta que hubimos de separarnos, por quedarse el otro atrás. Más aún seguimos siendo amigos durante mucho tiempo.

Kostia tenía una hermana, de dos años más que yo, que estudiaba en el Gimnasio. La hermana tenía amigas y éstas hermanos. Las muchachas estudiaban música y

los chicos, n la corte hacían las cortes a las amigas de sus hermana. En fiestas de cumpleaños, los padres recibían a sus invitados, y poco a poco iban formándose allí un mundillo de simpatías y rivalidades, valeses, juegos, enemistades y envidias. Centro de éste mundo era la familia de A., un comerciante rico, que vivía en la misma casa y en el mismo piso de la de Kostia, de modo que las dos viviendas daban a la misma galería sobre el patio, donde tenían lugar toda una serie de encuentros más o menos casuales. En esta familia flotaba una atmósfera muy distinta a la que yo estaba acostumbrado a respirar en casa de mis parientes. Piños de estudiantes y estudiantas de bachillerato flirteaban a todas horas bajo la benevolente sonrisa de la señora de la casa. En las conversaciones aparecía sin cesar el tema del amor. Yo manifestaba ante estas cuestiones el mayor desdén, aunque, a decir verdad, el tal desdén no tenía nada de sincero.

-Si alguna vez se enamora usted- me dijo con tono de iniciada, la hermana mayor de la casa, un estudiante de catorce años- no deje de decírmelo en seguida.

-Bien puedo prometérselo, puesto que sé que a nada me obligo- le contesté yo, con esa displicente majestad del que está seguro de sí, pues no en vano cursaba ya segundo año de Instituto.

No habrían pasado dos semanas de esto, cuando las chicas organizaron una representación de cuadros plásticos. Delante de un gran paño negro salpicado de estrellas de papel de estaño, que le servía de fondo, la hermana pequeña, con los brazos en alto, simbolizaba la noche.

-¡Qué bonita!, ¿verdad?- me dijo la hermana mayor, dándome con el codo.

Levanté la vista, y asintiendo en mi interior, decreté súbitamente llegada la hora de cumplir mi promesa. Poco despues la hermana mayor me sometía a un interrogatorio:

-¿No tiene usted nada que decirme?

-Sí ... -contestéle, con la mirada baja.

-¿Y quién es ella? . .

Pero la lengua no quería obedecerme. Me pidió que le dijese tan sólo la primera letra. Esto no costaba ningún trabajo. La hermana mayor se llamaba Ana, la pequeña Berta. La letra que apuntaron mis labios no fué la primera del alfabeto, sino la segunda.

-¿Be? -repitió la muchacha, visiblemente decepcionada... Allí terminó la conversación.

Al día siguiente fui, como todos los días, a casa de Kostia y atravesé, como de costumbre, el largo corredor del tercer piso que separaba las dos viviendas. Desde la escalera vi ya a los dos hermanas sentadas con su madre en la galería, delante de la puerta. Y pocos metros antes de Hogar al grupo, sentí clavadas en mí como alfilerazos sus miradas. La pequeña, en vez de sonreír como las otras dos, volvía los ojos con una expresión de terrible indiferencia. No necesitaba más para convencerme de que mi secreto había sido burlado. La madre y la hermana mayor me saludaron con un gesto que quería decir algo así como esto: "¡Vaya, vaya, jovencito, que ya sabemos lo que hay debajo de tanta seriedad!" La pequeña me alargó la mano como un leño, sin mirarme a la cara ni estrechar la mía. Tenía delante casi toda la galería y el largo pasillo, que hube de recorrer bajo las miradas torturadoras de las tres mujeres, que parecían

espetárseme como alfileres en la espalda. En vista de aquella traición imperdonable, decidí romper por completo con toda esta gente y no volver a visitarlas, olvidándolas y borrándolas para siempre de mi corazón. Las vacaciones, que no tardaron en comenzar, ayudáronme a llevar esta decisión a la práctica.

Inesperadamente para mí, un día resultó que era miope. Me llevaron a un oculista, y el oculista me recetó gafas. No se crea que este acontecimiento me entristeció en lo más mínimo; todo lo contrario, pues las gafas me daban, a mi parcer, gran importancia y ya saboteaba, anticipándome a los hechos, gran sensación que había de causar en la aldea cuando me presentase con mi nuevo aparato.

Pero mi padre no se avino a soportar aquello. Para él, las gafas no eran más que lujo y petulancia, y categóricamente me exigió que prescindiese de ellas. Fué en vano que me esforzase por convencerle de que en clase no alcanzaba a distinguir las letras del encerado ni en la calle podía leer los rútilos de las tiendas. En la aldea sólo podía ponérmelas cuando él no me veía.

Sin embargo, durante estas temporadas de vacaciones, me sentía más valiente, animado y emprendedor. Apenas pisaba el pueblo, me despojaba automáticamente de la disciplina de la ciudad. Muchas mañanas, sólo me iba a caballo hasta Bobrinez, y Volvía al caer la tarde. Eran 50 kilómetros de camino. Aquí, en la villa, podía pasearme tranquilamente con mis gafas, dándome aires de gran importancia. En Bobrinez no había más que una escuela municipal graduada. El gimnasio más próximo era el de Lelisavetgrado, que estaba a 50 kilómetros de allí. En cambio, había un gimnasio femenino con cuatro cursos. Durante el curso, las chicas tonteaban con los alumnos de la escuela graduada. Pero en verano se cambiaban las tornas, pues volvían de vacaciones, triunfando por el brillo de sus uniformes y la finura de sus modales, los esiodiantes del Instituto de Lelisavetgrado, que eran los que tallaban. Reinaba un antagonismo cruel. Los chicos de la escuela, ofendidos, formaban pequeñas partidas, en las que a veces, además del palo y la piedra, salía a relucir el arma blanca. Un día, estaba yo sentado, sin pensar en nada malo, en la rama de una morera que había en el huerto de una familia amiga, comiendo moras, cuando del otro lado de la tapia me lanzaron una pedrada a la cabeza. No era más que un pequeño episodio de aquella tenaz campaña, a ratos sangrienta, que no cesaba hasta que los privilegiados se volvían a sus clases, terminadas las vacaciones. Y en Leliavetgrado ocurría algo parecido: durante el curso, los bachilleres campaban por sus respetos en las calles y en los corazones. Pero, al llegar el verano, retornaban de Kharkof, de Odesa y de otras Universidades más lejanas los estudiantes, y los chicos del Instituto tenían que batirse en retirada. Desatábase una lucha cruel. La infidelidad de las muchachas no tenía nombre. Sin embargo, allí era raro que saliesen a relucir otras armas que las del espíritu.

En la aldea jugábamos al crochet y a los bolos, y yo dirigía los juegos de prendas y decía insolencias a las muchachas. Un verano, aprendí a montar en la bicicleta que había construido Iván Vasilievich. Este aprendizaje me dió ánimos para montar luego, en Odesa, en una bicicleta acuática. Además me arrostraba a guiar, sin ayuda de nadie,

un caballo de raza enganchado a un cochecillo. Ya había en Lanovka buenos caballos de lujo. Un día, le propuse al tío Brodski, el cervecero, montar conmigo.

-Supongo que no me tirarás, ¿eh?- me preguntó el viejo, poco aficionado a las aventuras arriesgadas.

-¡Por Dios, tío!- le repliqué con tono tal de indignación, que el tío, sin murmurar, aunque dando un gran suspiro, se decidió a subir al coche.

Empuñé las riendas, y coche y caballo avanzaron dejando atrás el molino por la calzada, que acababa de lavar y alisar una nube de verano. El caballo, ansioso de ponerse al galope y nervioso de tener que marchar cuesta arriba, pretende encabritarse. Le tiro de las bridas, y, apoyándome con los pies contra el hierro de la lanza, me levanto lo suficiente para que el tío no se dé cuenta de lo que ocurre. Pero el potro tiene también su orgullo, y es lo menos ocho años más joven que yo. Sale corriendo camino adelante, como gato a quien atan una lata al rabo. Observo que mi tío, a mi espalda, ha dejado de fumar, respira más apresuradamente y se prepara a mandarme un ultimátum. En vista de esto procuro acomodarme mejor en el asiento, aflojo las bridas y chasco la lengua muy alegre, como si animase más aún al caballo.

-¡Ojo con lo que hacemos, amiguito!- le digo cariñosamente a la bestia, cuando observo que va a ponerse al galope. Y abro los brazos con gran parsimonia. Noto que el tío se ha tranquilizado y vuelve a echar chupadas a su cigarrillo. Está ganada la partida, pero el corazón me palpita como el vientre del caballo.

De vuelta en la ciudad, torno a rendir la cerviz al yugo de la disciplina. No me cuesta gran trabajo Los juegos y los deportes ceden el paso a los libros, y, de vez en cuando, al teatro. Insensiblemente, casi sin rozamientos, voy sometiéndome a la ciudad. La vida urbana pasa por delante de mí sin que apenas la sienta. Y no sólo por delante de mí, pues tampoco las personas mayores se atrevían a sacar la cabeza más de la cuenta por la ventana.

Odesa era por entonces, seguramente, la ciudad más afanada en punto a policía de toda la Rusia policíaca, el comandante de la ciudad, un antiguo contraalmirante a que llamaban Selenoi II, era un personaje importantísimo, en la que se unían un poder sin límites y un temperamento desenfrenado. Acerca de él corrían innumerables anécdotas, que los atemorizados habitantes de Odesa, se contaban en voz baja. Por aquellos años, una imprenta del extranjero publicó un libro en que se referían toda una colección de heroicidades del tal contraalmirante. No recuerdo haberle visto más que una vez, y de espaldas, pero me bastó. El héroe erguía tan alto como era en su coche, maldiciendo a diestro y siniestro con voz tonante y amenazando con el puño. A su paso los policías y los porteros se cuadraban, saludando militarmente y quitándose la gorra. y detrás de las cortinas y celosías acechaban caras de espanto. Yo ajusté las correas de la mochila y apresuré el paso todo lo que pude.

Y siempre que evoco la imagen del Estado ruso en los años de mi infancia, se me representan las espaldas fornidas del jefe de la Policía de Odesa y su puño amenazador, y acuden a mis oídos aquellas palabrotas, que no se encuentran en los diccionarios.

LECTURA Y PRIMEROS CONFLICTOS

La naturaleza y los hombres no ocuparon nunca en mi espíritu un espacio tan grande como los libros y las ideas, y esta supremacía, que ya se afirmaba en la escuela, siguió manteniéndose durante toda mi juventud. A pesar de haber nacido en el campo, no sentía la naturaleza. Pasaron muchos años antes de que naciese en mí el interés y la inteligencia hacia ella, vencida ya la infancia y la primera parte de la mocedad. Durante muchos años, los hombres desfilaban por mi conciencia como sombras sin rumbo. Mis miradas se concentraban en mi interior y en los libros, de cuyas páginas sólo se alzaba nuevamente el problema de un vida y de mi porvenir.

Mis lecturas datan del año 1887, en que Moisés Filipovich se presentó en Lanovka con un paquete de libros, entre los cuales estaban los cuentos populares de Tolstoi. Al principio, el ahondar en la lectura tenía más de fatigoso que de divertido. Cada nuevo libro presentaba nuevos problemas: palabras ignoradas, relaciones ininteligibles, los vagos contornos que separan al mundo de la realidad del mundo de la fantasía. Las más de las veces, no tenía nadie a que en dirigirme para que me aclarase las dudas. Me enredaba todo, volvía a comenzar, lo dejaba de nuevo para volver otra vez al ataque, y en estas vicisitudes, la alegría turbia del conocimiento se mezclaba con el miedo misterioso a lo desconocido. Mis lecturas de aquellos años eran algo así -no encuentro nada mejor a qué compararlas- como los viajes nocturnos por las estepas: crujir de las ruedas, voces que se cruzan, resplandor de las hogueras rompiendo las tinieblas al borde del camino, todo en una mezcla extraña de intimidad y de misterio, en que no se sabe qué ocurre ni quién es el viajero que pasa, ni hacia dónde se encamina, pues mal apenas si sabe uno mismo hacia donde se dirige, ni si avanza o retrocede. Con la diferencia de que en la lectura no hay nadie que le explique a uno el viaje como el tío Gregory en la estepa y le diga: aquel carro que ves allí cargado de mieses es uno de los nuestros.

En Odesa, la selección de las lecturas era incomparablemente más nutrida, y la dirección más amable también y más inteligente. Me entregué a los libros con ardor. A la hora del paseo, tenían que arrancarme a viva fuerza. Por el camino iba viviendo lo leído, para retornar al libro a la vuelta. Por las noches, antes de acostarme, suplicaba que me dejaran otro cuarto de hora, o por lo menos cinco minutos más, hasta acabar el capítulo empezado. No había noche en que no nos debatiésemos sobre el terna.

El anhelo de ver, de saber, de acabarlo todo, que empezaba a despertarse en mí, buscaba un escape en aquel ansia devoradora de letra impresa; y con las manos y los labios infantiles me lanzaba al torrente de las palabras. Todo lo que luego en la vida había de ofrecerme la experiencia de inferos o de entusiasmo, de alegrías o de tristezas, conteníanse ya en las emociones de aquellas lectoras como en sombra o en promesa, a modo de acuarela o dibujo abocetado.

Las horas, o mejor dicho medias horas, de lectura en voz alta durante las veladas en Odesa, entre el término de la jornada y el sueño, fueron las más hermosas de mi infancia. Mi primo nos leía generalmente a Puskin o Nekrasof, con preferencia a éste.

Pero llegaba la hora reglamentaria y Fany decía:

-Es hora de irse a la cama, Liovuska.

Yo la miraba con ojos suplicantes.

-Hay que ir a acostarse, mocito- refrendaba el jefe de la casa.

-¡Otros cinco minutos nada más!- imprecaba yo.

Me los concedían. Luego, me despedía de los dos con un beso y me iba a la cama, seguro de que lo mismo hubiera podido seguir escuchando toda la noche, para caer dormido como una piedra apenas posaba la cabeza en la almohada.

Sofía, una pariente lejana que cursaba el octavo año de Gimnasio, vino a pasar unas semanas en casa de mi primo, para curarse de un ataque de escarlatina. Era una muchacha muy inteligente y de mucha lectura, aunque privada de carácter y originalidad, que no tardó en irse apagando poco a poco. Yo estaba entusiasmado con ella; cada día le descubría nuevos conocimientos y capacidades, y en presencia suya dábame cuenta de mi nulidad. Le copié el programa de exámenes y la ayudé en otras varias cosas, a cambio de lo cual ella, durante la siesta, cuando todos se retiraban a descansar, me leía en voz alta; juntos compusimos un poema satírico en verso titulado: "Viaje a la luna". Durante este trabajo, yo no encontraba sosiego. Apenas exteriorizaba cualquier modesta iniciativa, mi colaboradora se apoderaba de la idea, la desarrollaba rápidamente, introducía en ella las más diversas variantes y le ponía a escape la rima; yo iba siempre a remolque. Pasadas las seis semanas de la cuarentena, Sofía se volvió a sus estudios, y me quedé otra vez solo; era como si me hubiese emancipado.

Entre los conocidos notables de mis parientes se encontraba Sergio Sytjevsky, viejo periodista, romántico e intérprete de Shakespeare, muy conocido en el Sur. Era un hombre de talento, pero muy dado a la bebida. Esto hacía que adoptaba ante los hombres, incluso los niños, la actitud del que se siente culpable. Conocía a Fany desde su niñez y la llamaba Faniuska. A mí, me tomó gran cariño desde su primer día. Después de preguntarme qué habíamos dado en la escuela, me propuso por tema una comparación entre **El poeta y el librero**, de Puskin, y Poeta y ciudadano, de Nekrasof. Me eché a temblar. La segunda obra ni siquiera sabía que existiese, pero lo que más miedo me daba era tener que habérmelas con Sergio Sytjevsky, un escritor. Esta palabra resonaban en mis oídos como caída del cielo.

-Aguarda, que antes de nada vamos a leer las dos cosas- me dijo Sergio y dió comienzo a la lectura. Leía maravillosamente.

-¿Qué, supongo que lo habrás entendido? Pues ahora sientáte y escribe lo que se te ocurra.

Me llevaron al despacho y pusieron en mis manos las obras de Puskin y Nekrasof, tinta y papel.

*¡Pero si no puedo!- le dije al oído a Fany, con tono trágico-. ¿Qué es lo que voy a escribir?

-No te pongas nervioso- me dijo mi prima, acariciándome la cabeza-; escribe sin preocuparte, lo que le venga a la pluma.

Su mano era suave y su voz dulce. Poco a poco fui tranquilizándome, o por mejor decir

tranquilizando mi atemorizado orgullo, y comencé a escribir. A la hora aproximadamente me llamaron. Me presenté con un pliego grande, todo cubierto de escritura, y con un espanto como jamás lo había sentido en la escuela, y alargué mi trabajo al escritor, Este recorrió con la vista unos cuantos reglones, y a poco, con ojos muy brillantes, exclamó:

-¡Hola, hola, escuchen, lo que ha escrito aquí, es magnífico!...- y se puso a leer en voz alta:- "El poeta vivía con la naturaleza, que tanto amaba, y cada uno de cuyos sonidos, los alegres como los tristes, encontraban eco en su alma."

Sergio Sytjevsky levantó un dedo.

-Está admirablemente dicho: "Cada uno de cuyos sonidos, los alegres como los tristes, encontraban eco en el alma del poeta."

Tan profundamente me conmovieron estas palabras, que se me han quedado grabadas para siempre.

A la hora de la comida, el periodista bromeaba con todos, y, animado por la bebida, pues para él no faltaba nunca vodka en aquella mesa, nos contó la mar de anécdotas y recuerdos. De vez en cuando, miraba para mí, y me decía:

-Has estado admirable, mereces que te dé un beso.

Y después de limpiarse cuidadosamente la boca y los bigotes con la servilleta, se levantaba de la silla, y, con peso vacilante, daba la vuelta a la mesa. Yo le veía acercarse, como si sobre mi se fuese a desatar una catástrofe, aunque fuera una catástrofe ansiada.

-Levántate, Liuvoska, y dale un beso- me ordenaba en voz baja Moisés Filipovich.

De sobremesa Sergio nos recitó de memoria a sátira El sueño de Popof. Yo le escuchaba sin quitarle ojo, con la atención concentrada en aquel bigote del que brotaban las regocijantes palabras. La facha del periodista medio embriagado, no disminuía en lo más mínimo su autoridad a mis ojos, pues los niños tienen una gran fuerza de abstracción.

Algunos días, antes de obscurecer, Moisés Filipovich sacábame de paseo, y si estaba de buen talante íbamos charlando de lo divino y lo humano. En uno de estos paseos me contó el argumento de la ópera Fausto, que le gustaba extraordinariamente Yo sorbía codiciosamente sus palabras y soñaba con ver representada la función en el teatro. El tono que tomó la voz en medio del relato hízome sospechable que allí había algún misterio oculto. Ya temía, compartiendo la emoción que en la voz palpitaba, quedarme sin saber cómo acababa aquello cuando Moisés, dominándose, prosiguió, como si no fuese nada: "Pues bien, ocurrió que Margarita dió a luz una criatura antes de casarse..." Después de sortear este escollo, los dos nos sentíamos aliviados, y el relato pudo llegar a término sin mayores tropiezos.

Estando una vez en cama con la garganta vendada me dieron a leer, para entreterme, el Oliverio Twist, de Dickens. Aquel pasaje en que el médico del asilo de parturientas observa que la mujer no trae anillo de casada, me metió en un mar de confusiones.

-¿Qué quiere decir esto?- le pregunté a Moisés. -¿Qué anillo es este de que habla aquí?

-Es -me explicó mi pariente, un tanto confuso que las mujeres casadas llevan un anillo para distinguirse de las solteras.

Me acordé de la Margarita de Fausto, y, en mi imaginación, la tragedia de Twist

giraba toda ella en torno a un anillo, en torno a aquel anillo que no existía. De los libros iba alzándose a empujones en mi conciencia el mundo cercado de las relaciones humanas, y muchas de las cosas que había oído, casi siempre en forma grosera y repelente, cobraban ahora, bajo el ropaje literario, un relieve de nobleza y generalidad, como si los libros lo exaltasen a una esfera superior.

Por entonces, andaba la gente muy preocupada con el drama de Tolstoi, El poder de las tinieblas, que acababa de aparecer, y todo el mundo hablaba de él como una cosa extraordinaria y formulaba su juicio. Pobedonof consiguió que el zar Alejandro III prohibiese su representación. Me constaba que, al retirarme yo a dormir, Moisés y su mujer se quedaban en el cuarto de al lado leyendo el drama; a mis oídos llegaba el murmullo de la lectura.

-¿No puedo yo leerlo también? -le presente.

-No, amiguito, es un poco temprano todavía para ti- me dijeron, con tono tan categórico, que no intenté siquiera replicar. Pero observé que el librito, flamante y delgado, reposaba sobre aquella cornisa que yo conocía tan bien. Y aprovechándome de la ausencia de las personas mayores, en unos cuantos días me leí la obra de cabo a cabo. El célebre drama no me produjo, ni con mucho, la impresión que a los encargados de mi educación parecía cambiar. Los pasajes más trágicos, como aquel en que estrangulan al niño y en que uno de los personajes habla de cómo crujían los huesos, no se me representaban como una realidad espantosa, sino como una fantasía de libro y una invención escénica; es decir, que en realidad no los sentí.

Durante las vacaciones, descubrí en casa de mis padres, guardado en un armario viejo, pegando casi al techo, un librito pequeño que había traído de Lelisavetrogrado mi hermano mayor. Al abrirlo, tuve en seguida el presentimiento de que estaba delante de algo extraordinario y misterioso. Era la relación de un proceso por violación y asesinato de una muchacha. Recuerdo que leí aquellas páginas, salpicadas de pormenores médicos y detalles jurídicos, con la misma emoción que si anduviese perdido de noche por un bosque, errante entre los árboles iluminados con fantástico resplandor por la luna, sin encontrar salida. Pero esta sensación no tardó en borrarse. El alma humana, y sobre todo la del niño, dispone de toda una serie de resortes, frenos, válvulas y amortiguadores que funcionan a la maravilla, y que nos guardan de las conmociones demasiado fuertes o prematuras.

Entré por primera vez en un teatro cuando estudiaba todavía en la escuela preparatoria. Aquello fué algo inmenso, y no encuentro palabras con qué describirlo. Me habían mandado con Grigory Kholod, el portero de la escuela, a ver una representación ucraniana. Tomé asiento frente al escenario, blanco de emoción -así se lo contó luego mi acompañante a Fany -, atormentado por una alegría que no acertaba a dominar. En los entreactos, me guardaba muy bien de moverme del sitio, para no perder nada de la función. Al final dieron una especie de sainete en un acto, titulado El inquilino de la trompeta. Ahora, la tensión del drama saltaba en carcajadas ruidosas. Todo me volvía dar vueltas en el asiento, con la cabeza rígida y los ojos clavados en el escenario. De vuelta en casa, les conté al argumento del sainete, esforzándome en recargar los

detalles, para arrancar las mismas carcajadas de que acababa de ser testigo y actor. Pero hube de resignarme,, con amargura al ver que no acertaba a conseguirlo.

-¿Y qué, el Nazar Stodolia no te ha gustado, por lo visto?- me preguntó Moisés.

Comprendí que en aquella pregunta latía un secreto reproche. Entonces me vino al recuerdo el drama de Nazario, ahogado por la risa, y dije:

-Sí, ya lo creo, era muy hermoso.

Antes de entrar en el tercer curso, pasé una temporada de verano cerca de Odesa, en casa de mi tío, y allí presencié una función de aficionados, en la que un muchacho de mi escuela llamado Krugliakof tenía un papel de criado. Era un chico débil del pecho y lleno de granos, con ojuelos inteligentes, y muy enfermo. Conquistó en seguida toda mi simpatía y le supliqué que me dejase representar con él una función Elegimos El caballero avaro, de Puskin. A mí me correspondió el papel del hijo y a mi amigo del padre. Entregado en cuerpo y alma a su dirección, dedicaba los días enteros a aprenderme de memoria los versos del poeta. ¡Era una emoción indecible! Pero pronto se vino todo a tierra, pues los padres de mi amigo le prohibieron tomar parte en las funciones, que le hacían mucho daño. Al reanudarse las clases, no pudo asistir a la escuela más que las primeras semanas. Yo le esperaba todos los días a la salida, y volvíamos juntos a casa hablando de temas literarios. Pronto Krugliakof desapareció para no volver. Supe que estaba enfermo en cama, y a los pocos meses llegó la noticia de que había muerto tuberculoso.

La fascinación del teatro me poseyó durante varios años. Después, empecé a apasionarme por la ópera italiana, que era el orgullo de Odesa. Estando en el sexto curso, daba una lección con el único y exclusivo fin de sacar dinero para el teatro. Durante varios meses anduve secretamente enamorado de una soprano, que tenía un nombre misterioso: Giuseppina Uget, y que me parecía un sér caído del cielo sobre las tablas del escenario.

Me tenían prohibida la lectura de periódicos, pero como el régimen en ese punto no era muy severo, poco a poco fui consiguiendo que me levantasen la prohibición, principalmente para los folletones. La prensa de la ciudad tenía el interés concentrado en el teatro, y, muy principalmente, en la ópera; la opinión pública de Odesa estaba entonces polarizada casi toda ella por la pasión teatral. Eran los únicos temas en que les estaba permitido a los periódicos apasionarse un poco.

Por aquellos días, se cotizaba bastante el nombre del ensayista Dorochevich, que no tardó en erigirse en árbitro de todos los pensamientos, a pesar de que sus temas eran casi siempre banales e indiferentes. Tenía, indudablemente, talento de escritor, y en sus folletones, por inocentes que fuesen, se abría una pequeña válvula al ambiente de opresión en que vivía la ciudad bajo el cetro policíaco de Selenoi II. Yo me lanzaba todos los días con ardor sobre el periódico, buscando la firma de Dorochevich. En el entusiasmo por sus artículos coincidían entonces los padres, liberales moderados, y los hijos, que aún no habían tenido tiempo para rebelarse.

Desde mi temprana infancia me acompañó siempre, unas veces más y otras menos, aunque siempre reafirmandose, el entusiasmo por la palabra: escritores, periodistas

actores, encarnaban a mis ojos el más atractivo de los mundos, al que sólo los elegidos tenían acceso.

En el segundo curso empezamos a editar una revista. Moisés, mi pariente, con quien cambié largamente impresiones acerca del asunto, nos propuso su nombre: La Gota. El nombre quería significar que los alumnos del segundo curso del Instituto de San Pablo contribuían con su gota al océano de la literatura. Para explicar esto escribí una poesía, que debía hacer, además, funciones de artículo programático. En la nueva revista se publicaban versos y relatos, compuestos por mí la mayoría de ellos. Un dibujante se encargó de decorar la cubierta con un complicado ornamento. Como alguien propusiese que se la enseñásemos a Krisjanovsky, se encargó de esta misión J., el alumno que vivía en su casa. Nuestro delegado cumplió su cometido a maravilla: se levantó del asiento, se plantó delante de la mesa del profesor, y, poniendo la Gota encima, con gesto seguro y firme, hizo una reverencia cortés y se volvió a su banco, con andar pausado y solemne. Todo el mundo se quedó aterrado, pensando en lo que iba a pasar. El profesor se detuvo a contemplar la cubierta, hizo una mueca con el bigote, con las cejas y con la barba, y comenzó a leer. En la clase reinaba un silencio absoluto; sólo las páginas de la revista crujían de vez en cuando. Al poco rato, Krisjanovsky se levantó del sillón y, con mucho sentimiento, leyó en voz alta mi poesía La gota pura.

-¿Qué os parece?- preguntó.

-Muy bien- contestaron unos cuantos chicos a coro, con voz bastante unánime.

-Está bien -dijo el profesor-, pero el autor de esta poesía no sabe lo que es medir un verso. ¿Vamos a ver, di, sabes lo que son dácilios?- preguntó, volviéndose a mí, pues en seguida me adivinó tras el claro seudónimo.

-No señor, no lo sé- hube de confesar.

-Muy bien, pues voy a explicároslo.

Y dejando a un lado la gramática y la sintaxis Krisjanovsky dedicó unas cuantas horas a iniciar a los alumnos del segundo curso en los secretos de la métrica.

-Y por lo que se refiere a la revista -concluyó, después de aquella digresión-, no hace ninguna falta que sea una revista; dejad estar en paz el océano de la literatura, y utilizadla sencillamente como cuaderno para vuestros ejercicios.

Importa saber que las revistas de estudiantes estaban prohibidas. Pero pronto había de tomar otro giro el problema, pues a poco de esto, el curso pacífico de mis estudios sufría una repentina interrupción y veíame expulsado del Instituto.

En mi vida abundan, ya desde la infancia, los conflictos nacidos, como diría un jurista, de la protesta contra el derecho escarnecido. Este motivo influía también, muchas veces, en mis amistades y enemistades con los compañeros. Sería cosa de nunca acabar, si fuese a contar aquí todos Aquellos episodios. Pero hay dos conflictos de cierta importancia en mi vida escolar que no puedo pasar por alto.

El más importante de los dos me ocurrió, cursando ya segundo año, en la clase de Barnand, a quien llamábamos "el Francés", aunque era suizo. La enseñanza del alemán hacía la competencia, de cierto modo, al ruso. En cambio, el francés se quedaba bastante rezagado. La mayoría de los chicos lo aprendían ya en la escuela, y para los

de la colonia alemana su estudio resultaba difícil y espinoso. Burnand no podía ver a los alemanes. Su víctima favorita era Wacker, mal estudiante, hay que reconocerlo. Pero un día, muchos, si no todos, sacamos la impresión de que le había puesto una mala nota sin razón ni motivo.. Aquel día, el profesor estaba furioso y no hacía más que tragar pastillas.

-¡Vamos a Jarle un concierto!

Esta voz corrió de banco en banco, y ios alumnos nos trasmitíamos la consigna guiñando el ojo y dándonos; con el codo. Yo no me recataba, y acaso fuera de los más celosos agitadores. No era la primera vez que organizábamos uno de estos conciertos; al profesor de dibujo, al que no podíamos ver, pues nos estaba siempre castigando, le habíamos dado ya varios. El concierto consistía en ponerse zumbar a coro con la boca cerrada, al terminar la clase, cuando el profesor volvía la espalda y se dirigía a la puerta; no había que despegar los labios, para no descubrirle. A Burnand le habíamos coreado ya dos veces, aunque en tono muy bajo, pues le teníamos miedo. Pero esta vez no armamos de valentía, y apenas "el Francés" se echó

el periódico debajo del brazo, desde los últimos bancos se alzó un rumor estrepitoso, que fué extendiéndose hasta llegar a los de junto a la puerta. Yo, por mi parte, procuraba contribuir al damor en lo que podía. El profesor, que había pisado ya el umbral de la clase, se volvió de repente, plantóse en medio del aula y se quedó mirando frente a frente al enemigo, con la cara verde de ira, lanzando centellas por los ojos, pero sin pronunciar palabra. Los alumnos, sobre todo los que estaban en los primeros bancos, procuraron poner cara de inocencia. Los de atrás se pusieron a revolver en las mochilas, como si no hubiera pasado nada. No había transcurrido medio minuto, cuando "el Francés" se dirigió de nuevo a la puerta, con paso furioso; los faldones del frac aleteaban, como si quisiera alzar el vuelo. La retirada del profesor fué seguida por un estrépito unánime y arrebatado, que le acompañó pasillo adelante.

Al dar comienzo la clase siguiente presentáronse en el aula Burnand, Schwannebach y Maier, el inspector, a quien, llamábamos "el Carnero", por sus ojos vidriados, su frente acarnerada y su gran estupidez. Schwannebach nos echó una especie de discurso preparatorio, en que procuró sortear lo mejor que pudo las celadas de los verbos y los casos de la lengua rusa, que no dominaba, el inspector iba pasando revista con sus ojos de carnero a las caras de los alumnos, y a los que tenían fama de rebeldes les llamaba por el nombre y les decía;

-Seguramente que tú estabas en el ajo.

Unos protestaban levemente, otros guardaban silencio. Por este procedimiento eligieron a unos quince alumnos, a quienes condenaron a una o dos horas de reclusión. A los demás nos dejaron marchar, entre ellos a mí a pesar de que Burnand, al tomar lista, se me quedó mirando -a lo menos así me pareció- con ojos inquisitivos. Yo no había hecho nada para quedar libre pero tampoco había confesado. Salí de la clase más apenado que contento, pues parecíame que hubiera sido más divertidp quedar castigado con los otros.

A la mañana siguiente -apenas había vuelto a acordarme del episodio del día anterior- me esperaba a la puerta un compañero de los castigados;

-Hoy te la vas a cargar, pues Danilof te acusó ayer al inspector y éste fue con el cuento al "Francés"; poco después llegó el director y estuvieron deliberando, y creo que van a echarte a ti la culpa de todo.

El corazón me dió un vuelco. Vi que otro inspector, Pedro Paulovich, se acercaba a mí y me decía:

-El señor director le espera a usted.

El hecho de que me estuviese aguardando a la entrada y el tono con que me dijo aquello no auguraban nada bueno. Pregunté a los bedeles el camino, y por un pasillo que nunca había pisado llegué ante el despacho del director y me quedé parado a la puerta. El director cruzó por delante de mí y me miró con aire, de misterio, meneando la cabeza. Yo estaba más muerto que vivo. Al poco rato volvió a salir y oí que mascullaba: "¡Bien, bien!" Comprendí que aquello no prometía nada bueno.

Pasados unos minutos, los profesores fueron saliendo, uno tras otro, de la sala en que estaban reunidos; la mayoría de ellos se dirigieron rápidamente a sus clases, sin advertir mi presencia. Krisjanovsky contestó a mi saludo con una mueca que venía a decir: "¡En buena te has metido! Me da lástima de ti, pero nada puedo hacer". Burnand, en camoio, habiéndome yo saludado cortésmente, se me acercó contoneándose y tocándome casi a la cara con su barbilla odiosa, me dijo, y al decirlo agitaba los brazos:

-¡El mejor alumno del segundo curso es un monstruo de inmoralidad!

Se estuvo un momento echándome su aliento impuro, y volvió a repetir:

-¡Un monstruo de inmoralidad! -; dió vuelta y se alejó.

En seguida le tocó el turno al "Carnero". Este me dijo, con visible fruición:

-¡Vaya una pieza que estás hecho! ¡Ahora, ahora verás tú!

Las horas que siguieron fueron una larga tortura. En el aula, a la que no me dejaron pasar, habían suspendido las clases para tomar declaración a los alumnos. Burnand, el director, Maier y Kaminski, otro inspector, se habían constituido en jueces investigadores en el sumario de aquél "monstruo de inmoralidad".

La cosa había empezado porque uno de los que se quedaron castigados el día anterior le dijo a Maier:

-A nosotros nos dejan castigados y el culpable se marcha tranquilamente. A Bronstein. que azuzó a los otros y se cansó de gritar, le dejaron irse a casa; este -que era Karlson- puede decirlo.

-Imposible -dijo Maier-. Bronstein es un muchacho muy bueno.

Sin embargo, Karlson, el que tan calurosamente me recomendara al pastor protestante como el hombre más sabio de Odesa, confirmó la denuncia, y tras él otros. En vista de esto Maier mandó a buscar a Burnand, y como los animaran y espolearan desde arriba, contagiados además unos a otros por el ejemplo, no faltaron diez o doce chicos que se ofreciesen como delatores.

Ahora salía a relucir todo; el curso anterior, Bronstein, durante un descanso, había

dicho tal y tal cosa del director; Bronstein había apuntado a tal y tal chico; Bronstein había intervenido en el "concierto" organizado contra Smigrodsky. Wacker, el que había sido causa de todo, declaró tranquilamente lo que sigue:

-Como todo el mundo sabe, cuando el profesor me puso la mala nota, me eché a llorar; Bronstein se me acercó, me puso la mano en el hombro y me dijo: "No llores, no seas tonto, vamos a escribir una carta al Rectorado del distrito para que expulsen a Burnand..."

-¿Escribir a quién? — le preguntaron.

-Al Rectorado del distrito.

-No es posible. ¿Y qué le dijiste tú?

-Yo, nada; ¿qué iba a decirle?

-Sí, sí -intervino Danilof-. Bronstein nos propuso que escribiésemos una carta al Rectorado, pero sin firma, para que no nos expulsasen. Dijo que en vez de la firma pusiésemos todos una letra al pie de la carta.

-¡Hombre, no está mal! -exclamó Burnand, sin poder contener el entusiasmo-. De modo que una letrita, ¿eh?

Tomaron declaración a todos los chicos. Algunos negaron rotundamente lo ocurrido y lo no ocurrido. Entre éstos se encontraba Kostia R., que lloraba amargamente cuando vió cómo trataban de avasallar a su mejor amigo, el primer discípulo de la clase. Pero los delatores rechazaron la negativa ostinaban en que se encerraban estos testigos, diciendo que eran amigos de reo. En la clase reinaba el pánico. A la mayoría de los chicos no les arrancaban palabra del cuerpo. Dominaba el pánico. A la mayoría de los chicos no les arrancaban palabra del cuerpo. Danilof, aquella mañana, estaba a la cabeza de la clase, cosa que no había conseguido hasta entonces ni volvió a conseguir nunca después. Entre tanto, yo aguardaba en el pasillo, a la puerta del despacho del director, junto al armario amarillo y bruñido, como si fuese un criminal peligroso. Los acusadores fueron puestos frente a frente al acusado en una especie de careo. Al fin, me mandaron irme a casa y decir a mis padres que se sentasen en el Instituto.

-Mis padres viven en el campo, lejos de aquí.

-Entonces, a los encargados de su educación.

Hace veinticuatro horas era, sin disputa, el primer discípulo de la clase, y muy a la zaga de mí venía el segundo. A mi sitio no llegaban ni los celos del inspector Maier. Y he aquí que de pronto me veo precipitado a la sima y tengo que aguantar que Danilof, un holgazán y un percudo, me pisotee ante toda la clase y ante el claustro en pleno. ¿Qué he hecho para merecer este trato? ¿Defender con una energía excesiva a un compañero atropellado, que ni era amigo mío ni me simpatizaba? ¿Firme más de lo debido de la solidaridad de mis compañeros? Conforme me acercaba a casa, iba sintiéndome menos animoso. Se lo conté todo, tal como había ocurrido, con el rostro desencajado y el corazón agonizante, deshecho en llanto. Mis parientes me consolaron lo mejor que pudieron, pues la verdad es que la noticia les dejó helados. Fany se fué a ver al director, a Krisjanovsky, a Lurtchenko; hizo lo indecible por explicarles, por

convencerles, poniendo por testigo su propia experiencia pedagógica, todo sin que yo me enterase. Pasaron varios días. Yo, sentado en un rincón -a mi lado, encima de la mesa, cerrada e inmóvil, la mochila de los libros-, estaba inconsolable. ¿Cómo iba a acabar todo aquello? El director dijo que convocaría una junta de profesores y les sometería la cuestión, para que ella decidiese. Pero esto tenía más de amenaza que de promesa. Celebróse la junta y Moisés fué a informarse del resultado. La emoción con que, corriendo el tiempo, había de aguardar a conocer la sentencia de un tribunal zarista, no tiene punto de comparación con la que aquel día me dominaba, esperando el regreso de mi pariente. Por fin. sonó la puerta de la ctille y oí los pasos familiares por la escalera arriba.

Abrióse la puerta que daba al con y en este momento salió del otro cuarto Fany. Eché a un lado, un poquito nada más, la cortina, detrás de la cua| tenía mi refugio.

-Expulsado- dijo Moisés con fatigado tono.

-¿Expulsado?- tornó a preguntar Fany, a quien casi faltaba el aliento.

-Sí, expulsado- corroboró Moisés, en voz más Laja todavía.

Yo no despegué los labios. Mire para Moisés y Fany y volví a refugiarme detrás de la cortina. La mujer de mi primo, que fue a Lanovka a pasar las vacaciones de verano, contaba que, al oír lo de la expulsión, me había puesto amarillo como la cera, y que había tennido miedo de que me pasase algo. Pero no lloré; me sentia dominado por un gran desasosiego.

En el consejo de disciplina que me formaron, el debate giró en torno a tres formas de expulsión: una, me privaba de derecho a cursar en ningún establecimiento de enseñanza del reino; otra, me cerraba las Puertas del Instituto de San Pablo, y otra, finalmente, me dejaba abierto el camino para volver a sus aulas. Al fin recayó el acuerdo sobre la fórmula más benigna. Yo temblaba pensando en cómo irían a tomar la cosa mis padres. Mis parientes hicieron todo lo posible para prepararlos Y amortiguar el golpe. Fany escribió una larga y detallada carta a mi hermana mayor, dándole, instrucciones sobre el modo cómo había de transmitir la noticia a mis padres. i¿asta finalizar el curso seguí en Odesa, y me fui a la aldea, como siempre, por vacaciones. Durante las largas veladas cuando ya mis padres estaban en la cama, me dedicaba a pintarles a mi hermana y a mi hermano mayor el desarrollo del asunto, imitando a los alumnos y profesores que habían intervenido en él. Y como todavía tenían frescas los recuerdos de sus años de escuela, y, además, me trataban como a una criatura, tan pronto meneaban la cabeza con gesto de reproche, como se echaban a reír para celebrar mis gracias. De la risa, mi hermana pasaba al llanta y se estaba largo rato sollozando, con la cabeza apoyada a la mesa. Convinimos en que me fuese de viaje a algún sitio por una o dos semanas, para que, durante mi ausencia ell lo pusiese en conocimiento de mi padre. Mi hermana temblaba de sólo pensar en esa entrevista. Ante el fracaso de los estudios de mi hermano mayor, mi padre había puesto en mí todas sus ilusiones y tras los primeros años, llenos de promesas, todo se derrumbaba.

Cuando, pasados ocho días, volví a casa con mi amigo Grisha, comprendí que ya lo sabían todo. Mi madre saludó a mi amigo con grandes muestras de afecto y a mí hizo

como si no me viese. En cambio, mi padre me trataba como si nada hubiese ocurrido. Hasta unos cuantos días después, volviendo del campo, tras una jornada abrasadora, y sentándose a descansar en el fresco zaguán de la casa, no hizo la menor referencia a lo ocurrido.

-Vamos a ver- me dijo, en presencia de mi madre-; explícame cómo le silbaste al director. ¿Fué así, metiendo dos dedos en la boca?- y al tiempo que lo hacía, se echaba a reír.

Mi madre, asombrada, paseaba la vista de uno en otro, y en su cara, la sonrisa luchaba con la indignación: ¿cómo era posible hablar con tal ligereza de cosas tan terribles? Pero mi padre no cejaba en su empeño:

-Vamos, anda, muchacho, di cómo le silbaste- y se reía cada vez con más ganas.

A pesar de lo apenado que estaba, complacíase evidentemente en pensar que su hijo, indiferente a su jerarquía, pues no en vano era el primer discípulo de la clase, se hubiese atrevido a silbar al director del Instituto. Fué inútil que me esforzase en convencerle de que no habíamos silbado, sino simplemente zumbado, y sin grandes extremos de audacia. Mi padre se empeñaba en salirse con la suya. Y, al cabo, terminó todo en que mi madre se echó a llorar.

Durante el verano, apenas cogí un libro ni me preocupé de preparar los exámenes. Lo ocurrido me quitó para una temporada el gusto del estudio. Pasé un verano desasosegado, disputando e irritándome a cada instante, y me volví a Odesa dos semanas antes de empezar los exámenes. Mas tampoco en la ciudad sentía grandes deseos de estudiar. Preparé celosamente el examen de francés, pero Burnand se limitó a hacerme unas cuantas preguntas superficiales. Los demás profesores hicieron lo mismo, y fui admitido en el tercer curso. Aquí volví a encontrarme con la mayoría de los compañeros, de los cuales unos me habían traicionado, otros defendido y otros abandonado en cauto silencio. El recuerdo de lo pasado fue, durante muchos tiempo cauto silencio. El recuerdo de lo pasado fue, durante mucho tiempo, como de amistades y antipatías. Había muchos a los que no hablaba ni saludaba, y en cambio, me sentía íntimamente compenetrado con los que me habían sostenido en los momentos difíciles.

Fué, en cierto modo, mi primera experiencia política. Aquellos tres grupos que cristalizaron en torno al episodio estudiantil: los acusones y envidiosos de un lado, y otro los amigos bravos y nobles, y, flotando entre los dos, la masa neutral de los vacilantes e indecisos, no se diferenciaba gran cosa de los que luego había de tropezarnos repetidamente en la vida, bajo las más diversas circunstancias.

Las calles estaban todavía cubiertas de nieve, pero empezaba a irse el frío. Los tejados, los árboles y los gorriones, respiraban ya primavera. El alumno del cuarto curso del Instituto de San Pablo iba camino de casa, cogiendo con la mano, contra todas las reglas de la conveniencia, una de las correas de la mochila, que tenía rota la hebilla. El largo abrigo le pesaba ya sobre el cuerpo, ligeramente sudoroso. Además, el muchacho sentía hoy una vaga nostalgia. Lo veía todo y veíase a sí mismo bañado en una luz nueva. El sol primaveral decíale que había en el mundo algo inmensamente más grande y misterioso que las clases y el inspector y aquella mochila que le bailaba sobre

la espalda, más grande que el estudio y el ajedrez y la merienda y aún que las lecturas y el teatro y la vida toda de cada día. Y la nostalgia de este algo ignorado e imperioso que se alza sobre el hombre, cualquiera que él sea, se adueñaba hoy de todo el ser del muchacho, le calaba los huesos y despertaba en su interior un.. sensación dolorosa y dulce de agotamiento.

Cuando entró en casa, le zumbaba la cabeza, y una música torturante le cantaba en las sienes. Arrojó la mochila sobre la mesa, se tendió encima de la cama, hundió la cabeza en la almohada y, sin saber por qué, rompió a llorar a solas. Para encontrar una justificación a aquellas lágrimas, púsose a evocar las escenas tristes de los libros leídos y de su propia vida, y era como si echase nuevo combustible a su cálido cuerpo. Aquellas lágrimas eran las de la nostalgia de la primavera. El muchacho tendría entonces unos catorce años.

Desde mi infancia, venía padeciendo de una enfermedad, que los médicos habían diagnosticado oficialmente como un catarro crónico del tubo digestivo, y que había de enlazarse íntimamente a mi vida. Tenía que estar tomando a cada paso medicinas y guardando dieta. Cualquier excitación nerviosa me producía trastornos intestinales. Estando en el cuarto curso, la enfermedad se me agudizó de tal modo, que hube de suspender los estudios. Después de un largo e infructuoso tratamiento, decidieron mandar el enfermo al campo.

La sentencia de los doctores, al conocerla, me causó más satisfacción que pena. Pero, para que fuese ejecutiva, había que conseguir el refrendo de mis padres. No había, más remedio que que buscar en la aldea alguna que me diese elección, sinó quería perder el año. Esto aumentaba los gastos cosa que en Lanovka no se veían nunca con buenos ojos. Sin embargo todo se arregló gracias Moisés a Filipovich, que buscó, para que me diese lección, a un antiguo estudiante, G., un hombrecillo pequeño con una gran melena salpicada ya de canas en las sienes. Era de la casta los fracasados, un tanto vanidoso y fantástico, muy hablador y sin ningún carácter, con un poco de cultura universitaria. Hacía versos, y hasta había llegado a publicar dos en un periódico de Odesa. Traía siempre consigo los dos números del periódico en que se habían publicado sus poesías, y a cada paso los andaba enseñando. Mis relaciones con él eran de carácter violento y tendían por momentos a empeorar. Al principio, adoptó una actitud muy familiar conmigo y no se cansaba de decir, viniese o no a cuento, que quería ser mi amigo. En prenda de amistad sin duda, me enseñó el retrato de una tal Claudia, y me habló de no sé qué complicadas relaciones que mantenía con ella. De pronto, empezó a mostrarse retraído y a exigir de mí el respeto del discípulo hacia el profesor. Este insensato tira y afloja acabó mal, pues un día tuvimos una disputa ruidosa y rompimos para siempre. Mas tampoco este episodio había sido estéril para mí. Al fin y al cabo, el hombrecillo de las sienes canosas me había iniciado en los misterios de sus relaciones con una mujer que, vista en el retrato, me pareció imponente. Con esto, ya me tenía yo por un hombre.

En los últimos cursos, la enseñanza de la literatura pasaba de manos de Krisjanovky a las de Gamof. El tal Gamof era un hombre rubio, joven todavía, esponjoso, enormemente

corto de vista y enfermizo, que no daba chispa nunca ni sentía el menor amor por la enseñanza. La clase iba trotando detrás de él, toda aburrida, de capítulo en capítulo. Además, andaba atrasado en todo y dejaba siempre para última hora el revisar nuestros temas. En el quinto curso, era obligación hacer cuatro temas escritos. Yo me entregaba con pasión a estos trabajos, y no sólo leía las fuentes recomendadas por el profesor, sino que consultaba muchos libros más, tomaba notas de datos y de citas, empleaba y modificaba las frases que me agradaban y trabajaba con el mayor entusiasmo, sin detenerme siempre en las lindes del plagio candoroso. No era el único alumno de la clase que tomaba con interés estos trabajos escritos. Esperábamos llenos de emoción -unos con miedo y otros con esperanza- que el profesor nos los devolviese calificados. Pero pasaban los días y no los veíamos. Al llegar el segundo trimestre, se repitió la cosa. En el tercer trimestre, entregué al profesor un cuaderno lleno. Pasaron dos, tres semanas y el profesor no nos daba noticia de nuestros trabajos. Se lo recordamos, lo más discretamente que pudimos, y nos contestó con una evasiva. Al día siguiente, Jablonovsky, uno de los que con más entusiasmo tomaban aquellos trabajos, le preguntó al profesor, sin andarse ya con rodeos, cómo era que no teníamos la menor noticia acerca de la suerte de los temas escritos y qué había ocurrido con ellos. Gamof le quitó la palabra groseramente. Pero el chico no se amilanó. Abrió desmesuradamente los ojos, cubiertos de espesas cejas, se movió nerviosamente en el banco, y repitió, levantando aún más la voz, que de este modo no se podía trabajar.

-¿Quiere usted tener la bondad de sentarse y guardar silencio?- le preguntó el profesor.

Jablonovsky no hizo ni lo uno ni lo otro.

-¡Haga usted el favor de salir de clase!- le gritó Gamof, desde lo alto de la cátedra.

A pesar de que hacía mucho tiempo que no mantenía buenas relaciones con Jablonovsky y de que la aventura de la clase del "Francés" me había enseñado a ser cauto, comprendí que no debía callar, y dije, volviéndome al profesor:

-Usted perdone, Jablonovsky tiene razón, y todos estamos a su lado ...

-Sí, señor; sí, señor- oyóse aquí y allá.

El profesor guardó un momento silencio, confuso, pero pronto montó en cólera:

-¿Cómo, qué es esto?- bramaba. -Yo sé muy bien lo que tengo que hacer, sin recibir lecciones de nadie... Están ustedes faltando al orden...

Le habíamos tocado en el punto más sensible.

-Lo que queremos es ver los trabajos, ¡ni más ni menos! -dijo otro, levantándose.

El profesor estaba indignadísimo:

-¡Jablonovsky, salga usted de clase?

Pero el chico no se movía del sitio.

-¡Sal, hombre, sal!, ¿qué pierdes con eso? -le apuntaban de varias partes.

Al cabo. Jablonovsky, alzándose de hombros, abriendo mucho los ojos y taconeando, salió del aula y cerró la puerta con estrépito.

Al empezar la clase siguiente, apareció en el aula Kaminsky, pisando sin hacer ruido sobre sus tacones de goma. La cosa no prometía nada bueno. En la clase reinaba gran

silencio. El director, con su voz cálida de falsete en que se adivinaba al hombre que bebía, y tras una amonestación breve, pero severa, en que nos amenazaba con la expulsión, decretó las penas por lo ocurrido: a Jablonovsky, veinticuatro horas de cárcel y una mala nota en comportamiento; a mí, veinticuatro horas de cárcel, y al tercero, doce horas. Era la segunda piedra que se alzaba en el camino de mis estudios. Pero la cosa no tuvo peores consecuencias. El profesor no nos devolvió los trabajos y hubimos de renunciar a ellos.

Aquel año murió el Zar. La noticia no, pareció algo inmenso e inverosímil, pero lejano; algo así como un terremoto ocurrido en lejanas tierras. No recuerdo que ni yo ni mis compañeros sintiésemos la menor compasión o simpatía hacia el Zar enfermo, ni asomo de dolor por su muerte. Al entrar en el Instituto, al día siguiente observe que reinaba allí un pánico grande e inmotivado. ¡Ha muerto el Zar!, se decían los chicos unos a otros, sin saber cómo comentar aquello. No encontraban palabras con qué expresar lo que sentían, pues les faltaba una idea clara acerca del acontecimiento. Lo que sí sabíamos, era que no había clases, y de esto todo el mundo se alegraba, aunque la alegría era mayor en los que no habían estudiado las lecciones y temían que les que les llamasen. Conforme iban llegando los alumnos, el portero los expedía al paraninfo donde estaba todo preparado para decir un oficio de difuntos. El pope, con sus gafas de oro, pronuncio un pequeño sermón de circunstancias. Entre otras cosas dijo que si los hijos no tienen consuelo cuando muere un padre, indecible debía ser el dolor de todos ante la traerte del nadie de un pueblo. Sin embargo, nadie sentía el dolor más mínimo. El oficio de difuntos era interminable, fatigoso y aburrido. Se circularon órdenes para que nos pusiesemos un crespón en la manga izquierda y un lacito de luto en la escarapela de la gorra. Luego volvió todo a la normalidad.

En el quinto año, empezamos ya a hablar de los estudios universitarios y del camino que pensábamos seguir en la vida. El tema predilecto eran los exámenes de ingreso en la Universidad, lo mucho que suspendían los profesores de San Petersburgo y las celadas que tendían a los examinandos; decíase que había en la capital verdaderos artistas que preparaban a los estudiantes para el examen. En Odesa conocíamos a varios chicos que iban todos los años a San Petersburgo a examinarse, y todos los años volvían suspensos, a continuar su preparación. Pensando en la suerte que les aguardaba, había muchos a quienes se les paralizaba el corazón de terror, dos años antes.

El sexto curso transcurrió sin contratiempo. Todo el mundo ansiaba emanciparse cuanto antes del yugo del Instituto. Los exámenes de bachillerato verificábanse con gran solemnidad y tenían lugar en el paraninfo, ante un tribunal del que formaban parte varios profesores de Universidad del distrito. El director procedía a abrir solemnemente, al comienzo de cada sesión, el sobre en que se contenían los temas para el ejercicio escrito, formulados por las autoridades del distrito académico. Al conocerlos exhalábamos todos un suspiro, como si nos lanzásemos a un pozo de agua fría. Dominados por la excitación nerviosa, aquellos temas nos parecían inasequibles, pero poco a poco comprendíamos que la cosa no era tan grave. Y conforme iba expirando el plazo de

dos horas de que disponíamos los profesores nos ayudaban a burlar la vigilancia de la comisión examinadora. Cuando hube terminado mi trabajo, no lo entregué, sino que, siguiendo las instrucciones más o menos tácitas de Krisjanovsky, el inspector, me quedé en la sala, para ayudar a los necesitados de asistencia.

Había un séptimo curso complementario, pero como en el Instituto de San Pablo no se hallaban organizadas sus enseñanzas, teníamos que pasar a otro establecimiento. Ya éramos ciudadanos libres. Previamente, nos habíamos equipado para el caso con ropas civiles. El mismo día en que nos entregaron las papeletas de examen, nos fuimos, formandó un gran grupo, al jardín de una cervecería, una especie de café cantante, en que tenían rigurosamente prohibida la entrada a los alumnos del Instituto. Tocados de corbata y con el cigarrillo en la boca, nos sentamos en torno a una mesa delante de dos botellas de cerveza. Interiormente, estábamos asustados de nuestra hazaña. Todavía no habíamos abierto la primera botella, cuando se presentó allí Guillermo, un vigilante del Instituto, a quien llamábamos "Cabrita", pues su voz parecía un balido. Instintivamente, hicimos ademán de levantarnos, y quién más quién menos, todos nos sentimos dominados por un leve terror. Pero no pasó nada.

-¿Qué, ya estáis aquí?- nos dijo Guillermo, con un leve tinte de nostalgia y estrechándonos a todos la mano, como si con ello nos hiciese un favor.

El más viejo de todos, K., que llevaba un anillo en el dedo meñique, le invitó cínicamente a un vaso de cerveza. Esto era ya demasiado. Guillermo rechazó la invitación con mucha dignidad, se despidió a toda prisa y siguió su camino, a ver si atrapaba a algún chico que se hubiese aventurado a cruzar el cercado de la cervecería. Entretanto, nosotros nos entregamos a la cerveza, con el sentimiento de nuestra propia dignidad realzado por aquel incidente.

Los siete años que, incluyendo el de la escuela preparatoria, hube de pasar en el Instituto, no dejaron de tener sus encantos, pero fueron más las torturas. En general, el recuerdo de los tiempos de escuela se me representa teñido de color gris, por no decir negro. Por encima de todos los episodios escolares, los alegres como los trises, alzábase aquel régimen lamentable de formalismo burocrático y de ausencia de espíritu. Creo que no hay un solo profesor del que pueda acordarme con verdadero afecto. Y eso que aquel Instituto no era de los peores. Sin embargo, en sus aulas me equipé con los conocimientos elementales y aprendí a estudiar de un modo sistemático y a guardar una cierta disciplina de conducta, condiciones todas para las que había de encontrar empleo más tarde. Además, los años de Instituto, aunque no fuese esa su verdadera misión, pusieron en mí los primeros gérmenes de hostilidad hacia el orden existente. Y estos gérmenes puedo asegurar que no cayeron en terreno baldío.

LA CIUDAD Y LA ALDEA

Pasé en la aldea, sin interrupción, los nueve primeros años de mi vida. En los siete años que siguieron iba a pasar allí los veranos, y a veces las vacaciones de Pascua y de Navidad. Hasta los dieciocho años, aproximadamente, me sentí íntimamente unido a Lanovka y a su ambiente y alrededores. En los primeros años de mi infancia, la aldea ejerció un influjo omnipotente sobre mi vida. En los siguientes hubo de luchar con la ciudad por la primacía, hasta que al cabo se alzó ésta con la victoria.

La aldea me familiarizó con la agricultura, con el molino, con la gavilladora americana; hizo desfilar ante mis ojos a los campesinos, los del lugar y sus alrededores, los que traían al molino su molienda y los que acudían de las lejanas tierras ucranianas a buscar trabajo en la finca, con la guadaña y el hatillo al hombro. Mucho de lo que me enseñó la aldea cayó más tarde en el olvido o fué esfumándose en la memoria, pero a cada nuevo vaivén de mi vida, sale a la superficie, viene en su auxilio un trozo de aquel pasado. A la aldea debo el haber conocido en la realidad los tipos de la antigua nobleza decadente y de la riqueza capitalista en ciernes. Aquellos años me presentaron también, en su natural rudeza, no pocos aspectos de las relaciones humanas, preparándome así, por contraste, para sentir con mayor fuerza el tipo de cultura, más elevado aunque más contradictorio, de las ciudades.

El antagonismo entre la ciudad y el campo se alzó ya ante mi conciencia en las primeras vacaciones. Una gran impaciencia me dominaba, cuando me puse en viaje. El corazón me saltaba de gozo. Sentía ansia de volver a ver la aldea, de que volviesen a verme todos. En Novi Bug me encontré con mi padre, que salía a recibirme. Le enseñé mis unificas notas y le expliqué que era ya estudiante de Instituto y necesitaba un uniforme de gala. Un carro entoldado nos llevaba a través de la noche; no lo conducía el cochero, sino un hombre joven, administrador de la finca. En la estepa soplaban un frío húmedo; me envolvieron en un amplio abrigo de paño. El viaje, el cambio de ambiente, los recuerdos y las impresiones teníanme como embriagado. Sin guardar un punto de silencio, hablando incesantemente, fui contándole a mi padre los recuerdos de la escuela, de la casa de baños, de mi amigo Kostia R., del teatro; al llegar a este unto le relaté el argumento del Nazar Sfodolia y el inquilino de la trompeta. Mi padre me escuchaba, a ratos quedabase dormido y se despertaba sobresaltado; luego, se dibujaba en su cara una sonrisa de satisfacción. El hombre que conducía meneaba de vez en cuando la cabeza y se volvía al amo, como diciendo: ¡Vaya cosas magníficas que nos cuenta! Hacia el amanecer me quedé dormido y fui a despertar en Lanovka. Encontré la casa lamentablemente pequeña, el pan de centeno negro, y la vida toda de la aldea, familiar y extraña a la vez. A mi madre y a mis hermanos les conté también lo del teatro, pero ya no puse en el relato el entusiasmo de la primera vez. En el taller, Vítia y David me parecieron enormemente cambiados, casi no los conocí; habían crecido y se habían hecho hombres. También yo lea parecía otro. Como me tratasen de usted, quise protestar.

-¿Cómo quiere usted que le tratemos me contestó David, moreno, flaco y retraído-

si ahora es usted una persona de estudios?

Iván Vasilievich se había casado durante mi ausencia. La cocina de la servidumbre, que estaba al lado del taller, había sido reformada para vivienda suya, y la cocina estaba ahora en una especie de choza nueva detrás de aquél.

Pero estos cambios eran lo de menos. Entre mí y los recuerdos asociados con mi niñez alzábase ahora un no sé qué nuevo que era como un muro. Todo me parecía lo mismo y cambiado. Los objetos y las personas. Y algo había cambiado, indudablemente, durante este año que yo había estado fuera. Pero más que la realidad había cambiado el prisma a través del cual la veía. A partir de aquel día en que llegué a la aldea empecé a sentirme como distanciadodemi familia; esta crisis, que empezó por nada, con el rompo acabó siendo seria y profunda.

El influjo cambiante de la ciudad y la aldea empañó tda una primera época de mis estudios. En la ciudad, sentíame mucho mas encajado en mis relaciones y, excepción hecha de algunos conflictos aislados, aunque turbulentos, como el del "Francés" o el del profesor de literatura, dejábame ir insensiblemente a la zaga de la disciplina familiar y escolar. Ello no se debía solamente al régimen de la familia con quien vivía, en cuya casa reinaban normas inteligentes y un nivel relativamente alto en punto a las relaciones personales, sino a la autoridad que sobre mí ejercían los hábitos de la vida urbana. En la ciudad, aunque las contradicciones no eran menores que en el campo, sino al contrario, aparecían, sin embargo, encubiertas, reglamentadas, sujetas a un orden. Los representantes de las diferentes clases sociales sólo entraban en contacto para algún asunto, desapareciendo luego a los ojos de los otros. En la aldea, todo se desarrollaba ante la mirada de los demás. Los lazos de dependencia que ataban a unos hombres con otros, aparecían en descubierto, como los muelles de un sofá despanzurrado. En la aldea, yo me mostraba mucho más insumiso y camorrista. Hasta con Fany Solomonovna, cuando venía a visitarnos, tenía que discutir y mostrarme grosero, si por acaso se le ocurría, discretamente, tomar partido por mi madre o mis hermanas; en cambio, en la ciudad nunca me animaron hacia ella más que sentimientos de bondad y de ternura. Muchas veces, surgían conflictos por nada, aunque e más frecuentes los que tenían un fundamento serio.

Heme aquí vestido con un traje de lienzo recién lavado, el talle ceñido por un cinturón de cuero con hebilla de metal, y la gorra blanca adornada con una escarapela amarilla que refulge al sol. ¡Una maravilla! Ansioso de que todo el mundo me viese -era en los días más calurosos de la cosecha- salí con mi padre a los campos. Al frente de la cuadrilla de once segadores y doce agavilladoras, coronaba la cumbre el más viejo de todos. Arkhipo, un hombre de ceño sombrío, aunque blando de carácter. Ya cortan las mieses y el aire de fuego doce guadañas. Arkhipo lleva las piernas metidas en calzoncillos sujetos por un botón de hueso. Las jornaleras traen sayas rotas, y algunas sólo visten una camisa sucia. A lo lejos, se oyen silbar las guadañas, como si ella en cantase la canícula.

-¡Trae acá -dice mi padre-, voy a ver cómo está el trigo!.Y cogiendo la guadaña que le alarga el segador, va a ocupar su puesto.

Me quedo mirándole sin quitarle ojo. Mueve los brazo: sin hacer el menor esfuerzo, como si no trabajase, como si se dispusiese a trabajar tan sólo, suavemente, y a cada vez da un pasito corto, como si tentase el suelo, buscando un sitio para pisar. Se ve que siega con gran facilidad, sin ostentación alguna, y aunque no tenga la seguridad de movimientos del segador, su corte es ceñido e igual; el campo queda rapado y la mies va formando un montón bien perfilado a su izquierda. Arkhipo le mira de reojo y se le nota que el trabajo de mi padre no le desagrade. Los demás le contemplan a su modo, unos con simpatía y admiración, otros fríamente, como si pensasen: hacen bien en segar, pues para eso es su trigo; además, no lo hace más que por lucirse. Es posible que entonces no tradujese en palabras tan precisas aquellos gestos, pero me daba cuenta perfectamente de la complicada mecánica de relaciones que allí alentaba. Cuando mi padre se hubo alejado a inspeccionar otra parte del campo, intenté yo coger la guadaña.

-Cuidado, la mies se coge con el filo, con el filo, y a la punta se le deja campo libre, sin apretar.

Pero la emoción no me deja encontrar el filo, y al tercer golpe hincó la punta en tierra.

-¡A ese paso -me dice el segador viejo-, pronto va usted a acabar con la guadaña; aprenda de su padre!

Veó la burla que baila en la mirada irónica de las jornaleras morenas y cubiertas de polvo, y me apresuro a retirarme, con mi escarapela en la gorra, chorreando sudor.

-¡Vé con tu mamá, a comer pasteles!- me grita allá a lo lejos una voz de burla. Es la voz de Mutusok, un segador negro como el betún, que lleva ya tres veranos trabajando en nuestra finca. Viene de la colonia y es un hombre expeditivo y de lengua suelta; hace un verano, en presencia mía, y para que yo lo oyese, dijo unas cuantas cosas mordaces, pero muy exactas, acerca de los señores. Mutusok me simpatiza, por su atrevimiento y su destreza, pero ni mismo tiempo despierta en mí, con sus burlas, que no recata, un cierto odio. Quisiera decir algo que ganase su simpatía, o si no, llamarle al orden y humillante pero no se me ocurre nada.

Al volver del campo, veo delante de nuestra puerta a una mujer descalza. Está sentada junto a la piedra, apoyada contra la pared, pues en la piedra no se atreve a sentarse; es la madre de Ignacio, un pastorcillo medio idiota. Ha venido andando siete verstsas, a buscar el rublo que le dan de jornal, pero no hay en casa nadie para pagarle, y se estará aguardando hasta el anochecer. Se me encoge el corazón viendo aquella figura, encarnación viva del servilismo y la miseria.

Al año siguiente, las cosas no cambiaron, ni mucho menos. Volviendo un día de jugar al croquet, me encontré en la corraliza con mi padre, que regresaba del campo, cansado, de mal humor, cubierto de polvo, acosado por un aldeanillo descalzo y sucio, con los pies negros.

-¡Por Dios, déjeme usted la vaca!- suplicábale, jurando que no volvería a dejarla entrar en los trigos.

-No es tanto lo que come -le contestó mi padre- como lo que estropea.

El aldeano repetía una y otra vez las mismas palabras, y en sus súplicas palpitaba el odio. Esta escena me produjo una gran impresión y conmovió hasta la última fibra de mi cuerpo. El contento con que volvía del juego entre los perales, después de derrotar a mis hermanas, desapareció, arrastrado por una aguda crisis de desesperación. Me deslicé por delante de mi padre, corrí a mi cuarto, hundí la cabeza entre las almohadas y rompí a llorar amargamente..., sin acordarme de que era ya un alumno del Instituto. Mi padre traspasó el umbral, y entró al comedor, seguido siempre por el hombrecillo. Oí voces. A poco, el aldeano se retiró. Volvió mi madre del molino, la oí hablar y oí el ruido de platos; estaban poniendo la mesa; mi madre me llamó a comer... ; no contesté; seguía llorando. Poco a poco, las lágrimas iban serenándome. Se abrió la puerta del cuarto y vi a mi madre que se inclinaba sobre mí.

-¿Qué tienes, Liuvoska?

No contesté. Mis padres se pusieron a cuchichear.

-¿Lloras porque te da pena del aldeano? Ya le hemos entregado la vaca sin ponerle ninguna pena.

-No, no lloro por eso sonó mi voz entre las almohadas, avergonzado y torturado por la causa de mi llanto.

-No le hemos puesto ninguna pena- repitió mi madre.

Fué mi padre quien se dió cuenta de las verdaderas razones y se las explicó. Al verme pasar, con sólo una mirada rápida, pudo darse cuenta de muchas cosas.

Un día, estando fuera mi padre, se presentó el "uriadnik", un sujeto vulgar, codicioso y cínico, y pidió los pases de los jornaleros. A dos de ellos les había expirado ya el plazo. Mando que los trajesen inmediatamente y los apresó, para enviarlos, de etapa en etapa, a su distrito. Uno de ellos era un viejo, con el cuello moreno lleno de grandes arrugas; el otro, un joven, sobrino del primero. Al llegar a! zaguán, hincaron las huesudas rodillas en tierra, primero el viejo y luego el joven, y tocando casi el suelo con la cabeza, suplicaron:

-¡Déjenos usted, por Dios, tenga usted compasión!

El uriadnik, fornido y sudoroso, se entretenía en jugar con el sable, mientras bebía el vaso de leche fría que le habían subido de la bodega:

-Y o no gasto compasión más que en los días de fiesta, y hoy no me toca.

Yo, que estaba como sobre ascuas, me aventuré a pronunciar, con voz insegura, unas cuantas palabras de protesta.

-Con usted, joven, no va esto- me dijo el gendarme, con tono claro y severo, y mi hermana mayor me hizo con el dedo señas ele que me callase. El uriadnik se llevó a los obreros conducidos.

Durante las vacaciones, me encargaban de llevar los libros, es decir, de asentar, turnándome con mi hermano y mi hermana mayores, los jornaleros que trabajaban en la finca, sus salarios y los pagos hechos en producidos y en dinero. Muchas veces, ayudaba a mi padre a hacer la paga, y la presencia de los obreros daba frecuente ocasión a pequeños choques e incidentes velados entre nosotros. No es que se les hiciese objeto de ningún engaño, pero las condiciones fijadas eran mantenidas con gran

rigor. Eos jornaleros, particularmente los viejos, no tardaron en observar que el chico tendía a favorecerles, y eslo irritaba a mi padre.

Cuando la desavenencia era muy aguda, cogía un libro y me marchaba, y muchas veces no me presentaba a comer. En una de estas crisis me cogió una vez, en medio del campo, una tormenta; no cesaba de tronar y llovía a caudales, como suele hacerlo en la estepa; los rayos que caían por todas partes, parecían apuntar todos para mí. Yo me criaba impertérrito, calado hasta los huesos, con los zapatos encharcados y la gorra chorreando. Cuando volví a casa, todo el mundo se me quedó mirando en silencio y de reojo. Mi hermana me dió ropa para que me mudase, y de comer.

Al terminar las vacaciones, solía llevarme mi padre a Odesa. En el cambio de tren no tomábamos mozo; cargábamos nosotros con el equipaje. Mi padre cogía los bultos de más peso, y, por las espaldas y los brazos agarrotados, se veía el trabajo que le costaba. Me daba pena de él y procuraba cargar con todo lo que podía. Únicamente avisábamos a un mozo cuando llevábamos una caja grande con regalos para los parientes de Odesa. Mi padre le retribuía roñosamente, y el mozo se iba descontento, meneando la cabeza y gruñendo. A mí, eso me dolía mucho. Y si iba yo solo, y tenía que valerme de los servicios del mozo de equipajes, no tardaba en quedar vacía la escarcela; siempre estaba temeroso de dar poco, y le miraba al mozo a los dos, preocupado. Era la reacción contra los hábitos ahorreros que imperaban en casa de mis padres, y jamás llegué dominar estos excesos.

En el aspecto religioso y patriótico, no existía contradicción entre la ciudad y la aldea, sino por el contrario, aa y oira se completaban, cada cual a su modo. Mis padres no tenían nada de religiosos. Al principio, procuraban guardar las apariencias; acudían a la sinagoga de la colonia en las grandes tiestas, y el sábado mi madre dejaba la costura, a lo menos en público. Pero estas prácticas rituales fueron desapareciendo al cabo del tiempo, conforme aumentaba la familia y su bienestar. Mi padre había dejado de creer en Dios ya en sus años mozos, y cuando era viejo, solía hablar de ello sin recatarse delante de la mujer y de los hijos. Mi madre prefería eludir el tema y levantaba los ojos al cielo siempre que la ocasión se presentaba.

Sin embargo, cuando yo tenía siete u ocho años, la fe en Dios era, oficialmente, cosa descontada. Recuerdo que un día, una visita que teníamos, a la que me presentaron mis padres, como de costumbre, obligándome a enseñarle los dibujos y los versos, me preguntó:

-Vamos a ver, ¿qué es Dios?

-Dios -le contesté sin vacilar- es una especie de un hombre.

La visita meneó la cabeza con gesto de reproche:

-No, Dios no es un hombre.

-¿Pues, qué es, entonces?- torné yo a preguntar, pues no siendo hombres, no conocía mas que animales y plantas La visita y mis padres se miraron con esa sonrisa de perplejidad que tienen cuando los niños intentan hurgar en los sentimientos comunes.

-Dios es un espíritu- me dijo el otro.

Ahora era yo el que les miraba con una sonrisa de asombro queriendo leer en

sus caras si se. mofaban de mí; pero no, no era mofa. No había más remedio que resignarse Y así, me fui haciendo a la idea ele que Dios era un espíritu Y como cumople a un pequeño salvaje identificábalo con mi propio "espíritu" al que llamaba alma y sabía ya que el espíritu, o sea la respiración, acababa con la muerte. Entonces no sabía que esta creencia se llamaba la teoría de animismo.

Durante las primeras vacaciones que pasé en la aldea, tuve una conversación acerca de Dios, con el estudiante S.. que estaba de visita en Lanovka, al que encontré tendida en el sofá, yendo yo a tumbarme en él a dormir. Por entonces, ya no creía más que a medias en la existencia de Dios; no me había parado especialmente a pensar en ello, y quería llegar a una conclusión, firme.

-Y dime. ¿qué se hace del alma después de la muerte?- le pregunté doblando ya la cabeza sobre la almohada.

-Y durante el sueño, ¿qué crees que se hace de ella? -me respondió el interpelado.

-¡Hombre!...- le repliqué, ya medio dormido.

-Y el alma de! cabedlo, ¿a dónde irá a parar cuando estira la pata?- añadió el estudiante.

Esta objeción me satisfizo plenamente, y me quedé dormido sin mayores inquietudes.

En casa de Spenser nadie sentía la menor preocupación religiosa, exceptuada la tía vieja, que no contaba. Sin embargo, mi padre se empeñó en que conociese la Biblia en su texto original; era un prurito de su orgullo paterno, y hube de tomar lecciones de hebreo bíblico en Odesa, con un viejo erudito. La enseñanza, que no duró más que unos cuantos meses, no me fortificó gran cosa en la fe de los mayores. Un día en que descubrí en las palabras del profesor una cierta ambigüedad respecto al texto que nos tocaba, formulé, con cautela y diplomacia, esta pregunta:

-Si admitiéramos, como piensan muchos, que no existe Dios, ¿cómo creeríamos que se había hecho el mundo?

-¡Hum!- gruñó el profesor. -¡Pregúnteselo usted a él!

Tal fué lo que me contestó. Me bastaron aquellas palabras taimadas para comprender que mi profesor de religión no creía tampoco en Dios, y ya me quedé decididamente tranquilo.

Los alumnos del Instituto tenían diferentes nacionalidades y religiones. La enseñanza religiosa variaba según la confesión de cada cual; a los ortodoxos les daba clase un pope, a los protestantes, un pastor, a los católicos, un cura, y a los judíos, un rabino. El pope, que era sobrino del obispo y, según se decía, el favorito de las damas, tenía una hermosa cara de cristo rubio, pero muy de salón, con gafas de oro, cabellera dorada muy abundante y una untuosidad insoportable en los gestos. Al llegar la clase de religión, los alumnos se separaban y los que tenían otra confesión se salían del aula, pasando por delante de las narices del pope. Este ponía siempre una cara muy curiosa y se quedaba contemplando a los disidentes, con una expresión de desprecio, suavizado por la tolerancia del verdadero cristiano.

-¿Adonde vais?- preguntó a uno de los que se retiraron.

-Somos católicos- contestó el chico.

-¡Ah, sí, católicos -repitió el otro, meneando la cabeza-; sí.. sí.. sí..! ¿Y ustedes?

-Somos judíos.

-¡Judíos, judíos, ya... ya... ya...

De adoctrinar a los católicos se encargaba el cura, que se presentaba siempre en la puerta de la clase sin que nos diésemos cuenta, como una sombra negra, y se retiraba imperceptiblemente, como había venido, hasta el punto de que en tantos años no pude nunca observar detenidamente su rostro afeitado. Un señor bondadoso llamado Ziegelmann enseñaba a los alumnos judíos la Biblia y la historia del pueblo de Judá. Estas lecciones no las tomaba nadie en serio..

Las diferencias de raza no pesaban gran cosa sobre mi conciencia, pues en la vida diaria eran casi insensibles. Con arreglo a las leyes restrictivas dictadas en 1881, mi padre no podía comprar nuevas tierras, como hubiera deseado, y tenía que llevarlas arrendadas por debajo de cuerda, pero a mí esto no me importaba gran cosa. Como hijo de un terrateniente acomodado, pertenecía más bien al grupo de los privilegiados que al de los oprimidos. En mi familia y en la finca se hablaba el ruso ucraniano. Y aunque en las escuelas sólo admitían a los chicos judíos hasta una cierta tasa, por cuya causa hube de perder un año, como era siempre el primero de la clase, para mí no regía aquella limitación. En el Instituto, no existía, al menos abiertamente, fanatismo nacionalista de ningún género. Y era difícil que existiera, aunque no fuese más que por la gran variedad de nacionalidades, entre profesores y alumnos. Había, sin embargo, un chovinismo recatado, que se manifestaba de tarde en tarde. Un día, Liubimof le preguntó a un alumno polaco, recalcando mucho las palabras, acerca de las persecución de los polacos contra los ortodoxos, en la Rusia blanca en Lituania. Miskevich, que era el interpelado, un muchacho moreno y delgado, palideció, apretó los dientes y no pudo contestar palabra.

-Vamos, diga usted -le animaba Liubimof, con visible fruición-, ¿por qué se está callado?

Uno de los chicos no pudo contenerse, y gritó desde su asiento:

—Es que Miskevich es polaco y católico.

-¡A... a... h!- exclamó el profesor, fingiendo asombro.-Aquí no existen diferencias.

A mí me molestaban tanto las groserías encubiertas de! profesor de Historia contra los polacos, como la irritación de Burnand, "el Francés" contra los alemanes y el desprecio del pope por los judíos. Es muy probable que estas desigualdades raciales contribuyesen a estimular mi descontento con el régimen existente; pero esta causa se esfumaba en contacto con otras manifestaciones de la injusticia social, y no ejerció sobre mí influencia alguna decisiva ni independiente.

El sentimiento de primacía del todo sobre las partes, el la ley sobre el hecho y de la teoría sobre la experiencia personal, empezó a desarrollarse en mí desde muy temprano y no ha hecho más que afirmarse con el transcurso del tiempo. Este sentimiento, que había de ser la base de mis ideas, lo debo muy principalmente a la ciudad. El oír a un chico estudiante de física o de ciencias naturales, hacer consideración es supersticiosas

acerca del mal agüero del lunes o a propósito del pope, con quien nos cruzábamos, me producía profunda indignación y parecíame que aquello era traicionar a la inteligencia. Para curarlos de sus supersticiones, estaba dispuesto a hacer todas las cosas imaginables.

Una vez, como en Lanovka estuviesen torturándose para medir las dimensiones de un campo en forma de trapecio, apliqué el método de Euclides, y a los dos minutos había sacado las medidas. Pero los resultados de mi cálculo no coincidían con los de "la práctica", y no me creyeron. Fui a buscar un libro de Geometría, juré sobre él en nombre de la ciencia, me indigné y dije qué sé yo cuántas insolencias; me desesperaba viendo la imposibilidad de convencer a aquellos hombres.

Tuve una violenta disputa con Iván Vasilievich, nuestro mecánico, que no renunciaba a la esperanza de construir un "perpetuum mobile". Para él, la ley de conservación de la energía era una invención que no tenía nada que ver con la realidad. "Los libros son una cosa y la práctica otra solía decir. No alcanzaba a explicarme, ni me resignaba a ello, que en nombre de la rutina o del capricho se rechazasen tan ligeramente las verdades incommovibles.

El sentimiento de superioridad del todo sobre el detalle, había de ser, corriendo el tiempo, uno de los elementos más constantes de mi actividad de escritor y de mi credo político. Nada me era más odioso que el estúpido empirismo y la adoración del hecho, muchas veces puramente imaginario o mal comprendido. Mi preocupación era buscar las leyes de los hechos. Esto llevábame muchas veces, naturalmente, a generalizaciones prematuras y equivocadas, sobre todo en aquellos años, en que me faltaban todavía la cultura y la experiencia necesarias. Pero no había absolutamente ningún campo en que supiera moverme con soltura si no era guiado por el hilo de una visión total. El radicalismo revolucionario y social, que había de ser el nervio de mi vida entera, nació precisamente de esta enemiga intelectual por el empirismo que vive de migajas, por todo lo espiritualmente informe y teóricamente disperso.

Intentaré revertir la mirada a mis primeros años. De muchacho, era, indudablemente, orgulloso, irascible, y de seguro que también intransigente. Al ingresar en el Instituto, no me animaba probablemente ningún sentimiento de superioridad sobre los demás chicos de mi tiempo. En la aula, donde me presentaban siempre a las visitas para que luciese mis talentos, no había posibilidades de comparación, pues los jóvenes de la ciudad que se presentaban en Lanovka de vez en cuando, tenían siempre la superioridad inasequible de los bachilleres, a la que se unía la de sus años, de modo que tenía que mirarlos siempre de abajo arriba. El Instituto era un campo de rivalidades incruentas. A partir del momento en que, dejando muy atrás al segundo, pasó a ser el primero de la clase, el chico de Lanovka comprendió que valía más que los otros. Los compañeros que le rodeaban rendíanse a su superioridad. Esto no pudo menos de influir en mi carácter. Los profesores me alababan; algunos, como Krisjanovsky, ponían de relieve mis méritos delante de la clase. En general, los maestros me trataban bien, aunque con sequedad. Los compañeros se dividían en amigos incondicionales y enemigos ardorosos.

No se crea que el muchacho no ejercía sobre sí mía crítica atenta. No cesaba de

analizarse. Sus conocimientos y las cualidades de su carácter no le satisfacían, ni mucho menos, y el descontento crecía conforme aumentaba en años. Se acechaba despiadadamente para ver de sorprenderse en descubierto ante alguna mentira, y si por acaso oía mencionar como del dominio corriente un libro que no hubiese leído, no se lo perdonaba. Era, naturalmente, una consecuencia de su orgullo. La idea de que había que ser mejor, más elevado de sentimientos y más cuño, no dejaba de laborar en él. Andaba constantemente preocupado con el problema del destino del hombre en general, y del suyo en particular. Recuerdo que una noche me preguntó Moisés Filipovich, de pasada:

-¿Qué, amiguito, también tú meditas acerca de la vida?

Mi pariente acudía con frecuencia a estas frases, dichas en broma, en un tono irónico y teatral. Pero aquella vez había dado en el blanco. Sí, estaba cavilando precisamente acerca de la vida, aunque no hubiera sabido llamar por su nombre a aquella mi preocupación de muchacho respecto al porvenir. Diríase que Moisés había estado escuchando lo que pasaba _en mi interior.

-¿He acertado?- dijo, ya en otro tono, y, dándome una palmadita en el hombro, desapareció en la puerta de su cuarto.

¿Había algunas ideas políticas en la familia con quien viví en Odesa? En aquella casa imperaba un liberalismo moderado, alimentado de humanismo; Moisés Filipovich tenía, además, vagas simpatías socialistas, a la manera tolstoiana. Casi nunca hablaban de política, sobre todo estando yo delante; es posible que les contuviera el miedo de que fuese a contar algo a mis amigos, pues en aquellos tiempos era peligroso irse de la lengua. Cuando en las conversaciones de las personas mayores salía a relucir, por raro acaso, un suceso revolucionario, como cuando, por ejemplo, decían: "fué en el año en que asesinaron al Zar Alejandro II", parecía como un eco de un pasado muy remoto, algo así como si dijese: en el año del descubrimiento de América. La política era completamente ajena al ambiente en que yo vivía, y pasé sin ideas políticas ni la necesidad de tenerlas, todo el tiempo que cursé en el Instituto. Pero, inconscientemente, todo en mí tendía a la rebelión. Sentía una aversión profunda contra el orden existente, contra la arbitrariedad y la injusticia. ¿De dónde provenía? Del orden de cosas imperante en la época de Alejandro III, del régimen policíaco, de la explotación de los obreros del campo, de la venalidad de los empleados públicos, de la estrechez de las ideas nacionalistas, de las injusticias de los profesores y de la calle, del contacto íntimo y familiar con las gentes del campo, los criados y los jornaleros, de las conversaciones oídas en el taller, del ambiente humano que respiraba en casa de mis parientes de Odesa, de las poesías de Nekrasof y de otros libros, de la atmósfera social toda. Hube de darme cuenta de este espíritu de rebeldía al contacto con dos compañeros del Instituto, Rodsevich y Kologrivof.

Vladimiro Rodsevich, hijo de un Coronel, fué durante mucho tiempo el segundo de la clase. Pidió permiso a sus padres para invitarme a su casa un domingo. Me recibieron bien, pero con sequedad. El Coronel y su mujer cambiaron conmigo unas pocas palabras, en tono inquisitivo. En las tres o cuatro horas que pasé allí, experimenté por dos veces

una sensación de extrañeza y desasosiego, rayana en la hostilidad: fué al tocar los temas de la autoridad y la religión. En aquella familia reinaba un tono de devoción conservadora, que me oprimía el pecho. Los padres de Vladimirá no le dieron permiso para visitarme, y allí terminaron nuestras relaciones. Un Rodsevich que ganó gran popularidad en Odesa, en la secta de los "Cien negros", a raíz de la primera revolución, sería seguramente de este linaje.

El segundo choque fué todavía más fuerte. Kologrivof había ingresado en el segundo curso a mitad de año, y era como un elemento extraño entre nosotros; era un chico alto, tosco y enormemente aplicado. Se aprendía de memoria cuanto podía. El primer mes se había ya hecho un verdadero lío en la cabeza. Si el profesor de Geografía le sacaba al mapa, Kologrivof empezaba a recitar de carretilla, sin esperar a que le preguntasen: "Los mandamientos de la ley de Dios, que Nuestro señor Jesucristo dió al mundo. "Después de la clase de Geografía, venía, por lo visto la de Religión. Pues bien, hablando un día con este tal Kologrivof, el cual se mostraba muy respetuoso conmigo, pues no en vano era el mejor alumno de la clase, se me ocurrió hacer, incidentalmente, no sé qué observación crítica acerca del director.

-¡No sé cómo puedes hablar así del señor director- me dijo el otro, con una extrañeza que no era fingida.

-¿Por Qué no?- repliqué a mi vez, con asombro menos fingido todavía.

-Porque es un superior. Y si un superior le manda a uno andar de cabeza, hay que hacerlo sin replicar.

Tales fueron sus palabras. Ni más ni menos. Me quedé estupefacto ante la fórmula, que era perfecta. Entonces no podía darme cuenta de que el muchacho no hacía más que repetir lo que estaría oyendo todos los días en su familia de siervos. Yo no tenía todavía ideas propias, pero una voz muy clara me decía que había ideas que no estaban hechas para mí, como no estaban hechos para mi estómago los alimentos agusanados.

Al lado de esta vaga hostilidad hacia el régimen político imperante en Rusia, alzábame en mí, insensiblemente, una tendencia a idealizar el extranjero, la Europa occidental y Norteamérica. A fuerza de observaciones y comentarios,, completados por la fantasía, fué formándose en mí la imagen de una cultura augusta, universal y armónica. Más tarde,, vino a unirse a ella la de una democracia ideal. El neo-racionalismo enseñaba que la comprensión clara de una cosa era ya el principio de su realización. Así, tenía que parecerme por fuerza inverosímil que en Europa remase todavía la superstición, que la iglesia gozase allí de un influencia extraordinaria y que en los Estados Unidos se persiguiese a los negros. Este idealismo, herencia del ambiente liberal y pequeño-burgués en que me había formado, se mantuvo a herido por mucho tiempo a mis convicciones, aun en una arca en que ya empezaba a afirmarse en mí la mentalidad revolucionaria. Seguramente que en aquellos tiempos me hubiera quedado perplejo si alguien me hubiese dicho, se hubiera atrevido a decirme, que una República alemana coronada por un Gobierno de socialdemócratas. puede albergar a toda casta de monárquicos, pero se niega a conceder a un revolucionario el derecho de asilo. Afortunadamente. la vida me ha enseñado a no asombrarme de muchas cosas. La vida, que es una gran escuela

de dialéctica se ha encargado de matar en mí aquel racionalismo de la juventud. Hoy ya no es capaz de maravillarme ni un Hermann Muller.

EL AÑO CRITICO

Desde mediados del sin precedente, el proceso político de Rusia se cuenta por decenios. El del sesenta -que sigue a la guerra de Crimea- fué una especie de período enciclopedista, algo así como nuestro breve siglo XVII. En el decenio siguiente, la intelectualidad intentó sacar las consecuencias de aquellas ideas y llevarlas a la práctica; esta década comenzó con una cruzada de compenetración don el pueblo y de propaganda revolucionaria y acabó con el terrorismo. Es el período que ha quedado en la historia bajo el signo de la "Narodnaia Wolia"³ A Lo mejor de esta generación se gastó bajo el fuego de la dinamita. El enemigo mantuvo todas sus posiciones. Vino la década de la depresión, del desengaño y del pesimismo, de la búsqueda moral y religiosa: el decenio del ochenta. Sin embargo, a la sombra de la reacción, las fuerzas del capitalismo fueron organizándose en silencio. Con el decenio siguiente, del año noventa en adelante aparecieron las huelgas obreras y las ideas marxistas. La nueva oleada culminó en la primera década del siglo siguiente, con el año 1905

Por ios años de 1880 y siguientes, Rusia vivió bajo la signatura de Pobedonozef, el Procurador Supremo del Santo Sínodo, en quien encuentran clásica expresión las doctrinas del absolutismo y del estancamiento general. Los liberales le consideraban como un perfecto burócrata, ajeno a la vida, pero la verdad era muy otra. Pobedonozef tenía de lo antagonismos que vivían ocultos en el seno del pueblo, una visión más seria y más objetiva que los liberales. Sabía que si se aflojaban los tornillos, la conmoción de abajo echaría por tierra a los de arriba, reduciendo a cenizas todo aquello que él, y con él los propios liberales, acataban como las más firmes columnas de la cultura y la moral. A su modo, Pobedonozef veía mucho más allá que las cabezas del partido progresivo. No era culpa suya que el proceso histórico del país fuese más fuerte que aquel sistema bizantino en cuya defensa se empeñaba con tanta energía el mentor de Alejandro III y Nicolás II.

En aquellos años sordos, cuando los liberales lo daban todo por muerto, Pobedonozef percibía por debajo de la superficie los estertores y los golpes reprimidos. No se sintió tranquilo ni aun en los años más tranquilos del reinado de Alejandro III. "Ha sido y es duro -por amarga que se haga la confesión-, y lo seguirá siendo", escribía a sus íntimos. "No se me quita el peso de encima del alma, viendo y sintiendo por momentos el giro que van tomando las cosas y los hombres... Comparando los tiempos presentes con ios del remoto pasado, tiene uno la sensación de vivir en otro mundo, en el que todo se torna por regresión al caos primitivo... y en medio de esta fermentación se siente uno impotente." Pobedonozef alcanzó todavía el año 1905, en que aquellos latidos subterráneos que tanto le preocupaban salieron a la superficie, y en que empezaron a vacilar los cimientos y a cuartearse los recios muros del viejo edificio. El año de 1891, año de mala cosecha y de hambre, ha quedado oficialmente en la historia como el año en que se inicia el viraje político. No es Rusia el único país que empieza a girar, a fines de 3-"*Voluntad del pueblo: es el nombre de un periódico y de una tendencia política de aquella época.*

siglo, en torno a la cuestión obrera. En 1891, el partido socialdemócrata alemán aprueba el programa de Erfurt. El Papa León XIII da una encíclica consagrada a la situación de los trabajadores. El Kaiser Guillermo II déjase llevar también de ideas sociales, unas ideas en que se mezcla la necia incultura con el romanticismo burocrático. La aproximación del Zar a Francia asegura la afluencia de capitales al mercado ruso. Witte es nombrado ministro de Hacienda, y este nombramiento abre la era del proteccionismo industrial. El rápido y turbulento desarrollo del capitalismo fomenta aquel "espíritu de la época" que tanto atormentaba, con sus presentimientos amenazadores, el ánimo de Pobedonozef.

Los círculos de la intelectualidad fueron los primeros en sentir el desplazamiento político hacia el terreno activo. Empiezan a aparecer, cada vez en mayor número y con actitud más resuelta, jóvenes escritores marxistas. A la par que esto ocurría, volvía a dar señales de vida el movimiento del "populismo" ("narodnitchestvo"), que estaba apagado. En 1893, aparece en las prensas públicas el primer libro marxista, que lleva al frente el nombre de Pedro Struve. Iba yo a cumplir por entonces catorce años, y todavía navegaba muy lejos de este continente.

En 1894 muere el Zar Alejandro III. Como ocurre siempre en tales casos, las esperanzas liberales van a buscar refugio en el heredero de la corona. Este las contestó con un puntapié. En el discurso pronunciado ante los representantes de los "zemstvos", el nuevo Zar calificó las esperanzas constitucionales de "ilusiones sin sentido". El discurso apareció publicado en todos los periódicos. De boca en boca, corrió el rumor de que en el texto leído por el Zar decía "ilusiones sin fundamento"; en su excitación, el emperador había empleado una expresión más fuerte que la primitiva. Tenía yo entonces quince años. Sin saber por qué, ni pararme a analizarlo, mis simpatías estaban de parte de las "ilusiones sin sentido" y no de parte del Zar. Creía, instintivamente en un proceso gradual que habría de traer a la Rusia reaccionaria el progreso de Europa. A esto se reducían en aquel entonces mis ideas políticas.

La ciudad de Odesa, ciudad activa y comercial, pintoresca, agitada, llena de gentes de las más distintas razas, estaba, políticamente, muy a la zaga de otros centros. En San Petersburgo, en Moscú, en Kief, existían ya por entonces numerosos grupos socialistas organizados en los establecimientos de enseñanza. En Odesa no se conocía ni uno solo. En 1895 muere Federico Engels. En muchas ciudades rusas, los estudiantes y las asociaciones estudiantiles reténense secretamente a deliberar acerca de la muerte del maestro del socialismo. Iba yo a cumplir diez y seis años. No conocía el nombre de Engels y me hubiera visto en un aprieto para decir algo concreto de Marx; es posible que no tuviese la menor noción acerca de él.

Mis sentimientos políticos, en el Instituto, eran confusos sentimientos de rebeldía, pero nada más. En mi tiempo, los problemas políticos quedaban fuera de aquellos muros. Nos contábamos en voz baja que en el gimnasio privado de Novak, un checoeslovaco, se habían formado no sé qué grupos que habían dado lugar a detenciones, por cuya razón el checo, que nos daba clase de gimnasia, había sido expulsado, sustituyéndosele por un militar. En el círculo de relaciones con que yo me rozaba a través de la familia con quien vivía, reinaba descontento hacia el régimen, pero se le tenía por incommovible.

los más audaces llegaban a soñar con una Constitución que se conquistaría a la vuelta de muchos años. Y de lanovka, no hablemos. Cuando volví a la aldea ya con mi título de bachiller y la cabeza llena de confusas ideas democráticas, mi padre se puso en guardia en seguida, y me dijo, malhumorado:

-Eso no lo verán ni los que vivan tres siglos después que nosotros.

Estaba firmemente convencido de la esterilidad de todas las aspiraciones de reforma y tenía miedo por la suerte de su hijo. Allá por el año 1921, cuando, estando yo en el Kremlin, vino mi padre junto a mí, después de escapar del peligro blanco y del peligro rojo, le pregunté, bromeando:

-Se acuerda usted de cuando me decía que el régimen zarista iba a durar tres siglos más?

Mi padre, ya viejo, sonrió taimadamente, y me contestó en ucraniano:

-Vaya, por una vez, puede que hayas acertado. . .

Al comenzar la última época del siglo, iban ya desapareciendo, entre la intelectualidad, poco a poco, las ideas tolstoianas. El marxismo comenzaba a triunfar sobre el movimiento populista. El duelo entre estas dos direcciones llenaba con sus ecos las columnas de los periódicos de todos los matices. Por todas partes sonaban los nombres de aquellos jóvenes seguros de sí que se llamaban materialistas. Yo me di cuenta por vez primera de que existía todo esto en el año 1896.

Los problemas de la moral privada, tan íntimamente unidos a la ideología pasiva de la década anterior, me salieron al paso en ese período en que la "perfección interior del hombre", es, más que una escuela, una necesidad orgánica del espíritu en gestación. Pero esta tendencia no tardó en llevarme de la mano al problema de una "visión del mundo", que me puso ante el dilema del 'narodnitchestvo' o el marxismo. El duelo entre estas dos tendencias se adueñó de mí con un retraso de pocos años, en comparación con el giro general que iba tomando el espíritu del país. En el momento en que yo me acercaba al Abe de la ciencia económica y me debatía con el problema de si Rusia habría de pasar forzosamente por la fase del capitalismo, los marxistas de la generación anterior a mí habían andado ya el camino que llevaba a los obreros y estaban convertidos en socialdemócratas

La primera gran encrucijada de mi vida me cogió muy poco preparado políticamente, aun para mis diez y siete años. Eran demasiados los problemas que se alzaban ante mí a un tiempo mismo, y en este trance hacía imposible guardar el orden y la lógica necesarios. Pasaba de un problema a otro sin sosegar. Mas lo que si puede asegurarse es que la vida había hecho ya arraigar en mi conciencia unas magníficas reservas de protesta social. ¿En qué consistían? En un sentimiento de solidaridad por los oprimidos y de indignación ante la injusticia. Acaso fuese este segundo sentimiento el que predominase. La desigualdad humana se destacaba, ya desde mi más temprana infancia, en sus formas más rudas y descarnadas, en medio de las impresiones que la vida cotidiana iba dejando en mí; la injusticia revelábase muchas veces con el carácter de un franco desafuero en que la dignidad humana aparecía escarnecida. Baste recordar la pena del látigo que al mujik se hacía sufrir. Estas impresiones fueron asimiladas

enérgicamente por mi conciencia antes de que vinieran las teorías, y acumularon en ella un depósito de materiales de gran fuerza explosiva. Quizá por esto precisamente vacilé algún tiempo ante aquellas, magnas consecuencias que se desprendían ineludiblemente de las observaciones de este primer período de mi vida.

Pero en el proceso de mi formación hay todavía otro aspecto. No es raro que en la sucesión de varias generaciones, los muertos perduren en los vivos. Tal ocurrió con aquella generación de revolucionarios rusos que hubieron de vivir su primera juventud en la atmósfera de opresión de los años ochenta y siguientes. Pese a las grandes perspectivas que abría la nueva enseñanza, los marxistas, en la realidad, se revelaban prisioneros del ambiente conservador de la época: eran incapaces de toda iniciativa audaz, desfallecían ante los obstáculos, proyectaban la revolución sobre un vago mañana y propendían a ver en el socialismo el fruto de una evolución secular.

En el seno de una familia como aquella con quien yo vivía, la voz de la crítica política hubiera resonado con más claridad unos años más temprano o más tarde. A mí me tocaron los años peores. En casa, rara vez se hablaba de política, y los grandes problemas eludíanse cuidadosamente. Otro tanto acontecía en el Instituto. Indudablemente, esta atmósfera de la época tuvo que influir en mí. Años después, cuando ya iba formándose en mí el revolucionario, comprendí que me poseía una desconfianza instintiva por la acción de masas, que adoptaba una actitud libresca, abstracta y por tanto, escéptica, ante la revolución. Y hube de luchar interiormente con aquel estado de espíritu mediante la reflexión, la lectura y, sobre todo, la experiencia. hasta sobreponerme a este entancamiento psicológico.

Pero no hay mal que por bien no venga. A la necesidad de combatir conscientemente la huella que en mí dejara el ambiente de la primera juventud, debo seguramente haber ahondado de un modo serio y concreto en los problemas fundamentales de la acción de masas. Sólo aquello que se conquista luchando tiene valor y consistencia. Pero en realidad, esto es ya materia de los capítulos siguientes.

El séptimo curso hube de estudiarlo en Nikolaief, abandonando Odesa. Nikolaief era una ciudad pequeña, pueblerina, y su Instituto dejaba bastante que desear. Sin embargo, en el año que pasé allí -fué el de 1896- se decidió mi juventud, pues hube de enfrentarme con el problema del lugar que me correspondía en la sociedad humana. Fuí a vivir con una familia en la que había hijos mayores afiliados ya a las nuevas ideas. Es curioso que en nuestras primeras conversaciones rechazase resueltamente las "utopías socialistas". Me las daba de escéptico, como si nada ya pudiera sorprenderme. En materias políticas reaccionaba siempre con un tono de superioridad irónica. La señora con quien vivía estaba encantada de mí y, aunque no muy convencida, me presentaba como modelo a sus hijos, que eran algo mayores que yo y tenían ideas radicales. Por mi parte, aquello no era más que una lucha desigual por afirmar mi independencia. Estaba resuelto a no dejarme influir personalmente por aquellos chicos socialistas con quienes me había juntado el destino. El forcejeo duró unos cuantos meses. Las ideas que flotaban en el aire eran más fuertes que yo. Y la verdad era que en el fondo de mi corazón ardía en deseos de entregarme a ellas. A los pocos meses de estar en

Nikolaief, cambió radicalmente mi actitud. Dejé la careta conservadora y puse a proa a la izquierda con una violencia que no dejaba de asustar a algunos de mis nuevos amigos y correligionarios.

-¿Cómo decía la patrulla-, ae modo que después de ponerle por modelo a mis hijos, se sale usted con eso?

Empecé a descuidar los estudios. Los conocimientos que traía de Odesa me bastaban, en realidad, para sostener oficialmente el primer puesto. Faltaba mucho a las clases. Un día, se presentó en casa el inspector del Instituto a indagar las causas de aquello. La visita de inspección me humilló lo indecible. Pero el inspector era un hombre cortés, y se convenció de que, tanto en la familia con quien vivía como en mi cuarto, reinaba un orden perfecto; con esta convicción se retiró en paz. No vió los folletos clandestinos que tenía escondidos debajo del colchón.

En Nikolaief, aparte de los chicos jóvenes, que se inclinaban al socialismo, conocí por primera vez a varios antiguos deportados que vivían vigilados por la policía. Eran tipos insignificantes de la época decadente de los "narodniki". Los socialistas no habían tenido todavía tiempo a volver de Siberia, pues empezaban a mandarlos entonces. Estas dos corrientes encontradas formaban una especie de torbellino espiritual, en que di vueltas durante una temporada. El "narodnitchestvo" despedía ya un olor de moho. El marxismo, por su parte, me repelía por su "estrechez". Espoleado por la inquietud, ardía en deseos de asir la idea por el lado del sentimiento. La cosa no era tan fácil. No había en derredor nadie en quien pudiera confiar para que me guiase. Y, además a cada nueva conversación se me revelaba, amargo, doloroso y desesperante el convencimiento de mi incultura.

En estas condiciones, conocí a Svigovsky, un hortelano checoeslovaco, y trabé amistad con él. Era el primer obrero con quien tenía trato, un obrero que leía periódicos, sabía alemán, conocía los clásicos y tomaba parte en las discusiones de los marxistas y los "narodniki", sin afiliarse a ninguna de las dos corrientes. Tenía una especie de cabaña en medio de la huerta, que constaba de una sola habitación, y allí se reunían los estudiantes de Universidad de paso por Nikolaief, los antiguos deportados en la Siberia y la juventud. Svigovsky facilitaba a sus amigos los libros prohibidos. En las conversaciones de los desterrados aparecían los nombres de los "narodwolzi": Seliabof, la Perovskaia, Vera Figner, pero no como los héroes de una leyenda, sino como seres de carne y hueso con quienes habían convivido, si no estos mismos desterrados, ótros más viejos, amigos y compañeros suyos. Yo tenía la sensación de incorporarme a una gran cadena como un eslabón muy modesto.

Temeroso de que no me bastaría una vida entera para prepararme a la acción, me lancé devoradoramente sobre los libros. Mis lecturas eran nerviosas, impacientes, muy poco sistemáticas. De los folletos clandestinos de la época anterior salté a la Lógica, de Stuart Mili, y antes de haber leído la mitad del libro, ya me había pasado a otro: Las formas primitivas de la cultura, de Lippert. El utilitarismo de Bentham me parecía entonces la última palabra del pensamiento humano. Por espacio de algunos meses me tuve por un benthamista inmovible. No era menor mi entusiasmo por la Estética

realista de Tchernichevsky. Antes de haber acabado con el libro de Lippert, me lancé a la Historia de la Revolución francesa, de Mignet. Cada libro vivía una vida aparte, sin trabazón sistemática con los demás. La lucha por conquistar un sistema tenía un carácter tenaz, obstinado, rayano a veces en la desesperación. Pero al mismo tiempo, el marxismo me repelía, precisamente por ser un sistema tan cerrado.

Por entonces, comencé también a leer periódicos, pero no como los leía en Odesa, sino a través del prisma político. El que a la sazón gozaba de mayor autoridad era un periódico liberal de Moscú, el *Russkiiie Wedomosti* (Noticias Rusas). Más que leerlo, puede decirse que lo estudiábamos, empozando por los quejumbrosos artículos de fondo de los profesores y acabando por los folletones científicos. El orgullo de este periódico eran las correspondencias del extranjero, principalmente las de Berlín. A través de él, tuve la primera visión de la vida política de la Europa occidental, y principalmente de los partidos parlamentarios. Difícilmente podría hoy imaginarse la emoción con que seguíamos los discursos de Bebel y basta los de Eugenio Richter. Todavía me acuerdo perfectamente de la frase que lanzó Daschinsky al rostro de los guardias que habían allanado el Parlamento: "¿Quién osa tocar al representante de treinta mil obreros y campesinos de Galizia?". Leyendo esto nos representábamos la figura titánica de un revolucionario de aquellas regiones. Las tablas teatrales de! parlamentarismo solían traernos amargos desengaños. Los triunfos del socialismo además, las elecciones presidenciales de Norteamérica, los incidentes del Parlamento vienes, las intrigas de los realistas franceses, nos interesaban mucho más que las vicisitudes personales de cualquiera de nosotros.

Entre tanto, mis relaciones con la familia iban tomando mal cariz. Mi padre vino a Nikolaief a vender el trigo y se enteró, no sé por qué conducto, de mis nuevas amistades. Presintió el peligro que tras ellas acechaba, e intentó desviarlo poniendo en juego su autoridad paterna. Esto dió motivo a una violenta discusión entre padre e hijo. Yo defendía rabiosamente mi independencia, el derecho a trazarme el camino de mi vida. La cosa terminó renunciando a la ayuda material de mi familia y abandonando la pensión en que estaba para irme a vivir con Svigovsky y el hortelano, que llevaba ahora en arriendo otra huerta con habitaciones más espaciosas. Eramos seis personas a vivir juntas, formando una "comuna". Durante el verano, se vinieron también con nosotros algunos estudiantes tuberculosos a reponerse. Yo daba lecciones. Vivíamos como espartanos, sin ropas de cama comiendo sopa que nosotros mismos nos hacíamos. Andábamos vestidos con blusas azules y gastábamos sombreros de paja redondos y un bastón negro. La gente creía que nos habíamos afiliado a una secta misteriosa. Leíamos sin orden ni concierto, disputábamos incesantemente, nos apasionábamos mirando al mañana y éramos, a nuestro modo, felices.

Al cabo de algún tiempo, fundamos una sociedad para difundir entre el pueblo libros provechosos. Hicimos una colecta, compramos libros baratos pero no sabíamos cómo repartirlos. Svigovsky tenía empleados en el jardín a un aprendiz y un jornalero. A ellos consagrarnos, por de pronto, todas nuestras energías civilizadoras. Luego, resultó que el tal jornalero era un policía encubierto que nos habían colado allí para que nos

vigilase. Se llamaba Cirilo Tchorshevsky. puso al aprendiz en relaciones con la policía y consiguió que le llevase un paquete de libros de los destinados a ser repartidos entre el pueblo. Nuestra primera empresa fué, pues, un fracaso innegable. No obstante, pusimos las más firmes esperanzas en el porvenir.

Para un periódico que publicaban los "narodniki" en Odesa, escribí un artículo atacando a la primera revista mensual del marxismo. En este artículo había la mar de citas, epigramas, y mucho veneno. Fuera de esto, la abundancia de ideas en él no era grande. Lo mandé por correo, y a los ocho días me fui a recibir personalmente la contestación. El director del periódico contempló, con cierta simpatía, a través de unas gafas muy gordas, al autor, que tenía una hermosa cabellera, pero sin asomo de bozo en la cara. El artículo no llegó a ver la luz. Nadie perdió nada con ello y el autor menos que nadie.

La dirección de la Biblioteca pública provista por sufragio, decidió aumentar la cuota anual, que era de cinco rublos, a seis; se nos antojó que esto era un ataque a la democracia y echamos las campanas a vuelo. Durante unas cuantas semanas no hicimos otra cosa que preparar la asamblea general de socios de la Biblioteca. Vaclamos todos nuestros bolsillos democráticos e hicimos una colecta de rublos y monedas de diez copeques, para inscribir al mayor número posible de amigos radicales, muchos de los cuales no disponían de los seis rublos ni de los veinte años marcados por el reglamento. Convertimos el libro que estaba a disposición de los lectores para registrar sus peticiones en una fogosa manifestación de protestas. En la asamblea anual libraron batalla dos bandos: en uno, formaban los funcionarios, los profesores, los terratenientes liberales y los oficiales de la marina; en otro, nosotros, es decir, la democracia. Triunfamos en toda la línea; volvimos a rebajar la cuota a cinco rublos y elegimos a un nuevo comité directivo.

Saltando de una cosa a otra, acordamos crear una Universidad basada en un régimen de enseñanza mutua. Nos reunimos como unos veinte alumnos. A mí me encomendaron la cátedra de sociología. El nombre era magnífico. Preparé mi curso lo mejor que pude. A las dos lecciones, se desarrollaron bastante bien, resultó que se me habían acabado las provisiones doctrinales. El segundo conferenciante, encargado del curso de Revolución francesa, se embarulló a las primeras palabras y prometió preparar la conferencia por escrito. No lo hizo, naturalmente, y allí terminó el ensayo.

En unión de este segundo "profesor", el mayor de los dos hermanos Sokolovsky, decidí ponerme a escribir un drama. Para poder trabajar mejor, llegamos hasta abandonar provisionalmente la "comuna", y fuimos a refugiarnos a un cuarto cuyas señas no dimos a nadie. Nuestro drama estaba henchido de tendencias sociales y tenía por fondo el duelo de las generaciones. Y aunque los dos nos manteníamos todavía con cierto recelo frente al marxismo, lo cierto era que el "narodniki" que aparecía en escena hacía una triste figura, y la bravura, la agudeza y la esperanza se concentraban en los jóvenes personajes marxistas. Era la consigna y la fuerza de la época. El elemento romántico del drama consistía en que el revolucionario viejo, azotado por vida, se enamoraba de una marxista, la cual lo recibía con un discurso despiadado acerca del desmoronamiento

to de los "narodniki".

No se crea que el trabajo que aquello nos impuso era pequeño. A veces escribíamos juntos, estimulándonos y corrigiéndonos el uno al otro, y otras veces dividíamos las escenas y nos separábamos a componer, cada cual por su cuenta, una parte o un monólogo. Los monólogos no escaseaban. Sokolovsky regresaba al atardecer de sus trabajos que le dejaban libre el tiempo necesario para pintar a sus anchas las lamentaciones de aquel héroe político de la generación anterior, tan castigado por la vida. Yo volvía de la huerta de Svigovsky o de dar mis lecciones. La hija de la patrona nos entraba el samovar. Mí colaborador sacaba del bolsillo un pedazo de pan y un trozo de salchicha. Y aislados del mundo exterior por una coraza misteriosa, pasábamos el resto de la velada trabajando febrilmente. Por fin, llegamos a ver terminado el primer acto, incluyendo un final de mucho efecto antes de que cayese el telón. Para los cuatro actos restantes no teníamos más que apuntes. Pero cuanto más avanzábamos, más iba decayendo nuestro interés. Al cabo de algún tiempo, decidimos liquidar aquel cuarto secreto y dejar para más adelante la terminación del drama. Sokolovsky llevó a guardar a no sé qué casa las cuartillas escritas. Estando reclusos en la cárcel de Odesa, intentó recobrarlas por medio de sus parientes. Acaso pensase que el destierro era lugar más apropiado para llevar a término el drama. Pero no hubo manera de dar con el original. Había desaparecido sin dejar rastro. Es probable que la gente a quien lo dieron a guardar creyese prudente echarlo al fuego en vista del encarcelamiento de sus desdichados autores. Yo me consuelo de esto pensando que en el transcurso, no siempre liso y llano de mi vida, se me han perdido otros originales de importancia incomparablemente mayor.

PRIMERA ORGANIZACION REVOLUCIONARIA

En el otoño de 1896 me decidí a penar de lodo, a visitar la aldea. Pero la visita no pasó de un pequeño armisticio con mi familia. Mi padre quería a todo trance que fuese ingeniero. Yo seguía vacilando entre las Matemáticas puras, por las que sentía grandes aficiones, y la revolución, que me atraía cada día con más fuerza. Cada vez que se tocaba este punto, sobrevenía una crisis aguda. Todos ponían cara de sufrimiento y mal humor, mi hermana mayor se echaba a llorar desconsoladamente, y nadie sabía cómo salir del trance. Un tío, ingeniero y propietario de una fábrica de Odesa, que había venido a la aldea a visitarnos, se obstinaba en que fuese a vivir con él una temporada. Después de todo, era una manera de salir de aquel atolladero. Pasé con él unas cuantas semanas. Discutíamos a todas horas acerca de la ganancia y la plusvalía. Pero mi tío era más hábil en conseguir ganancias que en argumentar para su defensa. No me daba prisa a matricularme en la Universidad para la carrera de Matemáticas. Me estaba allí en Odesa, viviendo y buscando. ¿Qué era lo que buscaba? Me buscaba, en primer lugar, a mí mismo. Trababa relaciones con obreros, al azar, andaba a la caza de lecturas clandestinas, daba lecciones y conferencias secretas a los alumnos veteranos de la Escuela de Artes y Oficios, discutía con los marxistas, resistiéndome todavía a ceder. Al fin tomé el último vapor que salía para Nikolaief y volví a instalarme en la huerta de Svigovsky.

Tornamos a hacer la misma vida. Discutíamos sobre los últimos cuadernos de las revistas radicales y disputábamos acerca del marxismo, nos preparábamos para algo que no sabíamos concretamente, esperábamos. ¿Qué fué lo que me impulsó directamente a entregarme a la propaganda revolucionaria? Difícil es contestar a esta pregunta. Fué. desde luego, un estímulo interior. En los medios intelectuales con que yo me relacionaba no había nadie que se ocupase seriamente en estos trabajos. Teníamos la clara conciencia de que entre aquellas discusiones inacabables junto a la taza de té y las verdaderas organizaciones revolucionarias mediaba un abismo Sabíamos que para entrar en contacto con los obreros era necesario conspirar en gran escala. Esta palabra, "conspirar", la pronunciábamos con una gran seriedad y un gran respeto, con una unión casi mística No dudábamos que llegaría un momento en que pasaríamos de la taza de té al trabajo de conspiración, pero nadie decía claramente cuándo ni cómo iba a ser eso. Para disculparnos de la demora nos estábamos diciendo constantemente: hay que prepararse. Y la cosa no estaba falta de razón.

Pero algo había cambiado en la atmósfera que aceleró bruscamente nuestro tránsito a la propaganda revolucionaria. Este cambio no se operó directamente en Nikolaief, sino en todo el país, y, principalmente, en los grandes centros, desde donde influyó sobre nosotros. En 1896 estallaron en San Petersburgo las famosas huelgas de tejedores. Esto infundió ánimos a la intelectualidad. Cuando vieron estremecerse y despertar las pesadas reservas, los estudiantes sintiéronse más audaces. Durante el verano, por Navidades y en Pascua, se presentaron en Nikolaief docenas de estudiantes que nos traían un destello de las hogueras de San Petersburgo, Moscú y Kief. Algunos

de estos estudiantes habían sido expulsados de la Universidad, y, a los pocos meses de dejar el Instituto, volvían nimbados con la aureola de campeones. En el mes de febrero de 1897 se prendió fuego en la fortaleza de San Pedro y San Pablo la estudianta Wetrova. Esta tragedia, que jamás llegó a explicarse en debida forma, conmovió todos los espíritus. En las ciudades universitarias empesaron las revueltas, las detenciones y deportaciones se multiplicaban rápidamente. Por aquellos días de las manifestaciones en homenaje a la Wetrova fué precisamente cuando yo me inicié en la labor revolucionaria. Iba por las calle con Gregori Sokolovsky, un muchacho de mi edad aproximadamerte, el más joven de los que vivíamos en la "comuna"

-Por qué no empezamos de una vez?- le dije.

-Sí -me contestó-, ya es cosa de empezar.

-Pero. ¿como?

-Sí. ahí esta la cosa ¿como?

-Hay que buscar obreros y no esperar por nadie ni preguntar a nadie. Cuando tengamos obreros a empezar!

-Eso no creo que sea difícil- dijo Sokolovsky- Yo conosco aquí al vigilantes de una huerta, que es evangelista. Voy a ver si le encuentro.

En efecto, aquel mismo día mi amigo se fue al boulevard en busca de su evangelista. Pero éste ya hacia mucho tiempo que no existía. Salió a recibirla una mujer que tenía un conocido afiliado a la misma secta. Por mediación de éste conocido de aquella mujer a quien no conocíamos. Sokolovsky, el mismo día, entro en relaciones con unos cuantos obreros, entre ellos Iván Andreievich Machín el cual no tardó en ponerse a la cabeza de nuestro organización. Sokolovkv volvió con los ojos echando lumbre.

-¡Es una gente magnífica! ¡Vaya una gente extraordinaria.

Al día siguiente estábamos sentados en una taberna formando un grupo como de unas cinco a seis personas. A nuestro lado, la caja de música metía un ruido infernal y protegía nuestra conversación de oídos ajenos. Mochín, un hombre flaco, con perilla, guiñó astutamente su inteligente ojo izquierdo, se quedó mirando con gesto bonachón, aunque no sin sus dudas, para mi cara barbilampiña, y me dijo, en tono sobrio y acentuando las pausas.

-En estas cosas, el Evangelio es para mi una gran ayuda. De la religión paso luego a la vida. Estos dias he ganado para la causa a un "horista" con ayuda de un puñado de habas blancas.

-¿Un puñado de habas blancas? .

-Sí, es muy sencillo. Mira ésta que pongo encima de la mesa, es el Zar; ahora la rodeo de estas otras, que son los Ministros, los Obispos, los Generales; luego viene la aristocracia, el comercio, y este montón que ves aquí es el pueblo. Digo, veamos, ¿cuál es el Zar? Y va y apunta a la del medio. ¿Y los Ministros? Y apunta a las que le hacen coro. Os estoy explicando cómo le pregunté y me contestó. Pero ahora, aguarda... (Al llegar aquí, Iván Andreievich guiña los ojos con cara todavía más astuta y hace una pausa) . Voy y mezclo las habas de un manotazo. Y ahora, vamos a ver, ¿a qué

no aciertas cuál es el Zar y cuáles son los Ministros? "Es imposible", me dice, "no hay manera". ¡Pues claro que no, ahí está el quid! ¿Has visto? Pues eso es lo que hay que hacer, mezclar todas las habas de un manotazo .

Oyendo a Iván Andreievich, no podía contener mi entusiasmo. Al fin, después de tanto cavilar y vacilar, habíamos encontrado lo que buscábamos El organillo seguía tocando; éramos unos verdaderos conspiradores, y aquel hombre, que echaba por tierra la mecánica de las clases con un puñado de habas, un propagandista revolucionario de primera fuerza.

-Sí, pero el caso está en saber cómo damos el manotazo -dijo ahora Muchin, ya en otro tono y mirándome de frente, con gesto severo-. Esto ya no son habas. ¿Eh, qué dices tú?

Y se puso a aguardar mi respuesta.

Desde aquel día, nos entregamos al trabajo en cuerpo y alma. No teníamos jefes experimentados que nos guiasen, y nuestra experiencia personal era muy escasa pero con todo, apenas si encontrábamos dudas o dificultades. Las cosas iban desarrollándose con la misma lógica que en la conversación de Muchin, junto a la mesa de la taberna.

A fines del siglo pasado, la vida económica de Rusia tendía a desplazarse poco a poco hacia las regiones del Sureste. En el Sur se alzaban, una tras otra, grandes fábricas; en Nikolaief había dos. En 1897. Níkolaief albergaba a unos 8.000 obreros fabriles y hacia 2.000 artesanos. El nivel de cultura de los obreros y sus jornales eran relativamente altos. La proporción de analfabetos era pequeñísima. Hasta cierto punto, venían a ocupar el puesto de las organizaciones revolucionarias las sectas religiosas, que daban la batalla, con bastantes buenos resultados, a la Iglesia ortodoxa oficial. Y como no había grandes disturbios, la policía de Nikolaief seesteaba tranquilamente. Gracias a esto, pudimos trabajar con cierto desembarazo. De otro modo, hubiéramos ido a la cárcel a la primera semana. Pero hay que tener en cuenta que formábamos la descubierta, y disfrutábamos de todas las ventajas que esto supone. Cuando la policía se vino a despertar, ya estaban despiertos los obreros.

A Muchin y a sus amigos me presenté con el nombre de Lvov. Esta primera mentira de conspirador no se me hizo fácil, pues parecíame imperdonable "engañar" de ese modo a quienes iban a consagrarse con uno a una causa tan grande y tan hermosa. El nombre de Lvov se me quedó; alcabo de pocos días, hasta yo mismo me fui acostumbrando a él.

Los obreros acudían en tropel a nosotros, como si las fábricas nos hubieran estado esperando desde hacía largo tiempo. Todos venían con un amigo, algunos acudían con sus mujeres, y había obreros viejos que se presentaban en las reuniones acompañados de sus hijos. No les buscábamos, venían ellos a nosotros. Y como éramos unos caudillos jóvenes e inexpertos, pronto empezamos a ahogarnos en el movimiento que habíamos provocado nosotros "mismos. No había palabra que no encontrase resonancia y acogida. En nuestras lecciones y discusiones secretas, que se celebraban unas veces bajo techado y otras en el bosque o en el río, solían congregarse

de veinte a veinticinco personas, y a veces más. La mayoría de ellos eran obreros de primera fila, que ganaban jornales bastante crecidos.

En los astilleros de Nikolaief regía ya la jornada de ocho horas. A estos obreros no les interesaba la huelga, sino que buscaban la verdad en las relaciones sociales. Algunos de ellos se titulaban "anabaptistas", otros "floristas", otros "cristianos evangélicos". Pero no se trataba de sectas fundadas sobre dogmas. Eran obreros que se habían separado de la Iglesia ortodoxa, y el "anabaptismo" representaba para ellos una etapa breve en el camino revolucionario. Durante las primeras semanas de nuestras reuniones, estaban usando constantemente giros religiosos y acudiendo, como comparación, a los tiempos de los primeros cristianos. Pero no tardaron en emanciparse de esta fraseología, que a los obreros más jóvenes les hacía reír.

Algunas de aquellas figuras, las más destacadas, se han quedado para siempre en mi memoria. Korotkof era un carpintero que gastaba hongo y se había emancipado hacía ya mucho tiempo de todo misticismo; era un gran bromista y un poco poeta: "Yo soy "racalista" (racionalista)", solía decir con cierta solemnidad. Taras Savelich, un viejo evangelista que tenía ya nietos, poníase a hablar por centésima vez de los primeros cristianos que se reunían secretamente como nosotros, y entonces Korotkof cogía el hongo y lo tiraba con gesto de rabia a lo alto de un árbol, diciendo:

-¡Así hago yo con tus teologías!

Al cabo de un rato se iba a buscar tranquilamente el sombrero. Esto ocurría en el bosque, en las afueras de la ciudad.

Muchos obreros, inspirándose en las nuevas ideas, hacían versos. Korotkof escribió una Marcha proletaria, que empezaba así:

"Somos el alfa y el omega, el principio y el fin .

Nesterenko, otro carpintero, que formaba parte con su hijo del grupo de Alejandra Lvolna Sokolovskaia, compuso una canción popular ucraniana sobre Carlos Marx, que cantábamos todos a coro. Este Nesterenko acabó mal, pues, habiendo caído en manos de la Policía, acosado, nos traccionó a todos.

Lefimof era un jornalero joven, de talla gigantesca, pelo rubio muy claro y ojos azules, que descendía de una antigua familia de oficiales; sabía leer y escribir perfectamente y hasta tenía alguna cultura; vivía en uno de los barrios míseros de la ciudad. Di con él en una taberna miserable. Trabajaba de cargador en el muelle, no bebía, no fumaba, era morigerado y cortés, pero aquel hombre guardaba algún secreto extraño, que daba a su rostro de veintiún años un aspecto sombrío. Poco tiempo después me confesó que mantenía relaciones con una organización secreta de los "narodwolzi" ("Voluntad del pueblo") y me propuso que nos reuniésemos con ellos. Un día, estábamos sentados los tres -Munich, Jefimof y yo, tomando té en la ruidosa taberna "Rossia", aturcidos con la música del organillo y esperando. Por fin, Lefimof apunto con los ojos a un hambre alto y fuerte, con barbilla de mercader.

-¡ Es él!

El aludido se estuvo largo rato tomando su te en una a mesa aparte, se levantó,

cogió el abrigo y plantándose delante del icono se santiguó con gesto automático.

-¡Ahí tenéis lo que es un "narodowoez! Exclamó en voz baja Machín, aterrado.

El "rarodowoléz" rehuyó todo trato con nosotros y nos hizo llegar, por medio de Lefimof, unas cuantas palabras vagas. No Pegamos nunca a explicarnos claramente la aventura. A poco de , Lefimof se quitó la vida, envenenándose con ácido carbónico. Es muy posible que aquel gigante de ojos azules no fuese más; que un juguete en manos de un espía, aunque cubría también oreas hipótesis peores.

Machín, que era de oficio electrotécnico, había montado en su casa un complicado sistema de señales para prevenir una sorpresa policíaca. Tenía veintisiete años, tosía un poco, con esputos sanguinolentos, era hombre de gran experiencia, Lleno de sentido práctico y viéndole se diría un viejo. Permaneció fiel toda la vida a las ideas revolucionarias. Después de un primer destierro, estuvo algún tiempo encarcelado, y luego volvieron a deportarle por segunda vez. Al cabo de una separación de veintitrés años volví a encontrarme con él en el Congreso del partido comunista ucraniano que se celebró en Kharkof. Nos estuvimos largo y tendido sentados en un rincón, hurgando en el pasado, recordando episodios de los tiempos viejos y refiriéndonos uno a otro la suerte que habían corrido aquellos camaradas con quienes laborábamos en la aurora de la revolución. El Congreso votó a Mochín para la comisión central de control del partido ucraniano, puesto que se tenía sobradamente merecido por su vida al servicio de la causa. Pero, a poco de terminar las sesiones, se metió en cama enfermo para no levantarse más.

Poco tiempo después de conocernos, Muchin me puso en relación con su amigo Babenko, también de la secta y que tenía una casita con unos cuantos manzanos en el patio. Era un hombre cojo, muy lento en sus movimientos, que jamás bebía, y él fué quien me enseñó a tomar el té con un pedacito de manzana en vez de limón. Babenko fué encarcelado con todos los demás, y, después de una larga prisión, retornó a Nikolaief. Luego, le perdí de vista. En 1925 me enteré, por casualidad, leyendo un periódico, de que vivía en el Cubán, paralítico de las dos piernas. Y aunque por entonces no me fuese ya fácil, conseguí que le trasladasen a Yesentuky para ponerle en cura. Al cabo de algún tiempo sus piernas empezaron a moverse. Le hice una visita en el sanatorio. Babenko ignoraba que Trotsky y Lvov fuesen una misma persona. Volvimos a tomar té con pedacitos de manzana y hablamos del pasado. Me imagino cuál sería su asombro cuando, a poco de esto, se enterase de que su amigo Trotsky era un terrible contrarrevolucionario.

En Nikolaief había muchas figuras interesantes, y sería imposible enumerarlas todas. Había unos magníficos muchachos, muy despiertos, preparados en la escuela técnica de los astilleros, a quienes bastaba media palabra para comprender. De este modo, la propaganda revolucionaria se hacía mucho más fácil de lo que en nuestros sueños más atrevidos hubiéramos podido imaginar. Estábamos entusiasmados y asombrados del increíble rendimiento de nuestra labor. Sabíamos, por los informes de los revolucionarios, que la propaganda sólo iba conquistando a los obreros uno por uno, y el que sabía atraerse o dos o tres lo consideraba ya como un triunfo. Pero nosotros

nos encontrábamos con que los obreros que pertenecían a los grupos o querían afiliarse no tenían cuento. Lo que faltaba eran guías y libros. Los jefes de grupo se disputaban el único ejemplar manuscrito que teníamos del Manifiesto comunista de Marx y Engels, copiado en Odesa con qué sé yo cuantas clases de letra e innumerables erratas y mutilaciones.

En vista de esto, empezamos a escribir nosotros mismos. Aquí comienza, en realidad, mi carrera de escritor, coincidiendo con mis primeros pasos de propagandista revolucionario. Me sentaba a escribir las proclamas o los artículos, que luego yo mismo me encargaba de copiar en caracteres de imprenta para el multicopista. Las máquinas de escribir no sabíamos aún ni que existían. Entreteníame en trazar las letras con la mayor meticulosidad, pues tenía el prurito de que ningún obrero, aunque sólo supiese deletrear, dejase de entender las proclamas y manifiestos salidos de nuestras "prensas". Cada página me llevaba lo menos dos horas. A veces, me pasaba semanas enteras con las espaldas dobladas y no me levantaba de la mesa más que para asistir a alguna reunión o dirigir un curso obrero. Todo lo daba por bien empleado cuando llegaban los informes de fábricas y talleres contando la ansiedad con que los obreros devoraban aquellas hojitas misteriosas con las letras de color violeta, pasándoselas unos a otros y discutiendo acaloradamente su contenido. Para ellos, el autor de estas hojas volanderas debía de ser un personaje importante y misterioso que sabía penetrar en todas las industrias, que averiguaba todo lo que ocurría entre los obreros y salía al paso de los sucesos por medio de una hojita nueva en término de veinticuatro horas.

Al principio, fundíamos la gelatina y sacábamos las copias por la noche en nuestro cuarto. Uno se quedaba en el patio montando la guardia. En el hornillo de la estufa estaban siempre preparadas las cerillas y el petróleo para hacer desaparecer todos los indicios en caso de peligro. Nuestras precauciones no podían ser más simplistas. Pero la policía de Nikolaief nos ganaba todavía en punto a simpleza. Más tarde, instalamos el copiador en casa de un obrero viejo que había perdido la vista en un accidente del trabajo. Puso su casa a nuestra disposición sin el menor reparo. "Para un ciego todo el mundo es cárcel", nos dijo sonriendo apaciblemente. Poco a poco, fuimos reuniendo allí grandes existencias de glicerina, gelatina y papel. Trabajábamos por la noche. El cuarto, todo abandonado y con el techo a ras de nuestras cabezas, tenía un aspecto mísero, lamentable. Preparábamos el alimento revolucionario encima de una estufa de hierro y lo extendíamos sobre una hoja de lata. El ciego, que nos ayudaba, se movía con más seguridad que nadie por el cuarto envuelto en sombras. Un obrero joven y una obrera se me quedaban mirando con admiración y asombro cuando me ponía a sacar las copias recién impresas. ¿Qué hubiera pensado cualquier persona "cuerda" que hubiese posado la mirada desde lo alto en aquel grupo de mozos apiñados en la penumbra alrededor del mísero copiador, sabiendo que les congregaba allí el propósito de derribar a un Estado poderoso y secular? Y, sin embargo, apenas transcurrió una generación sin que el propósito se realizase: hasta 1905, no pasaron más que ocho años; hasta 1917, no fueron veinte completos.

En cambio, la propaganda por la palabra no me valía todavía, por entonces, las mismas satisfacciones que la escrita. Los conocimientos eran insuficientes, y, además, me faltaba la práctica necesaria para saber emplear bien los que tenía. Entre nosotros, no se conocían todavía los discursos en el verdadero sentido de la palabra. Sólo una vez, el 1º de mayo, me vi en el trance de tener que pronunciar en el bosque algo parecido a un discurso. Esto me causó una gran perplejidad. Todas las palabras que se me ocurrían parecíanme falsas e insoportables, aun antes de pronunciadas. Lo que no me resultaba del todo mal eran los debates en los grupos. La labor revolucionaria iba viento en popa. Yo me encargaba de mantener y desarrollar las relaciones con Odesa, a donde me trasladaba con la mayor frecuencia posible. Iba al puerto al anochecer,, tomaba un billete de tercera, que me costaba un rublo, y me tendía sobre la cubierta del vapor lo más cerca posible de la chimenea. Ponía la chaqueta de almohada y me tapaba con el abrigo. A la mañana siguiente, cuando me despertaba, estábamos en Odesa, donde me dirigía a las personas a quienes tenía que ver. La noche siguiente la pasaba también en el barco, y, de este modo, no perdía ningún día de viaje. Mis relaciones en Odesa enriquecieron cuando menos lo esperaba, a la puerta de la Biblioteca pública. Fué allí donde trabé conocimiento con Alberto Poliak, obrero cajista, organizador de la que había de ser famosa Imprenta central del partido. Nos encontramos entrando en la Biblioteca, nos miramos el uno al otro y nos comprendimos. Este encuentro abre toda una época en la vida de nuestra organización. A los pocos días, retornaba ya a Nikolaief con una maleta llena de publicaciones clandestinas, aparecidas en el extranjero. Eran todos folletos nuevos de agitación, con unos forros vivos y alegres. No nos cansábamos de abrir la maleta para admirar aquel tesoro. Los folletos fueron rápidamente repartidos y contribuyeron a reforzar la autoridad de que gozábamos entre los trabajadores.

Por Poliak supe un día, casualmente, que Srenzel, un técnico que se hacía pasar por ingeniero y hacía mucho tiempo que andaba rondando para acercarse a nosotros, era un antiguo agente provocador. Tratábase de un hombrecillo tonto e importuno, que llevaba no sé qué insignia en la gorra. Habíamos recelado de él instintivamente, pero, no obstante, sabía bastantes cosas de nosotros. Le invitamos a que viniese a casa de Muchin. Una vez reunidos me puse a contar, con pelos y señales, su biografía, sin nombrarle, y conseguí que perdiese los estribos. Le amenazamos con quitarle de en medio si nos denunciaba. Y algo debió de servir la amenaza, pues nos dejaron en paz por cerca de tres meses. Pero más tarde, cuando ya nos habían detenido, Srenzel se despachó a su gusto contando horrores de nosotros.

Dimos a la organización el nombre de "Liga obrera del Sur de Rusia", pues teníamos la intención de atraernos a otras ciudades. Yo me encargué de redactar los estatutos con un sentido social demócrata. Las direcciones de las fábricas intentaron darnos la batalla exhortando a los obreros. Al día siguiente, contestamos con nuevas proclamas. Este duelo no sólo tenía en tensión a los obreros, sino a gran parte de la ciudad. Ahora, ya hablaba todo el mundo de los revolucionarios, que tenían las fábricas inundadas de hojas y manifiestos. Ya se oía pronunciar nuestros nombres por todas partes. Pero la policía seguía vacilando: no podía creer que "los locos aquellos de la huerta" fuesen

capaces de organizar una campaña semejante y sospechaba que detrás de nosotros se escondían gentes más expertas. Las sospechas recaían seguramente sobre los antiguos deportados. Gracias a esto pudimos seguir actuando todavía dos o tres meses más. Pero pronto empezaron a vigilarnos con más cuidado, y la Policía fué descubriendo un grupo tras otro.

En vista de esto acordamos salir de Nikolaief por unas semanas, para ver si la policía perdía la pista. Yo me iría con mis padres al campo, la Sokolovskaia a Lekaterinoslavia, con su hermano, y así sucesivamente. Pero, al mismo tiempo, convinimos resueltamente en que en caso de proceder a detenciones en masa, no nos esconderíamos, sino que nos dejaríamos apresar, para que la policía no pudiese decir a los obreros que sus jefes les habían traicionado.

Antes de marchar, Nesterenko quiso que le dejase un paquete con proclamas y me citó, por la noche, a una hora ya avanzada, detrás del cementerio. Había bastante nieve. Era una noche de luna. Me esperaba en un paraje solitario. En el momento en que sacaba el paquete de debajo del abrigo y se lo alargaba, se destacó de la tapia del cementerio una figura que pasó por junto a nosotros y le tocó con el codo.

-¿Quién es?- le pregunté asombrado.

-No sé- me contestó Nesterenko, siguiendo con la mirada al otro.

Era evidente que andaba en relaciones con la policía. Sin embargo, entonces no se me ocurrió sospechar de él.

El 28 de enero de 1898 se decretaron una serie de detenciones en masa. En junto, fueron llevados a la cárcel unos doscientos hombres. Empezaba el ajuste de cuentas. A uno de los detenidos, el soldado Sokolof, le aterrorizaron de tal modo, que se tiró desde el segundo piso por el corredor de la cárcel, produciéndose graves heridas. Otro de los detenidos, Levandovsky, se volvió loco. Y no fueron estas las únicas víctimas.

Entre los encarcelados había muchos que apenas habían tenido parte en el movimiento. Gentes de quienes habíamos fiado se desentendieron de nosotros y hasta llegaron a traicionarnos. En cambio, otros que apenas se habían destacado, demostraron gran fortaleza de carácter. Al tornero Augusto Dorn, un alemán de unos cincuenta años, que no nos había visitado más que una o dos veces, le detuvieron también y le tuvieron largo tiempo encarcelado. Era un hombre magnífico, y en la cárcel se dedicaba a cantar con voz potente alegres canciones alemanas, en las que no siempre brillaba honestidad, hacía chistes en un ruso muy divertido y mantenía en pie la moral de los jóvenes. En la cárcel de depósito de Moscú nos pusieron en una celda común. Una de las gracias del tornero consistía en hablar con el samovar; queriendo convencerle de que viniese a su encuentro y cerrando el diálogo con estas palabras:

-¿Qué, no quieres? ¡Pues entonces irá Dorn a buscarte!

Esta escena, a pesar de que se repetía diariamente, causaba la risa de todos.

Nuestra organización había sufrido un rudo golpe, pero no había muerto. Pronto vinieron otros a sustituirnos. Ahora, los revolucionarios y la policía procuraban tener ya más cuidado.

MIS PRIMERAS PRISIONES

También yo fui detenido en la redada general del año 1898, pero no en Nikolaief, sino en una finca de Sokovnin, un gran terrateniente con el que estaba de criado Svigovsky, el hortelano. Volviendo de Lanovka a Nikolaief, me detuve a visitar a Svigovsky. Llevaba una gran carpeta llena de originales, dibujos, cartas y todo género de papeles clandestinos. Por la noche, el hortelano enterró el peligroso paquete en una zanja con coles, y, al amanecer, antes de salir a hacer plantaciones de árboles, lo sacó para entregármelo. En este momento aparecieron los gendarmes. Svigovsky pudo todavía esconder el paquete junto a la puerta, detrás de un barril de agua. A la criada que nos sirvió de comer, bajo las miradas de los gendarmes, díjole en voz baja, que viese el modo de quitar de allí el paquete y esconderlo en otro sitio mejor. A la vieja no se le ocurrió otra cosa que ir a enterrarlo en la nieve. Nosotros confiábamos, naturalmente, en que los documentos no fuesen a parar a manos del enemigo. Vino la primavera, se fundió la nieve, y la hierba volvió a cubrir el paquete, hinchado por las aguas primaverales. Ya estábamos nosotros encarcelados. Llegó el verano. Un jornalero se puso a segar la hierba de la huerta, y dos chicos suyos, que jugaban al lado, descubrieron el paquete y se lo dieron al padre; éste, lo llevó a casa de los amos, y el propietario de la finca, que era un liberal, muerto de miedo, se presentó con los papales en Nikolaief y sin pérdida de momentos los puso en manos del jefe de policía. Los autógrafos sirvieron de indicio contra varias personas.

La vieja cárcel de Nikolaief no estaba preparada para recibir a presos políticos, sobre todo en tan gran número. A mí me metieron en una celda con Lavich, un joven encuadernador. Era una celda grandísima, capaz para treinta personas, completamente desmantelada y sin apenas calefacción. En la puerta había un gran agujero cuadrado que se abría sobre el pasillo, el cual estaba abierto y daba al patio. Caían las heladas propias del mes de enero para dormir, nos tendían en el suelo unos sacos de paja, que sacaban a las seis de la mañana. El levantarse y el vestirse era una tortura. Envueltos en los abrigos y con los sombreros y los chanclos puestos, nos estábamos sentados en el suelo, pegando hombro con hombro, las espaldas metidas por la tibia estufa, y así soñábamos o dormitábamos una o dos horas. Eran, quizá, las más hermosas del día. No nos llamaban nunca a declarar. Echábamos carreras de un rincón a otro de la celda para calentarnos y nos alimentábamos de recuerdos, conjeturas y esperanzas. Empecé a estudiar con Favich. Así pasaron, unas tres semanas, hasta que sobrevino un cambio. Un día, me sacaron de la celda con mi hatillo, me llevaron a las oficinas de la prisión y me entregaron a dos gendarmes altos, que me condujeron en un carruaje hasta la cárcel de Khersn. Esta estaba instalada en un caserón todavía más viejo. La celda era espaciosa y tenía una ventana estrecha e impracticable, con barrotes de hierro, que en invierno estaba toda empañada y no dejaba pasar apenas luz. Allí la soledad era completa, absoluta, desesperante. No había paseos ni vecinos. No me entraban nada de fuera. No tenía té ni azúcar. Una vez al día, a mediodía, me alargaba la sopa carcelaria. El desayuno y la cena consistía en un pedazo de pan negro con sal. Me interpelaba a mí

mismo largamente acerca de si tendría o no derecho a aumentar la ración de! desayuno a costa de la cena. Todos los argcmenms por la mañana me parecían insensatos y erimia?. Al llegar la noche. Por la noche sentía un odio mortal contra el que se había desayunado por la mañana. No tenía ropa interior para mudarme. Estuve tres meses con lo puesto. No tenía jabón. Los insectos carcelarios me comían vivo. Me propuse por empresa dar mil ciento once pasos en sentido diagonal. No había cumplido todavía los diecinueve años. Jamás viví en un aislamiento tan completo, a pesar de haber conocido veinte cárceles. No tenía ni un solo libro, ni lápiz ni papel. La celda jamás se aireaba. Si quería darme cuenta del aire que se respiraba allí, no tenía más que mirar a la cara que ponía el carcelero cuando entraba a algo. Después de echar un bocadito al pan de la cárcel, poníame a pasear de arriba abajo, en sentido diagonal, y a componer poesías. Transformé en una "Makmwska" **3** proletaria la "Dubinuska" de los narodniki. Compuse también una "Kamarinskaia". Estos versos, bastantes mediocres, estaban llamados a conquistar una gran popularidad. Todavía circulan por ahí, reproducidos en las colecciones de cantares. Pero había momentos en que mordía en mí la amarga melancolía de la soledad. En estos instantes, picaba con una firmeza un poco exagerada sobre las gastadas suelas, al medir los mil ciento once pasos reglamentario: Al final del tercer mes, cuando ya el pan de la cárcel, el saco de paja y los piojos que me devoraban se habían hecho parte inseparable de mi existencia como el día y la noche, se abrió la puerta -era al atardecer- y el carcelero me puso delante una montaña de objetos procedentes de otro mundo, de un mundo fantástico: ropa limpia, una manta, una almohada, pan blanco, azúcar, té, jamón, conservas, manzanas y hasta unas cuantas naranjas grandes y relucientes... Han pasado treinta y un años desde aquello, y todavía es el día en que no acierto a enumerar sin emoción rodos estos objetos maravillosos, y aun advierto que he omitido un vaso con fruta en conserva, jabón y un peinecillo.

-Esto, que le manda su madre- me dijo el carcelero. Y aunque yo no sabía leer todavía muy bien en las almas humanas, comprendí en seguida, por su tono de voz, que le habían sobornado.

Poco tiempo después, me llevaron embarcado a la cárcel celular de Odesa, que había .sido construida años antes con arreglo a los últimos métodos de la técnica para quien como yo venía de Nikolaief y de Kherson, la cárcel celular de Odesa era una institución ideal. Había conversaciones; por el sistema percutivo, papelitos que circulaban de celda en celda, "teléfono", o sea transmisión directa de una ventana en otra. Las comunicaciones circulaban casi sin interrupción. Percutí a mi vecino de celda las poesías de ia cárcel de Kherson, y a cambio de aquello recibí, por el mismo conducto, una serie de noticias. Svigovsy me hizo saber, a través de la ventana, que la policía estaba en posesión del famoso paquete, y de este modo pudo deshacer sin esfuerzo alguno los planes del Comandante Dremluga, que trataba de tenderme una celada. Conviene advertir que por entonces todavía no habíamos adoptado -como hicimos años más tarde-, el sistema de negarnos a declarar.

La cárcel estaba abarrotada de presos, a consecuencia de las detenciones en masa que se habían verificado por todo el país durante la primavera. El 1 de marzo de 1898,

estando yo en la cárcel de Kherson, se reunió en Minsk el congreso fundacional del partido socialdemócrata ruso. Lo formaban, en junto, nueve personas, y no tardó en ser arrastrado por el oleaje de los encarcelamientos. A los pocos meses, ya nadie hablaba de él. Sin embargo, los efectos están hoy patentes en la historia de la humanidad. El manifiesto aprobado en este Congreso trazaba la siguiente perspectiva de la cruzada política: ... Cuanto más se avanza hacia el Oriente de Europa, más cobarde y envilecida políticamente es la burguesía y mayores los problemas políticos y culturales que se alzan ante el proletariado. No deja de ser curioso, históricamente, el hecho de que el autor de este manifiesto fuese ese Pedro Struve, personaje bastante conocido, a quien, corriendo el tiempo habíamos de ver figurar entre los caudillos del liberalismo y más tarde entre los defensores de la reacción monárquica y clerical.

Durante los primeros meses que pasé en la cárcel de Odesa, no recibí ningún libro de fuera, y hube de contentarme con lo que ofrecía la biblioteca de la prisión, que eran casi exclusivamente las colecciones de una serie de revistas históricas y religiosas de tipo conservador. A falta de otra cosa, me entregué a su estudio con un insaciable afán. Pronto me supe de memoria todas las sectas y herejías antiguas y modernas, todas las ventajas de la religión ortodoxa, los argumentos más poderosos contra el catolicismo, el protestantismo, el darwinismo y las teorías de Tolstoi. En la Galería ortodoxa venía un artículo en que se decía que la conciencia cristiana amaba las verdaderas ciencias, incluyendo las ciencias naturales, como aliadas espirituales de la fe, y que aun colocándose en el punto de vista de éstas, se podría contradecir un milagro como el de la burra de Balaam, la que discutió con los profetas, ya que "también existen papagayos y hasta canarios que hablan". Este argumento, empleado por el Arzobispo Nicanor, no se me borró de la cabeza durante varios días, y hasta soñaba con él por las noches. Aquellas investigaciones acerca de los malos espíritus y los demonios y su príncipe Satanás, y el sombrío reino del mal, toda aquella estupidez que habían ido codificando los siglos, era la admiración y el asombro del joven racionalista. Recuerdo una descripción muy detallada de! Paraíso, de su geografía interior y del lugar en que se encontraba, a que el autor ponía fin con la nota melancólica siguiente: "No puede indicarse con seguridad el lugar en que se encuentra el Paraíso." No me cansaba de repetir estas palabras estupendas, lo mismo a mediodía que a la hora del té, que en los paseos: los geógrafos ignoran el grado de latitud a que se encuentra la bienaventuranza paradisíaca, ¡magnífico! A todas horas estaba discutiendo con un suboficial de gendarmes llamado Miklin acerca de temas teológicos. Este Miklin era un hombre avaricioso, pérfido, cruel, muy versado en los santos libros y extraordinariamente devoto. Subía y bajaba los chirriantes escalones de hierro cantando siempre en voz baja cosas de iglesia.

--Sólo por decir "Madre de Cristo" en vez de, "Madre de Dios", le quitaron la cabeza al hereje Arias- me dijo un día Miklin.

--¿Y cómo es que hoy las cabezas de los herejes están sanas y en su sitio?

--Hoy... hoy... contestó Miklin, hoy son otros tiempos.

Pedí a mi hermana, que había venido de la aldea a verme, que me trajese cuatro ejemplares de los evangelios en lenguas extranjeras. Valiéndome de los conocimientos

de alemán y francés que tenía de la escuela, fuí leyendo éstos y comparándolos, versículo por versículo, con los que estaban en inglés y en italiano. Al cabo de algunos meses, había avanzado bastante, por medio de este procedimiento. Debo decir, sin embargo, que mi talento lingüístico es bastante mediocre. No he llegado a dominar con perfección ningún idioma extranjero, a pesar de haber vivido largas temporadas en varios países de Europa.

Los locutorios a que nos sacaban para recibir las visitas de los familiares eran una especie de jaulas de madera estrecha, separadas del visitante por dos rejas de hierro. Cuando mi padre me visitó por primera vez, creyó que los presos estábamos metidos todo el tiempo en aquellos cajones, y tal fué su terror, que no podía hablar. Acuciada por mis preguntas, movía los pálidos labios sin articular palabra. Jamás se me borrará del recuerdo aquella cara. A mi madre la habían preparado y estaba más serena.

A nuestras celdas llegaba, por fragmentos, un eco lejano de los sucesos del día. La guerra sudafricana apenas nos interesaba. Eramos todavía provincianos, en el más estricto sentido de la palabra. Tendíamos a interpretar la lucha de los ingleses contra los boers casi exclusivamente con el criterio de un triunfo inevitable del capitalismo. El proceso de Dreyfus, que alcanzaba por entonces su apogeo, nos apasionaba en lo que tenía de dramático. Un día. Llegó a nosotros el rumor de que en Francia había tenido lugar un golpe de Estado restableciendo la monarquía. Esta noticia nos llenó de vergüenza y humillación. Los carceleros iban y venían sin cesar por los férreos corredores y escaleras, tratando de apaciguar aquella tempestad de golpes y gritos. ¿Era una nueva protesta contra el rancho averiado? No, el ala política de la prisión protestaba ruidosamente contra la restauración de la monarquía francesa.

Los artículos sobre la masonería que venían en las revistas teológicas me interesaron bastante. ¿De dónde procedía este extraño movimiento?, me preguntaba ¿Cómo lo explicaría el marxismo? Me resistí durante bastante tiempo a aceptar el materialismo histórico, aferrándome a la teoría de la variedad de los factores históricos, que, como es sabido, sigue prevaleciendo aún en las ciencias sociales. Los hombres dan el nombre de "factores" a una serie de aspectos de su actividad social, infundiendo a este concepto un carácter suprasocial y explicando luego supersticiosamente su propia actividad, como un producto de la acción mutua de aquellas fuerzas independientes. El eclecticismo oficial no se preocupa de investigar, cómo hayan nacido aquellos "factores" ; es decir bajo el imperio de qué condiciones hayan brotado de la sociedad humana primitiva. Conseguimos entrar de contrabando a la cárcel dos célebres folletos del viejo hegeliano marxista italiano Antonio Labriola, traducidos al francés, cuya lectura me entusiasmó. Labriola manejaba como pocos escritores latinos la dialéctica materialista en el campo de la filosofía de la historia, si bien en cuestiones políticas no podía enseñar nada. Bajo el brillante diletantismo de sus doctrinas, se ocultaban profundas verdades. Labriola despacha de un modo magnífico esa teoría de la complejidad de factores que reinan en el de de la historia y presiden desde allí los destinos del hombre. A pesar de los treinta años transcurridos desde que le leí, todavía recuerdo perfectamente su argumentación y aquél su refrán constante "las ideas no se caen del cielo". Al lado de lector "cómo

palidecían los teóricos rusos como Lavrof, Mikailoviy. Kareíef y otros apologistas de la teoría clásica! Pasado muchos años, todavía no podía explicarme que hubiese marxistas en quienes causación la obra del profesor alemán Stammler Econom, ese libro tan estéril que se esfuerza, como tantos, por comprimir en los estrechos círculos de eternas categorías el gran proceso histórico y natural que va desde la amida hasta el hombre y más allá del hombre; en realidad, esas categorías no son más que el reflejo de aquel proceso vivo en el cerebro de un pedante.

Como digo, empecé a interesarme por la masonería. Me pasé varios meses leyendo afanosamente todos los libros que los parientes y los amigos pudieron encontrar en la ciudad sobre la historia de los francmasones. ¿Por qué, a título de qué, los comerciantes, los artistas, los banqueros, los abogados y los funcionarios se agrupaban en éste movimiento, desde los primeros años del siglo XVII, reestableciendo en él los ritos de los tiempos medievales? Para qué toda esta extraña mascarada? Poco a poco fue aclarándose el misterio. Los antiguos gremios no sólo daban la norma para la vida económica, sino también para la moral y la costumbre. Los gremios del ramo de la construcción, compuesto por gentes mitad artesanos, mitad artistas, gobernaban en todos sus aspectos la vida de las ciudades. El derrumbamiento del régimen gremial equivalía a la crisis moral de una sociedad que rompía con los moldes de la Edad Media. Pero la nueva moral no se desarrollaba con la misma rapidéz con que se sepultaba la antigua. De aquí el esfuerzo –nada raro en la historia de la humanidad– por conservar aquellas formas de disciplina ética cuya base social –que en este caso era el régimen gremial de producción– había sido enterrada hace muchos años por el proceso histórico. La masonería productiva se tornaba en una masonería “especulativa. Pero, como suele ocurrir en tales casos, en aquellas formas morales supervivientes a que se aferraban los hombres, se había plasmado, bajo el imperio de la vida, un contenido totalmente nuevo. En ciertas ramas de la masonería, como por ejemplo en la rama escocesa, predominaban todavía, visiblemente, los elementos de la reacción feudal. En el siglo XVIII las formas francmasonas adoptan en una serie de países un contenido de lucha por la cultura, de ideas racionalistas políticas y religiosas, por donde este movimiento desarrolla una acción prerrevolucionaria, creando, en su ala izquierda, la campaña de los carbonarios. Entre los francmasones contábase Luís XVI, pero también se contaba el doctor Guillotin, el inventor de la guillotina. En el Sur de Alemania, la masonería abraza abiertamente la revolución; en cambio, en la corte de la emperatriz Catalina de Rusia, no hace más que reproducir en forma carnavalesca las jerarquías de la nobleza y la burocracia. La emperatriz masona manda a Siberia al masón Novikof.

Hoy, en la época de los trajes baratos y de confección, a nadie se le ocurre vestirse con las prendas de sus abuelos; en cambio, en el terreno del espíritu abundan todavía los vestidos y las modas del pasado. El mensaje de las ideas se transmite de generación en generación, aunque las almohadas y las mantas de las abuelas se abandonen por apelladas e inservibles. Y hasta aquellos que se ven obligados por cualquier causa a cambiar de opiniones, procuran, siempre que pueden, ataviarlas en las formas tradicionales. La técnica de nuestra producción había dejado muy atrás, con sus cambios, a la técnica

mental, que suele preferir los remiendos y retoques a los edificios de nueva planta. Así se explica que esos parlamentarios franceses de la pequeña burguesía, empeñados en oponer a la fuerza disolvente de la sociedad moderna una red de relaciones morales entre los hombres, no se les ocurra nada mejor que ceñirse un mandil blanco y armarse de un compás y de una plomada. Pero no porque intenten erigir un edificio nuevo, sino porque les parece que es el mejor camino para entrar en ese viejo edificio que se llama el Parlamento o -el Gabinete ministerial.

Como en la cárcel para conseguir un cuaderno nuevo había que devolver el otro lleno, pedí para mis lecturas sobre la masonería un cuaderno de mil páginas numeradas en que, con letra diminuta, iba extractando los libros que leía y registrando mis ideas propias acerca de los francmasones y del materialismo histórico. Este trabajo me llevó, en total, un año. Una vez terminado un capítulo, lo redactaba, lo copiaba en un cuadernillo de contrabando y se lo mandaba a los camaradas que ocupaban las otras celdas, para que lo leyesen. Para esto, nos valíamos de un sistema bastante complicado, que llamábamos el "teléfono". Si el destinatario moraba en una celda no lejos de la mía, ataba al extremo de una cuerda un objeto pesado y hacía oscilar el aparato alargando la mano por entre los hierros de la ventana todo lo que podía. Advertido por un golpecito, yo sacaba por mi ventana la escoba, y cuando el peso que pendía al extremo de la cuerda se había arrollado al mango, tiraba de la escoba y ataba a la cuerda el cuadernillo. En los casos en que el destinatario quedaba lejos, repetíase la misma historia en varias etapas, lo cual dificultaba, naturalmente, el transporte.

Cuando me sacaron de la cárcel de Odesa, aquel voluminoso cuaderno de apuntes, autorizado por la firma del viejo Ussof, suboficial de gendarmes, se había convertido en un verdadero centón de ciencias históricas y de ideas filosóficas. Ignoro si hoy se podría dar a la imprenta con su redacción primitiva. A mi cabeza acudían a un tiempo demasiadas cosas, traídas de los más diversos campos, épocas y países, y temo que en aquel primer trabajo haya querido yo decir mucho de una sola vez. Sin embargo, creo que las ideas fundamentales y las argumentaciones eran exactas. Por entonces, ya tenía yo la sensación de pisar en terreno firme, y esta sensación iba confirmándose en el transcurso del trabajo. Daría algo de bueno por encontrar el voluminoso cuaderno. Me acompañó al destierro, donde dejé las investigaciones sobre la masonería, para consagrarme al estudio del sistema económico en Marx. Estando refugiado en el extranjero después de mi huida, Alejandra Lvovna me lo remitió por conducto de mis padres, que me visitaron en París el año 1903. El cuaderno se quedó en Ginebra con mi modesto archivo de emigrado, al trasladarme clandestinamente a Rusia, y pasó a formar parte del archivo de la "Iskra", donde prematuramente pereció. Después de mi segunda huida de Siberia, estando nuevamente en el extranjero, intenté descubrir el paradero de aquellos apuntes. Lo más probable es que la señora suiza a quien dieron en depósito los papeles emplease mi cuaderno como combustible o le diese otro destino. No puedo menos de reprochar aquí la conducta de aquella honorable patrona.

El haberme visto obligado a hacer aquellos estudios sobre la masonería en la cárcel y sin disponer, por tanto, más que de unos cuantos libros, me fue muy provechoso,

Hasta entonces, no había tenido ocasión de consultar las obras fundamentales del marxismo. Los trabajos de Labriola eran escritos filosóficos de carácter polémico. Exigían conocimientos que yo no tenía, y me veía obligado a suplirlos por medio de conjeturas. De las investigaciones de Labriola salí con una multitud de hipótesis en la cabeza. Los estudios sobre la masonería diéronme ocasión para contrastar y revisar mis ideas. No había descubierto nada nuevo. Todas las argumentaciones metodológicas a que llegué, hacía largo tiempo que estaban descubiertas y aplicadas. Pero el caso era que yo había llegado a encontrarlas por mi cuenta -hasta cierto punto- y tanteando en la sombra. Me figuro que esto tuvo cierta importancia para el desarrollo posterior de mi espíritu. Más tarde, encontré en Marx, en Engels, en Plejanof, en Mehring, confirmación de lo que en la cárcel creyera ideas mías propias y a las que entonces no había podido contrastar ni dar fundamentación. La forma primera en que "asimilé el materialismo histórico no fue dogmática. En un principio, la dialéctica no se me reveló en fórmulas abstractas, sino como resorte vivo latente en el proceso histórico, donde lo descubría a poco que me esforzase por estudiarlo.

Entre tanto, Rusia empezaba a incorporarse. Aquí sí que la dialéctica histórica laboraba seriamente, de un modo práctico y en gran escala. El movimiento estudiantil descargaba su tensión en constantes manifestaciones. El látigo de los cosacos amorataba las espaldas de los estudiantes. Los liberales se indignaban de que se ofendiera así a sus hijos. La socialdemocracia se fortalecía, al fundirse cada vez más íntimamente con el movimiento obrero. La revolución dejó de ser ocupación reservada a los círculos intelectuales. Crecía el número de obreros encarcelados. En las cárceles, a pesar de estar abarrotadas, se respiraba mejor. A fines del segundo año de encarcelamiento nos fué comunicada la sentencia recaída en nuestro proceso: los cuatro principales acusados éramos condenados a cuatro años de destierro en Siberia. Pero hubimos de pasar otro medio año en la cárcel de depósito de Moscú. Fue un período de trabajo teórico intensivo. Estando en esta cárcel, me hablaron por vez primera de Lenin, y me puse a estudiar su libro sobre la evolución del capitalismo ruso, que acababa de aparecer. Además, escribí un folleto sobre el movimiento obrero de Nikolaief, que logramos hacer llegar a manos de nuestros amigos y fué publicado poco tiempo después en Ginebra. De la cárcel de depósito de Moscú salimos, para ser transportados a Siberia, en el verano. Después de hacer alto en varias cárceles del camino, llegamos al lugar de nuestro destierro en otoño del año 1900.

FIN DEL TOMO PRIMERO